

Al fin Luis comprendió. Soltó una carcajada.

El hombre le dio un torpe puñetazo en la nariz.

Fue un golpe suave, pues el hombre velludo era delgado y sus manos frágiles. Pero le dolió.

Luis no estaba acostumbrado al dolor. La mayoría de los hombres de su siglo nunca habían sentido ningún dolor más intenso que el de un rasguño en un dedo del pie. La anestesia era demasiado corriente, el auxilio médico muy fácil de conseguir. El dolor de un esquiador al fracturarse una pierna no solía durar más de unos pocos segundos, no minutos, y el recuerdo solía quedar relegado al inconsciente como un trauma intolerable. La práctica de las artes marciales, karate, judo, jujitsu y boxeo, había sido declarada ilegal mucho antes de nacer Luis Wu. Luis hubiera sido un luchador desastroso. Se sentía capaz de hacer frente a la muerte, pero no al dolor.

El golpe le hizo daño. Luis gritó y dejó caer su linterna de rayos laser.

El gentío comenzó a agolparse. Doscientos hombres velludos enfurecidos se transformaron en mil demonios; y las cosas comenzaron a resultar menos graciosas de lo que fueron unos momentos antes.

El dignatario delgado como una caña había agarrado a Luis Wu con ambos brazos y empezaba a ahogarle en un histérico apretón. Luis, también presa de la histeria, se zafó de él con un frenético tirón. Montó en la aerocicleta, y ya tenía la mano en la palanca de despegue cuando se impuso la razón.

Las demás aerocicletas estaban acopladas a la suya. Si él despegaba, los demás vehículos también despegaran, con o sin sus pasajeros.

Luis echó un vistazo a su alrededor.

Teela Brown ya estaba en el aire. Se había quedado contemplando la pelea desde arriba con el ceño fruncido en preocupada expresión. Ni se le había ocurrido que podría intentar ayudarles.

Interlocutor había iniciado una frenética actividad. Ya había derribado media docena de enemigos. Mientras Luis le miraba, el kzin blandió su linterna de rayos laser y destrozó el cráneo de un hombre.

Los hombres velludos formaban un círculo indeciso a su alrededor.

Multitud de manos de largos dedos intentaron derribar a Luis de su vehículo. Estaban a punto de conseguir su propósito cuando a Luis se le ocurrió conectar la envoltura sónica.

Los nativos chillaron al sentirse apartados violentamente. Luis escudriñó el aparcamiento en busca de Nessus.

El titerote estaba intentando llegar hasta su aerocicleta. Armado con una barra de metal procedente de alguna vieja máquina, uno de los nativos le cortó el paso.

Cuando Luis les localizó, el hombre blandía la barra sobre la cabeza del titerote.

Nessus esquivó el golpe. Giró sobre sus piernas delanteras, situándose de espaldas al peligro, pero también en dirección contraria a su aerocicleta.

El reflejo de huida del titerote podría ser su muerte, a menos que Interlocutor o Luis logaran ayudarlo a tiempo. Luis abrió la boca para gritar y el titerote completó su movimiento giratorio.

Luis cerró la boca.

El titerote avanzó hacia su aerocicleta. Nadie intentó detenerle. El casco trasero iba dejando huellas ensangrentadas sobre la tierra apisonada.

El círculo de admiradores de Interlocutor seguía fuera de su alcance. El kzin les escupió a los pies -un gesto humano, no kzinti-, dio media vuelta y montó en su aerocicleta. Tenía la linterna de rayos laser ensangrentada hasta el codo.

El nativo que había intentado interponerse en el camino de Nessus yacía en el lugar donde cayera. La sangre iba formando un charco a su alrededor.

Los demás estaban en el aire, Luis se encumbró tras ellos. Desde lejos, logró adivinar las intenciones de Interlocutor y le gritó:

- ¡Alto ahí! No es necesario.

Interlocutor blandía el instrumento excavador modificado:

- ¿Tiene que ser necesario? - dijo.

Pero bajó la mano.

- No lo hagas - le imploró Luis -. Sería una masacre. ¿Qué pueden hacernos ahora? ¿Tirarnos piedras?

- Pueden utilizar tu linterna de rayos laser contra nosotros.

- No pueden. Es tabú.

- Eso dijo el dignatario. ¿Le crees?

- Sí.

Interlocutor guardó el arma. Luis suspiró aliviado; temía que el kzin arrasara la ciudad.

- ¿Cómo debió surgir este tabú? ¿Una guerra atómica?

- O un bandido armado con el último cañón de rayos laser del Mundo Anillo. Es una lástima que no se lo podamos preguntar a nadie.

- Te está sangrando la nariz.

Luis advirtió de pronto unas fuertes punzadas de dolor en la nariz. Acopló su aerocicleta a la de Interlocutor y comenzó a hacerse una cura. Abajo, un gentío enfurecido y desconcertado llenaba los campos cercanos a Zignamuclikclik.

### 13. Señuelos para atraer vástagos de las estrellas

- Deberían haber caído de rodillas - se lamentó Luis Wu -. Es lo que me ha despistado. Y la traducción que decía «constructor» cuando en realidad la palabra adecuada era «dios».

- ¿Dios?

- Los ingenieros que construyeron el Mundo Anillo se han convertido en dioses para ellos. Tendría que haberme llamado la atención el silencio. ¡Nej! Excepto el sacerdote, los demás permanecían callados como en misa. Todos parecían escuchar una antigua letanía. Pero, yo no daba pie con bola.

- Una religión. ¡Qué raro! Pero no tendrías que haberte reído - dijo con expresión severa la imagen de Teela en el intercom -. Nadie se ríe en la iglesia, ni siquiera los turistas.

Volaban bajo un cacho cada vez más pequeño de sol de mediodía. En el firmamento veían brillar el Mundo Anillo sobre su propia superficie con sus relucientes franjas azules, cada vez más nítidas.

- En ese momento me pareció gracioso - explicó Luis -. Aún me lo parece. Han olvidado que viven en un anillo. Creen que es un arco.

Un sonido siseante penetró en la envoltura sónica. Por un instante quedaron envueltos en una especie de huracán, luego el ruido cesó bruscamente. Habían cruzado la barrera del sonido.

Zignamuclik se fue perdiendo en la distancia. La ciudad nunca conseguiría descargar sus iras sobre los demonios. Lo más probable era que no volviera a verlos.

- Parece un arco - dijo Teela.

- De acuerdo. No debí reírme. Con todo, tenemos suerte.

- Podemos dejar atrás nuestros errores - dijo Luis -. Todo lo que tenemos que hacer es emprender el vuelo. Nada puede atraparnos.

- Hay errores que siempre nos persiguen - dijo Interlocutor-de-Animales.

- Es curioso que seas tú quien lo diga. - Luis se rascó la nariz pensativo; la tenía más insensible que un bloque de madera. Cuando se disipara el efecto del anestésico, ya estaría curada.

Por fin se decidió a hablar:

- ¿Nessus?

- Sí, Luis.

- Cuando estábamos allí observé una cosa. Decías que estabas loco, pues das muestras de valor. ¿Verdad?

- Hablas con mucho tacto, Luis. Tu delicadeza...

- Hablo en serio. Al igual que los demás titerotes, has estado sacando deducciones a partir de una premisa falsa. Por instinto, los titerotes dan media vuelta para huir del peligro. ¿No es eso?

- Sí, Luis.

- Pues te equivocas. Un titerote le vuelve instintivamente la espalda al peligro. Pero lo hace para poder hacer uso de la pierna trasera. Ese casco tuyo es un arma mortal, Nessus.

En un solo movimiento, el titerote había girado sobre sus piernas delanteras y había lanzado una coz con la única pierna trasera. Luis recordó que tenía las cabezas echadas hacia atrás y muy separadas, formando un triángulo en torno a su enemigo. Nessus había proyectado su casco directamente al corazón de un hombre y lo había hecho salir despedido a través de la espina dorsal astillada.

- No podía salir corriendo - explicó Nessus -. Ello me hubiera alejado de mi vehículo. Era demasiado arriesgado.

- Pero en ese momento no te detuviste a pensarlo - insistió Luis -. Fue un gesto instintivo. Automáticamente volvéis la espalda al enemigo. Os volvéis y dais

una coz. Los titerotes cuerdos dan media vuelta para luchar, no para huir. No estás loco.

- Te equivocas, Luis. La mayoría de los titerotes huyen del peligro.

- Pero...

- La mayoría siempre es cuerda, Luis.

¡Animal gregario! Luis desistió. Levantó la mirada justo a tiempo para ver desaparecer el último trocito de sol.

Hay errores que siempre nos persiguen...

Pero Interlocutor debía de referirse a otra cosa al pronunciar esa frase. ¿A qué?

En el cenit se apiñaba un anillo de rectángulos negros. El que ocultaba el sol estaba rodeado de una aureola color perla. Encima se alzaba el arco parabólico del Mundo Anillo, azul contra el cielo sembrado de estrellas.

El conjunto parecía obra de un niño pequeño que se hubiera puesto a ordenar las piezas de un juego de Construcción de Ciudades sin saber exactamente lo que hacía.

Cuando emprendieron la huida de Zignamucliklik, Nessus iba conduciendo el grupo de aerocicletas. Luego le había pasado el mando a Interlocutor. Llevaban toda la noche volando. Por fin, sobre sus cabezas, un resplandor más intenso en un extremo de la pantalla central les indicó la proximidad del alba.

Durante todas esas horas de vuelo, Luis había ideado una forma de visualizar la escala del Mundo Anillo.

Se basaba en una proyección de Mercator del planeta Tierra -igual que los mapas murales rectangulares de uso corriente en las escuelas- en la que el ecuador apareciera representado en escala 1:1, de modo que una persona situada en el ecuador vería exactamente lo mismo que si estuviera sobre la verdadera Tierra. Pero, sobre la extensión del Mundo Anillo podían trazarse cuarenta mapas como ése, uno a continuación del otro.

Un mapa como el que estaba imaginando tendría. una superficie superior a la de la Tierra. Sin embargo, después de delimitarlo sobre la topografía del Mundo Anillo, bastaría apartar la vista un instante, para ser luego incapaz de volver a localizarlo.

Las herramientas que sirvieron para construir el Mundo Anillo permitían efectos aún más interesantes. Esa pareja de océanos salados, uno a cada lado del anillo, tenían una superficie mayor que la de cualquier mundo del espacio

humano. A fin de cuentas, los continentes no eran más que inmensas islas. Hubiera sido posible incluir toda la Tierra en uno de esos océanos y aún hubiera sobrado espacio en las orillas.

«No debí reírme - pensó Luis -. A mí mismo me ha costado bastante llegar a hacerme una idea de la escala de este... artefacto. ¿Por qué esperar una mayor perspicacia en los nativos?» Nessus había sido el primero en darse cuenta. Dos noches atrás, cuando vieron el arco por primera vez, Nessus gritó e intentó esconderse.

- Oh, nejj, qué más da...

No tenía importancia. Y menos cuando se podían dejar atrás todos los errores a una velocidad de casi dos mil kilómetros por hora.

Interlocutor llamó a Luis y le transfirió el mando de la flotilla. Luis se puso al mando mientras Interlocutor descabezaba un sueño.

Y comenzó a amanecer a mil doscientos kilómetros por segundo.

La línea que separa el día de la noche se llama terminátor. El terminátor de la Tierra resulta visible desde la Luna y también cuando uno está en órbita; pero no puede verse desde la superficie de la propia Tierra.

No obstante, las líneas rectas que dividían la luz de la oscuridad sobre el arco del Mundo Anillo eran todas terminátors.

La línea divisoria fue acercándose a la flotilla de aerocicletas desde giro. Se extendía desde el suelo hasta el cielo, desde babor-infinito hasta estribor-infinito. Parecía una visión del destino, algo así como una pared ambulante demasiado grande para circundarla.

Por fin les alcanzó. El halo relució sobre sus cabezas, luego comenzó a proyectar un intenso resplandor a medida que el retroceso de la pantalla dejaba al descubierto un reborde del disco solar. Luis contempló la noche que se extendía a su izquierda, y el día, a su derecha, mientras la sombra divisoria iba retrocediendo a lo largo de una infinita llanura. Curioso amanecer, con su coreografía que parecía hecha ex profeso para Luis Wu, el turista.

A lo lejos, en dirección a estribor, más allá del lugar donde la tierra se transformaba en bruma indefinida, comenzaron a dibujarse nítidamente los contornos de un picacho iluminado por la luz del sol naciente.

- Puño-de-Dios - dijo Luis Wu, arrastrando cada una de las palabras -. ¡Buen nombre para la mayor montaña del mundo!

Luis Wu, el hombre, se sentía dolorido. Si su cuerpo no conseguía adaptarse pronto a las nuevas circunstancias, se le agarrotarían las articulaciones y

quedaría doblado para siempre como un cuatro. Por otra parte, sus bloques de comida comenzaban a saber a eso, a bloques. Y aún tenía la nariz algo insensible. Y seguía sin poder beber café.

Pero Luis Wu, el turista, estaba en la gloria.

Por ejemplo, había descubierto la mecánica del reflejo de huida de los titerotes. Nadie había imaginado nunca que pudiera ser también un reflejo agresivo. Nadie, excepto Luis Wu.

Y el señuelo para atraer vástagos de las estrellas. ¡Qué cosa más poética para soltar por ahí! Un procedimiento sencillo, inventado milenios atrás, según había dicho Nessus. Y a ningún titerote se le había ocurrido mencionar su existencia, hasta el día anterior.

Pero los titerotes estaban negados para la poesía.

¿Sabrían los titerotes por qué seguían las naves Forasteras a los vástagos de las estrellas? ¿Guardaban maliciosamente el secreto? ¿O lo habían descartado por considerarlo irrelevante para resolver el problema de sobrevivir eternamente?

Nessus había desconectado su aerocicleta del circuito de intercom. Probablemente dormía. Luis le hizo una señal, de modo que al despertar el titerote viera la luz encendida en su panel y le llamara.

¿Lo sabría?

Los vástagos de las estrellas: seres irracionales que poblaban el núcleo de la galaxia en gran número. Su metabolismo era el fénix solar, se alimentaban de la tenue capa de hidrógeno existente en el espacio interestelar. Su fuerza motriz era una vela de fotones, enorme y con una intensa reflexión, controlada igual que un paracaídas para zambullidas aéreas. Normalmente, los vástagos de las estrellas emigraban fuera del eje de la galaxia hasta los extremos del espacio intergaláctico, para poner allí sus huevos, y luego regresaban sin ellos. Los polluelos recién nacidos debían encontrar el camino de regreso sin ayuda, remontando el viento de fotones hasta llegar al núcleo caliente, rico en hidrógeno.

Los Forasteros siempre se movían en pos de los vástagos de las estrellas.

¿Por qué lo hacían? Un problema ocioso, pero verdaderamente poético.

O tal vez no tan ocioso. En medio de la primera guerra entre hombres y kzinti, un vástago de las estrellas hizo zig en vez de hacer zag. La nave Forastera que lo seguía pasó cerca de Procyon. Y se detuvo el tiempo suficiente para vender un motor hiperlumínico a la colonia de Lo Conseguimos.

El azar también podría haber llevado la nave al espacio kzinti en vez de al humano.

¿Y ésa era la época en que los titerotes habían comenzado a estudiar a los kzinti?

- ¡Nej! Esto me pasa por dejarme llevar por mi imaginación. Disciplina, eso necesito.

¿Pero fue entonces o no? Seguro que sí. Nessus lo había dicho. Los titerotes habían estado estudiando a los kzinti, investigando la posibilidad de exterminarlos de un modo seguro.

Entonces, la guerra entre hombres y kzinti vino a resolver u problema. Una nave Forastera se aventuró en el espacio humano para venderles un motor hiperlumínico a los de Lo Conseguimos, mientras la armada kzinti iba adentrándose por la frontera opuesta. Cuando las naves de guerra humanas estuvieron equipadas con un motor auxiliar hiperlumínico, los kzinti dejaron de constituir una amenaza para el hombre y también para los titerotes.

Luis estaba anonadado.

- No les creo capaces de algo así - dijo -. Si Interlocutor se antera...

Pero era sólo una hipótesis.

- Un experimento para la selección de la especie - continuó Luis -. ¡Y vaya selección, nej! Pero nos utilizaron. ¡Fuimos utilizados!

- Sí - dijo Interlocutor-de-Animales.

Por un momento, Luis no dudó que lo había imaginado. Luego vio la diminuta imagen transparente de Interlocutor en su panel de mandos. No había desconectado el sistema de intercomunicación.

- ¡Nej! ¡Estabas escuchando!

- Involuntariamente, Luis. Olvidé desconectar mi intercom.

- Oh.

Demasiado tarde, Luis recordó la sonrisa que le lanzó Interlocutor cuando Nessus acabó de explicar lo que era un señuelo para atraer a los vástagos de estrellas, en teoría fuera del alcance de los oídos del kzin. Recordó que las orejas kzinti están adaptadas a las necesidades de un carnívoro de presa. Recordó que en los kzinti la sonrisa es un reflejo destinado a descubrir los dientes para el ataque.

- Decías algo sobre selección de especies - dijo Interlocutor.

- Sólo estaba... - balbuceó Luis.



- Los titerotes lanzaron nuestras especies una contra otra con objeto de contener la expansión kzinti. Poseían un señuelo para atraer a los vástagos de las estrellas, Luis. Se sirvieron de él para conducir una nave Forastera hasta vuestro espacio y asegurar así la victoria de los humanos. Un experimento de selección de las especies, decías.

- Escucha, no son más que suposiciones. Si procuras serenarte un poco...

- Pero los dos hemos seguido el mismo razonamiento.

- Humm...

- No sabía si plantearle la cuestión a Nessus o esperar a haber cumplido nuestro principal objetivo, que es lograr salir del Mundo Anillo. Ahora que estás al corriente de la situación, no me queda más remedio que zanjar el asunto de inmediato.

- Pero... - Luis cerró la boca. De todos modos, la sirena hubiera ahogado su voz. Interlocutor había apretado el botón de alarma.

La sirena era un enloquecedor chillido mecánico, un sonido subsónico y supersónico y trepidantemente penetrante. Nessus apareció en el panel gritando:

- ¿Sí? ¿Qué pasa?

Interlocutor gruñó su respuesta:

- ¡Intervinisteis a favor del enemigo! ¡Vuestra acción es equiparable a una declaración de guerra contra el Patriarca! Teela había conectado su intercom a tiempo para oír la última frase. Luis consiguió atraer su atención y movió negativamente la cabeza. No te metas.

Las cabezas del titerote se levantaron como serpientes preparadas para el ataque. Así expresaba su sorpresa. Cuando habló, su voz no tenía la menor inflexión, como de costumbre.

- ¿De qué me hablas ahora?

- La Primera Guerra contra los Hombres. Señuelos para atraer a los vástagos de las estrellas. El motor hiperlumínico de los Forasteros.

Una cabeza triangular se sumergió rápidamente hasta desaparecer. Luis vio una aerocicleta plateada que salía de la formación y no le cupo la menor duda de que era Nessus.

No le preocupó demasiado. Las otras dos aerocicletas parecían moscas plateadas, tan lejos estaban, y tan separadas una de otra. Si el enfrentamiento se hubiera producido en tierra firme alguien habría resultado gravemente herido. Pero, ¿qué ocurriría en el aire? La aerocicleta del titerote debía ser más

rápida que la de Interlocutor. Nessus ya se habría asegurado de ello. Sin duda, habría querido tener la certeza de poder correr más que un kzin en caso de necesidad.

Sólo que el titerote no estaba huyendo. Había comenzado a dar vueltas en torno al vehículo del kzin.

- No quiero verme obligado a matarte - dijo Interlocutor-de-Animales -. Si tu intención es atacarme desde el aire, recuerda que tu tasp es de menor alcance que mi rayo desintegrador. ¡Snarl!

El grito de muerte del kzin era para helar la sangre en las venas. A Luis se le agarrotaron los músculos, como si tuviera el tétanos. Sólo advirtió vagamente el punto plateado que se alejaba de la aerocicleta de Interlocutor en círculos concéntricos.

Teela quedó boquiabierta.

- No tengo intención de matarte - dijo Interlocutor-de-Animales, ya algo más calmado -. Pero quiero que me digas la verdad, Nessus. Ya sabemos que tu raza puede dirigir el curso de los vástagos de las estrellas.

- Sí - respondió Nessus.

Su aerocicleta había emprendido la retirada hacia babor a una velocidad increíble. La asombrosa serenidad de los extraterrestres era mera ilusión. Sólo era producto de la incapacidad de Luis Wu para captar la expresividad de un rostro no humano y de la incapacidad recíproca de los extraterrestres para las inflexiones humanas en intermundo.

Nessus huía como si en ello le fuera la vida. Sin embargo, el kzin no habla abandonado su puesto en la formación.

- Quiero saberlo todo, Nessus - insistió.

- Tus suposiciones son correctas - respondió el titerote -. Nuestro estudio de un método seguro para exterminar a los pérfidos y carnívoros kzinti revelaron que tu especie posee un valioso potencial, que podría llegar a sernos útil algún día. Conseguimos que evolucionarais hasta establecer pacíficas relaciones con razas distintas a la vuestra. Empleamos métodos indirectos y muy seguros.

- Ya lo creo. Nessus, esto no me gusta.

- Y a mí tampoco - terció Luis Wu.

No le había escapado el detalle de que ambos extraterrestres seguían hablando en intermundo. Hubieran podido charlar en privado de haber empleado la Lengua del Héroe. Pero habían preferido incluir también a los humanos... y con razón, pues el contencioso también afectaba a Luis Wu.

- Nos utilizasteis - dijo -. Nos utilizasteis con el mismo descaro que a los kzinti.
- Pero en perjuicio nuestro - objetó Interlocutor.
- Muchos hombres murieron en las guerras contra los kzinti.
- ¡Déjalo, Luis! - Teela Brown también entraba en liza -. De no ser por los titerotes, a estas horas todos estaríamos convertidos en esclavos kzinti! ¡Nej! ¡Evitaron que nuestra civilización fuera destruida por los kzinti!

Interlocutor sonrió y dijo:

- Nosotros también poseíamos nuestra civilización.

El titerote se había convertido en una imagen fantasmagórica y silenciosa, una pitón con un solo ojo preparada para el ataque. Seguramente tenía la otra boca ocupada conduciendo la aerocicleta que se hallaba ya a cierta distancia del grupo.

- Los titerotes nos utilizaron - dijo Luis Wu -. Nos utilizaron como instrumento, un instrumento para hacer evolucionar a los kzinti.

- ¡Pero la cosa salió bien! - le espetó Teela -. os habéis convertido en una raza pacífica, Interlocutor. Sois capaces de convivir...

- ¡Calla, humano!

- Con vuestros iguales - acabó generosamente la frase Teela -. Lleváis bastante tiempo sin atacar a otra especie...

El kzin empuñó el instrumento excavador modificado de diseño esclavista y lo exhibió delante del intercom para que Teela pudiera verlo. Ella calló como por arte de magia.

- Hubieran podido hacer otro tanto con nosotros - observó Luis.

Todos aguzaron los oídos.

- También hubieran podido experimentar con nosotros - repitió -. Si los titerotes hubieran querido seleccionar humanos por alguna característica concreta... - se interrumpió bruscamente -. Oh - dijo -. Teela. Claro.

El titerote no se inmutó.

Teela se movió inquieta bajo la mirada de Luis.

- Luis, ¿qué pasa? ¡Luis!

- Lo siento. Acaba de ocurrírseme una idea... Nessus, cuéntanos. Cuéntanos lo de las Leyes de Procreación.

- Luis, ¿te has vuelto loco,?

- Yo también hubiera caído en ello, con un poco de tiempo. - dijo Interlocutor-de-Animales -. ¿Nessus?

- Sí - dijo Nessus.

La aerocicleta del titerote era una motita plateada, que seguía alejándose en dirección a babor. Casi no se distinguía de un punto brillante, más grande e indefinido, situado un poco más adelante, a una distancia ligeramente superior de la flota de la que puede mediar entre dos puntos cualesquiera de la superficie terrestre. La imagen del titerote en el intercom ofrecía el mismo rostro inmutable e inescrutable, producto de una calavera triangular dotada de unos labios prensiles. Jamás podría adoptar un aire amenazador.

- ¿Os entremetisteis en las Leyes de Procreación de la Tierra?

- Sí.

- ¿Por qué?

- Nos gustan los humanos. Confiamos en ellos. Hemos tenido relaciones ventajosas con los humanos. Nos conviene contribuir al desarrollo de los humanos, puesto que sin duda llegarán a la Nube Menor antes que nosotros.

- Estupendo. Nos tenéis aprecio. ¿Y qué más?

- Intentamos inducir mejoras genéticas en vosotros. Pero ¿qué perfeccionar? Desde luego, no vuestra inteligencia. Vuestra fuerza no reside allí. Y tampoco está en vuestro instinto de conservación, ni en vuestra capacidad de resistencia, ni en vuestros talentos combativos.

- Conque decidisteis hacernos afortunados - dijo Luis. Y soltó una carcajada.

Teela por fin comprendió. Abrió mucho los ojos con expresión de horror en la cara. Intentó decir algo, pero sólo consiguió emitir un chillido.

- Naturalmente - prosiguió Nessus -. Por favor, no te rías, Luis. Fue una decisión razonable. Vuestra especie ha sido siempre increíblemente afortunada. Vuestra historia parece una de milagrosas escapadas por un pelo de toda una serie de desastres, de la guerra atómica intraespecie, de la total polución de vuestro planeta con desechos industriales, de los desequilibrios ecológicos, de asteroides peligrosamente compactos, de los caprichos de vuestro sol e incluso de la explosión del Núcleo, que descubristeis de forma completamente fortuita. Luis, ¿por que no paras de reír?

Luis no podía parar de reír debido a la expresión de Teela. Estaba encendida de ira. Sus ojos se movían de un lado a otro como si quisiera esconderse en

alguna parte. No es agradable descubrir que uno es producto de un experimento genético.

- Conque decidimos modificar las Leyes de Procreación de la Tierra. Resultó sorprendentemente sencillo. Nuestra desaparición del espacio conocido provocó un crac en la bolsa. La especulación arruinó a varios miembros del Comité de Fertilidad. Sobornamos a algunos y presionamos a otros con la amenaza de llevarles a la cárcel por deudas, luego dimos publicidad a la corrupción existente en el Comité para forzar un cambio. Fue una operación terriblemente onerosa, pero bastante segura y tuvo éxito, al menos en parte. Conseguimos introducir las Loterías de Derechos de Procreación. Confiábamos en obtener una estirpe de humanos extraordinariamente afortunados.

- ¡Monstruo! - gritó Teela -. ¡Monstruo!

Interlocutor-de-Animales había envainado su excavadora-desintegradora.

- Teela, antes no te quejaste al oír que los titerotes habían manipulado la herencia de mi raza - dijo -. Intentaron obtener un kzin dócil. Y para conseguirlo nos hicieron criar como cría animales seleccionados un biólogo, matando a los defectuosos y conservando los otros. Te complacía pensar que ese crimen había resultado ventajoso para tu especie. Ahora, en cambio, te quejas. ¿Por qué?

Teela, llorando de rabia, se desconectó del sistema de intercomunicación.

- Un kzin dócil - repitió Interlocutor -. Intentasteis producir un kzin dócil, eh, Nessus. Pues si crees que lo conseguisteis, ¿por qué no te acercas un poco?

El titerote no respondió. El punto plateado de su aerocicleta, que se había adelantado muchísimo a la flotilla, resultaba ya demasiado pequeño para poder distinguirlo a simple vista.

- ¿No deseas unirse al grupo? ¿Y cómo esperas que te proteja en esta tierra desconocida si no te unes a nosotros? No te lo reprocho. Haces bien en tener miedo - dijo el kzin. Había sacado las garras, aguzadas como agujas y ligeramente curvas -. Vuestro intento de obtener un humano afortunado también ha sido un fracaso.

- No - replicó Nessus vía intercom -. Obtuvimos humanos afortunados. Lo que sucedió fue que no pude localizarlos para esta funesta expedición. Fueron demasiado afortunados.

- Habéis estado jugando a dios con nuestras dos especies. Más vale que no intentes acercarte.

- Me mantendré en contacto con vosotros a través del sistema de intercom.

La imagen de Interlocutor desapareció.

- Luis, Interlocutor me ha desconectado de su aparato - dijo Nessus -. Cuando quiera decirle algo, tendré que comunicarme con él por tu mediación.

- Tiene gracia - observó Luis, y también lo desconectó.

Casi de inmediato se encendió una lucecita en el lugar donde antes se veía la imagen del titerote. Nessus quería hablar.

Ya estaba harto de él, ¡nej!

Unas horas más tarde sobrevolaron un mar del tamaño del Mediterráneo. Luis perdió altura para investigar y observó que las demás aerocicletas le seguían, Luego, aún pilotaba la flotilla, pese a que nadie quería hablar con él.

Toda la línea costera era una continua ciudad y toda la ciudad estaba en ruinas. Excepto por los muelles, era del mismo estilo que Zignamucliklik. Luis no aterrizó. Nada nuevo podrían descubrir allí.

Luego, la tierra fue subiendo gradualmente de nivel, cada vez más, hasta que sintió que le estallaban los oídos y los medidores de presión bajaron al mínimo. La verde campiña se convirtió en monte bajo, luego en una alta tundra desértica, más adelante encontraron kilómetros y kilómetros de rocas desnudas, a continuación...

A lo largo de casi un millar de kilómetros de serranía, los vientos habían ido arrastrando los matorrales, la tierra y las rocas. No quedaba más que un espinazo desnudo de material base del anillo, de un repugnante gris translúcido.

¡Qué descuidados! Los ingenieros del Mundo Anillo jamás hubieran permitido tamaño deterioro. Luego, la civilización de los constructores del Mundo Anillo debía de haber entrado en decadencia mucho tiempo atrás. El proceso debió de iniciarse de ese modo: la base del anillo comenzó a asomar bajo el revestimiento en los lugares menos transitados...

A lo lejos, en la dirección seguida por Nessus, se divisaba una vasta extensión brillante en medio de la llanura. Calculó que estaría a unos cincuenta u ochenta mil kilómetros de distancia. Una gran extensión reluciente del tamaño de Australia.

¿Otra extensión de material base desnudo? Grandes superficies de material base asomaban bajo lo que antaño había sido tierra fértil, tierra que se había vuelto estéril, se había resecaado y había sido arrastrada por el viento, una vez paralizado el sistema de irrigación. El desmoronamiento de Zignamucliklik, la avería universal en el sistema de suministro de energía, debió de ser la última fase del proceso destructor.

¿Cuánto tiempo habría durado este proceso? ¿Diez mil años?

¿Más?

- ¡Nej! Me gustaría poder comentarlo con alguien. Puede ser un detalle importante.

Luis siguió escrutando el paisaje con gesto enfurruñado.

El transcurso del tiempo era distinto con el sol siempre directamente sobre sus cabezas. La mañana y la tarde no diferían en nada. Las decisiones parecían menos permanentes. La realidad menos real. «Algo parecido - pensó Luis - al instante de tiempo que se tarda en pasar de una cabina teletransportadora a otra.»

Ya lo tenía. Transitaban entre dos cabinas teletransportadoras, una situada en el «Embustero», la otra en el muro exterior del anillo. Sólo estaba soñando que sobrevolaban una vasta extensión de llanura gris en un triángulo de aerocicletas.

Siguieron volando rumbo a babor a través del tiempo detenido.

- Cuánto rato haría que nadie hablaba con nadie? Ya hacía horas que Luis le había hecho señal a Teela de que deseaba decirle algo. Poco después había intentado ponerse en contacto con Interlocutor. Las luces se habían encendido en sus paneles de mandos, pero las habían ignorado, igual como Luis ignoraba la que brillaba en el suyo.

- Se acabó - dijo de pronto Luis. Conectó su aparato de intercomunicación.

Captó una increíble cascada de música orquestas, hasta que el titerote advirtió su llamada. Luego...

- Debemos procurar que la expedición vuelva a agruparse sin derramamiento de sangre - dijo Nessus -. ¿Alguna idea, Luis?

- Sí. No es correcto iniciar una conversación de un modo tan brusco.

- Lo siento, Luis. Gracias por responder a mi llamada. ¿Cómo estás?

- Aburrido y disgustado, y todo por tu culpa. Nadie quiere hablar conmigo.

- ¿Puedo hacer algo?

- Es posible. ¿Tuviste algo que ver con la modificación de las Leyes de Procreación?

- Estuve al frente del proyecto.

Luis soltó un bufido.

- Es lo peor que podías haberme dicho. ¡Espero que seas la primera víctima del control de natalidad retroactivo! Teela no volverá a dirigirme la palabra.

- No deberías haberte reído de ella.

- Ya lo sé. Lo que me preocupaba más de todo este asunto - explicó Luis - es comprobar que sois capaces de tomar decisiones de tamaña magnitud y luego cometéis estupideces tan grandes como, como...

- Supongo que Teela Brown no puede oírnos.

- No, claro que no. ¡Nej, Nessus! ¿Te das cuenta de lo que le has hecho?

- ¿Por qué mencionaste el asunto si sabías que ello le tocaría tanto el amor propio?

Luis suspiró. Había resuelto un problema teórico y de inmediato había soltado la solución. No se le había ocurrido, jamás hubiera pensado, que más valía no dar a conocer la solución. No iba con su manera de pensar.

- ¿Se te ha ocurrido alguna idea para volver a reunir la expedición? - preguntó entonces el titerote.

- Sí - dijo Luis, y cortó la comunicación.

Eso le daría algo en qué pensar.

El terreno fue descendiendo gradualmente y volvieron a sobrevolar una verde campiña.

Cruzaron otro mar y un gran delta. Pero el lecho del río estaba seco, al igual que el delta. Alguna alteración en el curso de los vientos debía de haber secado el manantial.

Luis perdió altura y entonces pudo comprobar que todos los canalillos que serpenteaban aparentemente al azar hasta constituir el delta habían sido esculpidos de modo permanente sobre el terreno. Los artistas del Mundo Anillo no se habían limitado a dejar que el río excavase sus propios canales. Y tenían razón; la capa de tierra que recubría el Mundo Anillo era demasiado delgada. Se imponía el recurso a métodos artificiales.

Pero los canales vacíos resultaban desagradables a la vista. Luis frunció los labios en señal de desaprobación y siguió adelante.

#### 14. Interludio con girasoles



Pronto sobrevolarían unas montañas.

Luis llevaba toda la noche y buena parte de la mañana pilotando. No sabía exactamente cuántas horas. Ese inmóvil sol de mediodía constituía una trampa psicológica; podía alargar o comprimir el tiempo, y Luis no sabía decir si había ocurrido lo uno o lo otro.

Su estado de ánimo era ahora el característico de sus viajes sabáticos. Casi había olvidado las demás aerocicletas. Volar solo sobre una superficie de terreno sin fin, infinitamente variable, no difería gran cosa de adentrarse a solas en una nave individual más allá de las estrellas conocidas. Luis Wu estaba solo frente al universo, y el universo era como un juguete para Luis Wu. Entonces, el problema más acuciante del mundo entero se reducía simplemente a saber si Luis Wu continuaba satisfecho consigo mismo.

Casi se sobresaltó cuando sobre su panel de mandos apareció un rostro anaranjado.

- Debes de estar cansado - dijo el kzin -. ¿Quieres que pilote yo?

- Preferiría aterrizar. Tengo el cuerpo agarrotado.

- Pues hazlo. Tú diriges la flotilla.

- No deseo imponerle mi compañía a nadie. - Y de pronto advirtió que decía exactamente lo que sentía. No le había costado mucho recuperar el estado de ánimo de sus viajes sabáticos.

- ¿Crees que Teela intentará esquivarte? Es posible que tengas razón, no me ha llamado ni a mí, aunque comparto la misma afrenta.

- Te lo estás tomando demasiado a pecho. No, espera, no desconectes.

- Prefiero estar solo, Luis. La ofensa del herbívoro es intolerable.

- ¡Pero todo ocurrió hace muchísimo tiempo! No, no desconectes; ten piedad de un pobre viejo solitario. ¿Te has fijado en el paisaje?

- Sí.

- ¿Has observado las regiones desérticas?

- Sí. En algunos puntos la erosión ha desgastado el lecho de rocas hasta dejar al descubierto la base indestructible del anillo. Algo debe de haber modificado gravemente las corrientes eólicas hace muchísimo tiempo. Una erosión de esa magnitud no puede producirse de la noche a la mañana, ni siquiera en el Mundo Anillo.

- Lo mismo opino yo.

- Luis, ¿cómo pudo producirse la decadencia de una civilización de tales dimensiones y tan poderosa?

- No tengo la menor idea. Seamos sinceros: imposible adivinarlo, ni siquiera con toda nuestra intuición y conocimientos. Incluso los titerotes poseen un nivel tecnológico inferior al del Mundo Anillo. ¿Cómo deducir lo que pudo haberles hecho volver al nivel de la primera edad de piedra?

- Tendremos que estudiar más detenidamente a los nativos - dijo Interlocutor-de-Animales -. Sería inútil confiar en su ayuda para trasladar al «Embustero» a cualquier parte. Debemos encontrar seres capaces de hacerlo.

Justo lo que Luis deseaba oír.

- Se me ha ocurrido una forma eficaz de entrar en contacto con los nativos siempre que queramos.

- ¿Sí?

- Preferiría aterrizar para discutirlo con más calma.

- Puedes aterrizar cuando quieras.

Una alta y maciza cadena de montañas se interponía en la ruta de la flotilla de aerocicletas. Sus cumbres y los pasos que se abrían entre ellas tenían un resplandor nacarado que a Luis no le costó identificar. Los fuertes vientos que soplaban sobre la cordillera habían ido desgastando la roca hasta dejar al descubierto la mayor parte de la infraestructura de material base del anillo.

Luis hizo descender la flotilla en dirección a unas colinas. Decidió aterrizar junto a un arroyuelo plateado que brotaba de la montaña y luego se perdía en un bosque, también aparentemente interminable, extendido cual verde pelaje sobre la precordillera.

Teela se puso en contacto con él.

- ¿Qué haces? - le preguntó.

- Estoy aterrizando. Me siento fatigado de tanto volar. Pero no cortes. Quisiera pedirte disculpas.

Ella desconectó.

- Ha respondido mejor de lo que esperaba - musitó Luis sin demasiada convicción. La próxima vez estaría más dispuesta a escuchar, sabiendo que pensaba disculparse.

- La idea se me ocurrió cuando hablábamos de «jugar a ser dios» - explicó Luis. Por desgracia, sólo podía tratar el asunto con Interlocutor, Teela había desmontado de su aerocicleta y había desaparecido en el bosque después de lanzarle una airada mirada.

Interlocutor asintió con su lanuda cabeza anaranjada. Sus orejas temblaban como pequeños abanicos chinos entre unos dedos inquietos.

- Podemos considerarnos razonablemente a salvo en este mundo - le dijo Luis - a condición de que permanezcamos en el aire. No me cabe la menor duda de que conseguiremos llegar a nuestro destino. Probablemente podríamos volar hasta el muro exterior sin tener que aterrizar, si ello fuera necesario; o podríamos aterrizar sólo en aquellos lugares donde asoma la infraestructura del anillo. Ningún animal de presa podría alimentarse de esa materia. Pero poca cosa averiguaremos si no aterrizamos. Y para salir de este gigantesco juguete necesitaremos de la ayuda de los nativos. Todo parece indicar que, a pesar de todo, alguien tendrá que remolcar el «Embustero» hasta seiscientos cincuenta mil kilómetros del lugar de nuestro aterrizaje.

- Ve al grano, Luis. Necesito un poco de ejercicio.

- Cuando lleguemos al muro exterior nos convendrá estar mejor informados sobre los anillícolas.

- Desde luego.

- ¿Por qué no jugar a ser dioses?

Interlocutor titubeó:

- ¿Qué quieres decir?

- Podemos representar perfectamente a los ingenieros que construyeron el Mundo Anillo. No poseemos los poderes que ellos tenían, pero contamos con lo suficiente para presentarnos como divinidades ante los nativos. Tú podrías ser el dios...

- Gracias.

- ...Teela y yo los acólitos. Nessus quedaría muy bien en el papel de demonio cautivo.

Interlocutor enseñó las garras:

- Pero Nessus no está aquí, y tampoco se nos unirá.

- Ahí está el problema. En...
- Esto no es negociable, Luis.
- Pues es una lástima. Necesitamos su ayuda para este proyecto.
- En ese caso, será mejor que lo olvides.

Luis seguía dudando en cuanto a esas garras. ¿Estarían sometidas a control voluntario o no? En cualquier caso, seguían amenazándole. Si hubieran estado hablando a través del sistema de intercomunicación, Interlocutor ya habría colgado.

Y ésa era la razón de que Luis hubiera insistido en discutirlo todo en tierra.

- Míralo bajo el aspecto intelectual. Serías un dios estupendo. Resultas terriblemente intimidante desde un punto de vista humano, aunque tendrás que concederme un margen de confianza y creer lo que te digo, pues no podría demostrártelo.

- ¿Y para qué queremos a Nessus?

- A causa del tasp, para poder dispensar premios y castigos. En tu papel de dios, puedes hacer trizas a los incrédulos, sacarles las tripas y luego devorarlas. Ese será el castigo. Para las recompensas utilizaremos el tasp del titerote.

- ¿No podríamos arreglárnoslas sin el tasp?

- ¡Es una forma tan estupenda de recompensar a los fieles! Un estallido de puro placer, justo en el centro del cerebro. Sin efectos secundarios. Sin resaca. ¡Teóricamente el tasp es mejor que un orgasmo!

- Lo encuentro poco ético. Aunque los nativos no sean más que simples humanos, no quisiera convertirles en adictos al tasp. Sería más humanitario matarlos - dijo Interlocutor - Además, el tasp del titerote actúa sobre los kzinti, no sobre los humanos.

- Creo que te equivocas.

- Luis, sabemos que el tasp fue diseñado para ser empleado sobre la estructura cerebral de un kzin. Yo lo experimenté. Y tienes razón: fue una experiencia religiosa, diabólica.

- Pero no tenemos por qué suponer que el tasp no actuará sobre los humanos. Yo opino que también debe de ser efectivo. Conozco a Nessus. O bien su tasp es eficaz para nosotros dos, o dispone de dos tasps. Yo no estaría aquí si él no tuviera alguna manera de controlar a los humanos.

- Todo esto es terriblemente hipotético.
- ¿Quieres que le llamemos y lo averigüemos?
- No.
- ¿Qué perdemos con preguntárselo?
- No serviría de nada.
- Lo había olvidado. Falta de curiosidad - dijo Luis. La curiosidad de los primates estaba bastante atrofiada en la mayoría de las especies racionales.
- ¿Intentabas despertar mi curiosidad? Ya veo. Querías comprometerme en una línea de actuación, Luis. Por mí, el titerote puede arreglárselas para llegar al muro exterior. De momento, tendrá que viajar solo.

Y sin dar tiempo a que Luis pudiera replicarle, el kzin dio media vuelta y desapareció en una mata acodada. Ello puso fin a la discusión de un modo tan tajante como si hubiera desconectado el sistema de intercomunicación.

El mundo se había derrumbado sobre Teela Brown. Sus sollozos eran terribles, desconsolados, toda una orgía de autocompasión.

Había encontrado un medio de dar rienda suelta a su dolor.

El tema dominante era el color verde oscuro. La vegetación se alzaba exuberante sobre su cabeza, demasiado densa para permitir el paso directo de los rayos solares. Pero a nivel del suelo clareaba lo suficiente para permitir caminar sin dificultad. Era un umbrío paraíso para amantes de la naturaleza.

Lisas y verticales paredes de roca, constantemente húmedas por efecto de una cascada, rodeaban una profunda charca de agua clara. Teela se había metido en la charca. El ruido de la cascada casi ahogaba sus sollozos; sin embargo, las paredes amplificaban el sonido en una sucesión de ecos. Era como si la naturaleza llorara con ella.

No había advertido la llegada de Luis Wu.

Abandonada en un mundo extraño, ni siquiera Teela Brown hubiera ido muy lejos sin su botiquín. Éste era una pequeña caja sujeta al cinturón y a la cual iba acoplado un circuito detector. Luis había ido siguiendo las señales del aparato hasta las ropas de Teela, apiladas sobre una mesa natural de granito junto a la charca.

Una oscura luz verdosa, el rumor del agua y los ecos de los sollozos. Teela estaba prácticamente debajo de la cascada. Debía de estar sentada sobre

algo, pues sus brazos y sus hombros sobresalían a la superficie. Tenía la cabeza inclinada y su oscuro cabello negro le cubría la cara.

De nada serviría esperar que viniera a su encuentro. Luis se despojó de sus ropas y las dejó junto a las de ella. El frío le hizo estremecerse, pero se zambulló.

En el acto comprendió su error.

En sus viajes sabáticos, Luis raras veces topaba con mundos de constitución semejante a la de la Tierra. Y los pocos que encontraba solían ser tan civilizados como la propia Tierra. Luis no era tonto. Si se le hubiera ocurrido pensar que la temperatura del agua podía ser distinta...

Pero no lo había pensado.

El agua procedía del deshielo de las montañas cubiertas de nieve. Luis quiso gritar al sentir el intenso frío, pero ya tenía la cabeza bajo el agua. Al menos tuvo la prudencia de no inhalar.

Su cabeza emergió del agua. Chapoteó y comenzó a jadear a consecuencia del frío y la falta de aire.

Luego empezó a tomarle gusto a la cosa.

Sabía moverse en el agua; aunque siempre lo había hecho en aguas más calientes que ésta. Se mantuvo a flote, moviendo rítmicamente los pies, y empezó a sentir las corrientes generadas por la cascada deslizándose sobre su piel.

Teela ya le había visto. Le esperaba sentada bajo la cascada. Luis nadó a su encuentro.

Hubiera tenido que gritar a viva voz para conseguir que ella le oyera. Cualquier disculpa o palabra cariñosa estaba fuera de lugar. Sin embargo, podía tocarla.

Ella no esquivó sus caricias. Se limitó a inclinar la cabeza y dejar que el cabello le ocultara otra vez el rostro. Su rechazo tenía una intensidad casi telepática.

Luis lo respetó.

Se puso a nadar a su alrededor, ejercitando los músculos agarrotados tras dieciocho horas de permanecer sentado en la aerocicleta. El agua estaba estupenda. Pero llegó un momento en que el embotamiento producido por el frío se convirtió en dolor y Luis llegó a la conclusión de que corría el riesgo de contraer una pulmonía.

Tocó ligeramente a Teela en el brazo y le señaló la orilla. Ella asintió y le siguió.

Se tendieron junto a la charca, temblorosos, muy apretados uno contra otro y rodeados con los sobretodos termocontrolados, a modo de mantas. Poco a poco, sus cuerpos ateridos fueron absorbiendo el calor.

- Siento haberme reído - dijo Luis. Ella hizo un movimiento de cabeza, en señal de que aceptaba sus disculpas, pero no le perdonó explícitamente -. La verdad es que resultaba gracioso. ¡Los titerotes, los mayores cobardes del universo, habían tenido la osadía de procrear humanos y kzinti como si fuesen dos razas de ganado vacuno! Debían haber comprendido que corrían un gran riesgo. - Advirtió que estaba hablando más de la cuenta, pero deseaba explicarse, justificarse -. ¡Y mira lo que consiguieron! Sé algo sobre las guerras entre hombres y kzinti; tengo entendido que los kzinti eran bastante salvajes. Los antepasados de Interlocutor hubieran arrasado Zignamuclikclik hasta la última piedra. Interlocutor se contuvo... Pero procrear humanos basándose en la buena suerte...

- Crees que cometieron un error al hacer de mí lo que soy.

- ¡Nej! ¿Crees que pretendo insultarte? Mi intención sólo era sugerir que la idea resulta muy graciosa. Y lo más divertido es que lo intentaran justamente los titerotes. Por eso me reí.

- ¿Esperas que me ría contigo?

- Sería pedir demasiado.

- Está bien. Perdonado.

No le odiaba por haberse reído. Deseaba sentirse a gusto, no desquitarse. El calor de los sobretodos, y en particular el calor de los dos cuerpos unidos, producía una sensación agradable.

Luis comenzó a acariciarle la espalda. Ello la serenó.

- Me gustaría que nuestro grupo volviera a reunirse - comenzó a explicarle. Advirtió que su cuerpo se ponía tenso. Veo que no te atrae la idea.

- No.

- ¿Por lo de Nessus?

- Le odio. ¡Le odio! Hizo criar a mis antepasados como ¡como animales! Pareció calmarse un poco -. De todos modos, Interlocutor le hará pedazos si intenta regresar. Conque no hay problema.

- Y si persuadiera a Interlocutor para que Nessus se nos uniese otra vez?

- ¿Cómo piensas conseguirlo?

- Es sólo una suposición.

- Pero, ¿para qué?

- Nessus sigue siendo el propietario del «Tiro Largo». Y esa nave es el único medio posible de conseguir trasladar la raza humana a las Nubes de Magallanes sin que la operación requiera varios siglos. Perderemos el «Tiro Largo» si abandonamos el Mundo Anillo sin Nessus.

- ¡Cómo puedes ser tan materialista, Luis!

- Mira. Tú misma dijiste que si los titerotes no hubieran hecho lo que hicieron con los kzinti, a estas horas todos seríamos sus esclavos. Y es verdad. Pero si los titerotes no hubieran modificado las Leyes de Procreación, ¡tú ni siquiera habrías nacido!

Su cuerpo se puso muy rígido junto al de Luis. Su rostro reflejaba sus pensamientos.

Luis seguía insistiendo:

- Los titerotes hicieron todo eso hace ya mucho tiempo. ¿No puedes perdonar y olvidar?

- ¡No puedo! - se apartó de él, se deslizó fuera de los tibios sobretodos y se zambulló en el agua helada. Luis titubeó un instante, luego la siguió. Un frío y húmedo impacto. Luego emergió. Teela se había sentado otra vez bajo la cascada.

Y le sonreía invitadora. ¿Cómo se las arreglaba para pasar tan fácilmente de un estado de ánimo a otro?

Luis nadó hacia ella.

- ¡Vaya manera de hacerme callar! - dijo riendo.

Ella no podía haberle oído. Ni él mismo escuchaba sus palabras con el estruendo del agua que caía a su alrededor. Pero Teela también rió, sin un sonido, y le tendió los brazos.

- ¡No valía la pena discutir por eso! - gritó él.

El agua estaba fría. Teela era el único calor. Se arrodillaron y se abrazaron.

El amor resultó una deliciosa combinación de frío y calor. Era un consuelo poder hacer el amor. No resolvía nada; pero al menos permitía rehuir los problemas del momento. Regresaron a las aerocicletas, aún temblorosos bajo sus calientes sobretodos. Luis no había vuelto a decir nada. Acababa de descubrir algo sobre Teela Brown.



No sabía mostrarse esquiva. Era incapaz de decir no y mantenerse firme. No sabía hacer reproches con una calculada intensidad, jocosos, incisivos o mortalmente envenenados, como hacían otras mujeres. Teela Brown nunca había sido herida socialmente, al menos no con la frecuencia suficiente para llegar a aprender esas artimañas.

Luis podría seguir intimidándola hasta el día del juicio y ella continuaría sin saber cómo pararle los pies. Y Luis, consciente de todo esto, no dijo ni una palabra, por esta y también por otra razón.

No quería hacerla sufrir. Así fueron avanzando en silencio con las manos entrelazadas y acariciándose sugestivamente con los dedos.

- Está bien - dijo ella de pronto -. Si convences a Interlocutor, por mí puede regresar Nessus.

- Gracias - dijo Luis, con gesto de sorpresa.

- Es sólo por el «Tiro Largo» - aclaró ella -. Además, no creo que lo consigas.

Era hora de comer y de practicar algunos ejercicios formales: flexiones de piernas y brazos, y otros informales como trepar a los árboles.

Interlocutor había regresado junto a las aerocicletas. No tenía la boca manchada de sangre. Cuando llegó a su vehículo apretó un botón, pero no para pedir una pastilla antialérgica, sino un húmedo trozo rectangular de hígado caliente. «Aquí viene el gran cazador», pensó Luis.

El cielo estaba encapotado cuando aterrizaron. Y seguía encapotado cuando despegaron. Luis reanudó la discusión vía intercom.

- Olvidemos lo que ocurrió últimamente.

- El tiempo no salda las cuestiones de honor, Luis, aunque es lógico que no lo entiendas. Además, las consecuencias de ese acto siguen muy vivas. ¿Por qué escogió Nessus a un kzint para su expedición?

- Ya nos lo dijo él mismo.

- Por qué seleccionó a Teela Brown? El Ser último debió de ordenarle comprobar si esos humanos habían heredado una buena suerte psíquica. También debía averiguar si los kzinti se habían tornado tan dóciles como ellos esperaban. Me escogió a mí, pues pensó que como embajador ante una especie notoria por su arrogancia, sería más probable que manifestase la docilidad esperada.

- Ya lo había pensado.

Luis había ido aún más allá en el razonamiento. ¿Habría recibido Nessus instrucciones de hablar del señuelo para atraer vástagos de las estrellas, con objeto de calibrar las reacciones de Interlocutor?

- No tiene importancia. Te aseguro que no soy dócil.

- Deja de usar esa palabra. ¡Te impide pensar correctamente!

- Luis, ¿por qué intercedes en favor del titerote? ¿Por qué deseas su compañía?

«Bien preguntado», pensó Luis. Sin duda, el titerote merecía sufrir un poco. Y si lo que Luis sospechaba era cierto, Nessus no corría el menor peligro.

¿Es que sólo Luis Wu sentía afecto por los seres de otras especies?

¿O era un problema aún más general? Un titerote era un ser distinto. La diferencia era un factor importante. Un hombre de la edad de Luis Wu podía acabar hastiado de la vida, si no encontraba un poco de variedad. La compañía de seres de otras especies constituía una necesidad vital para Luis Wu.

Las aerocicletas se remontaron, siguiendo la ladera de las montañas.

- Es una cuestión de puntos de vista - respondió Luis Wu -. Nos encontramos en un medio extraño, más extraño que cualquier mundo humano o kzinti. Necesitaremos todas las visiones que seamos capaces de reunir, sólo para hacernos una idea de lo que ocurre.

Teela aplaudió silenciosamente. ¡Buen argumento! Luis le devolvió el guiño. Una conversación muy humana; Interlocutor jamás conseguiría adivinar su sentido.

- No necesito que un titerote me explique cómo es el mundo - iba diciendo mientras tanto el kzin -. Me basta con mis propios ojos, mi nariz y mis oídos.

- Eso sería discutible. Pero, en todo caso, necesitas el «Tiro Largo». Todos tenemos necesidad de las técnicas materializadas en esa nave.

- Para obtener provecho. Un motivo muy poco digno.

- ¡No seas injusto, nejl! ¡El «Tiro Largo» será útil a toda la raza humana, y también a la kzinti!

- Tonterías. Aunque no seas tú solo el beneficiado, subsiste el hecho de que estás dispuesto a canjear tu honor por una ventaja material.

- Mi honor no está en entredicho - le azuzó Luis.

- Yo diría que sí - terció Interlocutor. Y cortó.

- Es un buen truco, esa palanquita - comentó Teela con malicia -. Estaba segura de que desconectaría.

- Yo también. Pero, ¡por Finagle! Es difícil de convencer.

Más allá de las montañas se abría una interminable extensión de lanudas nubes blancas, que se tornaban grisáceas en las proximidades del horizonte-infinito. Las aerocicletas parecían flotar sobre blancas nubes, más abajo se divisaba un cielo de un azul reluciente sobre el que se lograba distinguir la tenue silueta del Arco, justo en el límite de lo visible.

Las montañas desaparecieron a sus espaldas. Luis sintió una punzada de nostalgia al recordar la charca del bosque con la cascada. Jamás volverían a verla.

Las aerocicletas iban dejando una estela, una ondulación sobre la capa de nubes formada bajo el impacto de las ondas sonoras rechazadas por los vehículos. Frente a ellos, sólo un detalle rompía la infinidad del horizonte. Luis decidió que debía ser una montaña o bien una tormenta, muy distante y muy grande. Desde ahí parecía tener el tamaño de una cabeza de alfiler vista desde un metro de distancia.

Interlocutor rompió el silencio:

- Un resquicio en la capa de nubes, Luis. Frente a nosotros.

- Ya lo he visto.

- ¿Ves cómo brilla la luz a través del resquicio? El terreno refleja una enorme cantidad de luz.

Tenía razón, los rebordes del resquicio abierto entre las nubes emitían un intenso resplandor.

- ¿Y si estuviéramos volando sobre una zona de material base del anillo? Sería la mayor erosión encontrada en el revestimiento hasta el momento.

- Quisiera verlo mejor.

- De acuerdo - dijo Luis.

Siguió con la mirada la manchita de la aerocicleta de Interlocutor que se alejaba a toda velocidad rumbo a giro. Con su aerocicleta a 2 Mach, Interlocutor apenas conseguiría una visión fugaz del suelo...

Se le planteaba un dilema. ¿Qué debía observar? ¿La manchita plateada de la aerocicleta de Interlocutor, o el pequeño rostro gatuno de color anaranjado

sobre la pantalla? Una imagen era real, la otra más detallada. Ambas ofrecían información, aunque de distinto tipo.

En principio, ninguna solución resultaba del todo satisfactoria. En la práctica, como es lógico, Luis acabó por mirar alternativamente una y otra.

Vio a Interlocutor acercándose al resquicio...

El intercom repitió el aullido del kzin. La manchita plateada se tornó súbitamente aún más brillante; y el rostro de Interlocutor se trocó en un cegador destello de luz blanca. Tenía los ojos firmemente, cerrados, y la boca abierta en un alarido.

La imagen palideció. Interlocutor había cruzado el resquicio abierto en las nubes. Se tapaba el rostro con un brazo. La piel que lo cubría estaba chamuscada y humeante.

Bajo la plateada manchita divergente de la aerocicleta de interlocutor se divisaba una zona iluminada sobre la capa de nubes..., como si un foco estuviera siguiendo al kzin desde abajo.

- ¡Interlocutor! - gritó Teela -. ¿Puedes ver?

Interlocutor la oyó y se descubrió la cara. La piel anaranjada estaba intacta en una amplia banda que incluía los ojos. El resto de la piel estaba negra y chamuscada. Interlocutor abrió los ojos, volvió a cerrarlos con fuerza, los abrió otra vez.

- Estoy ciego - dijo.

- Sí, pero ¿puedes ver?

Preocupado como estaba por Interlocutor, Luis casi no prestó atención a lo curioso de la pregunta. Sin embargo, subliminalmente captó algo en el tono de voz de la muchacha: ansiedad y, subyacente a ésta, la insinuación de que Interlocutor no había respondido a su pregunta y debía darle otra oportunidad.

Pero no había tiempo que perder.

- ¡Interlocutor! Acopla tu vehículo al mío. Tenemos que buscar un lugar resguardado - gritó Luis.

Interlocutor movió unas cuantas palancas en su tablero.

- Ya está. Luis, ¿qué clase de cobertura?

Su voz sonaba más ronca y distorsionada por el dolor.

- Regresaremos a las montañas.

- No. Perderíamos demasiado tiempo. Luis, ya sé lo que me atacó. Si no me equivoco, estaremos a salvo mientras tengamos el resguardo de las nubes.

- ¿Eh?

- Tendrás que investigar.

- Necesitas cuidados médicos.

- Así es, pero primero debes buscarnos un lugar donde aterrizar. Debes descender donde las nubes sean más densas...

Bajo las nubes, no estaba oscuro. Se filtraba un poco de luz y buena parte de ella era reflejada otra vez sobre Luis, Wu. El brillo resultaba cegador.

En esa región la superficie terrestre era una llanura ondulada. El material base del anillo estaba cubierto de tierra y vegetación.

Luis siguió bajando, con el entrecejo fruncido para protegerse de los destellos.

Sólo se veía una única especie de planta, regularmente distribuida sobre el terreno, desde allí hasta el horizonte-infinito. Cada planta contaba con una sola flor, y todas las flores iban girando y siguiendo a Luis Wu en su descenso. Un enorme público, atento y silencioso.

Aterrizó y desmontó junto a una de las plantas.

Debía de tener unos treinta centímetros de altura y tenía el tallo verde y nudoso. Su única flor era del tamaño de un rostro humano. El dorso de la corola estaba veteado, como si estuviera lleno de venas o tendones; y la superficie interior era un espejo cóncavo perfectamente liso. En el centro se alzaba un corto pedúnculo que acababa en una bulbosidad verde oscuro.

Todas las flores que alcanzaba a divisar se volvieron hacia él. El resplandor bañaba todo su cuerpo. Luis comprendió que intentaban matarle y levantó los ojos intranquilo; pero la capa de nubes seguía allí.

- Tenías razón - dijo a través del sistema de intercomunicación -. Son girasoles esclavistas. De no haberse formado esta capa de nubes, hubiéramos caído fulminados nada más cruzar las montañas.

- ¿Hay algún lugar dónde podamos ponernos al abrigo de los girasoles? ¿Una cueva, por ejemplo?

- Creo que no. El terreno es demasiado llano. Los girasoles no son capaces de dirigir la luz con precisión, pero aún así emiten un terrible resplandor.

Entonces intervino Teela:

- Por piedad, ¿qué os pasa ahora? ¡Luis, tenemos que aterrizar! ¡Interlocutor está grave!

- Tiene razón, Luis, me duele bastante.

- Entonces sugiero que corramos el riesgo. Descendamos los dos. Tendremos que confiar que las nubes no se dispersen.

- ¡Ahí vamos!

La imagen de Teela transmitida por el intercom entró en acción.

Luis dedicó un par de minutos a investigar entre las plantas. Exactamente como había imaginado, no logró encontrar ningún superviviente de otra especie en el dominio de los girasoles. Ninguna planta más pequeña crecía entre los tallos. No se veía volar ninguna criatura, y nada se arrastraba bajo el suelo de color ceniciento. Las plantas mismas no presentaban tizones, ni hongos parásitos, ni manchas indicadoras de alguna enfermedad. Si un girasol se hubiera visto afectado por alguna dolencia los demás lo destruirían en el acto.

La flor-espejo constituía un arma terrible. Su principal finalidad era concentrar la luz del sol en el nódulo fotosintético verde del centro. Pero también podía dirigir sus rayos sobre un animal o insecto devorador de plantas y aniquilarlo. Los girasoles quemaban a todos los enemigos. Todo ser viviente es un enemigo para una planta de fotosíntesis; y todo ser viviente servía luego de fertilizante para los girasoles.

«Pero ¿cómo habrían llegado hasta aquí?», se preguntó Luis.

En efecto, esos girasoles no podían coexistir con otras formas menos elaboradas de vida vegetal. Eran demasiado poderosos. En consecuencia, no podían ser originarios del planeta natal de los anillícolas.

Los ingenieros debían de haber recorrido las estrellas circundantes en busca de plantas útiles o decorativas. Tal vez habían llegado hasta Ojos Plateados, en el espacio humano. Y debían de haber llegado a la conclusión de que los girasoles eran decorativos.

«Pero debieron rodearlos mediante una valla. A cualquier imbécil se le ocurriría. Les tendrían que haber destinado una zona aislada tras un alto y grueso muro de material base sin recubrir, por ejemplo. Ello hubiera impedido su expansión.

»Pero algo falló. De algún modo, una semilla logró salvar la barrera. Imposible decir hasta dónde se habrán extendido a estas horas», se dijo Luis para sus adentros. Luego se encogió de hombros. Ese debía ser el «punto luminoso» que él y Nessus habían divisado a lo lejos. Hasta donde alcanzaba la mirada, ningún ser viviente se atrevía a desafiar a los girasoles.

Con el tiempo, si se les concedía ese tiempo, los girasoles llegarían a dominar el Mundo Anillo.

Pero aún faltaba mucho tiempo para esa eventualidad. El Mundo Anillo era grande. En él había espacio suficiente para todo.

## 15. Un castillo de ensueño

Luis, sumido en sus reflexiones, casi no advirtió la llegada de las dos aerocicletas que aterrizaron junto a la suya. Salió bruscamente de su ensueño cuando Interlocutor bramó:

- ¡Luis! Coge el desintegrador de mi aerocicleta y cávanos un escondrijo. Tú, Teela, ven a curarme las heridas.

- ¿Un escondrijo?

- Sí. Tendremos que escondernos bajo tierra y esperar la caída de la noche.

- Comprendo.

Luis se despabiló. Era una vergüenza que Interlocutor hubiera tenido que pensar en eso, herido como estaba. Era evidente que no podían correr el riesgo de que se produjera un desgarrón en las nubes. Con una mínima cantidad de luz directa, los girasoles ya podrían asesinarles. Pero por la noche...

Luis procuró no mirar a Interlocutor mientras hurgaba en su aerocicleta. Un vistazo había sido suficiente. El kzin tenía la mayor parte del cuerpo negro de quemaduras. Los líquidos orgánicos rezumaban entre las cenizas untuosas que antes fueran pelo. La carne, de un rojo brillante, había quedado al descubierto en varias zonas. El olor a pelo chamuscado era penetrante y nauseabundo.

Luis encontró el desintegrador: una escopeta de dos cañones con un asa que parecía blanda. La otra arma que llevaba el kzin le hizo sonreír amargamente. Si Interlocutor le hubiera sugerido quemar los girasoles con las linternas de rayos laser, Luis probablemente habría accedido, tan desconcertado estaba.

Cogió el arma y se alejó a toda prisa; comenzaba, a sentir náuseas y le avergonzaba su debilidad. El dolor de las quemaduras de Interlocutor le hacía sufrir también a él. Teela, que ignoraba lo que era el dolor, podría serle más útil que Luis.

Apuntó la escopeta hacia el suelo en un ángulo de treinta grados. Se había puesto el casco de oxígeno de su traje de supervivencia. No tenía prisa, conque sólo apretó uno de los dos gatillos.

El agujero comenzó a abrirse rápidamente. Luis no logró averiguar con cuánta rapidez, pues al cabo de un instante estuvo todo rodeado de polvo. Un pequeño huracán soplaba hacia él desde el lugar donde había penetrado el rayo. Luis tuvo que oponer toda su resistencia para no ser derribado por la corriente de aire.

En el cono del rayo, el electrón se convertía en una partícula neutra. La tierra y las rocas, deshechas en átomos por efecto de la repulsión mutua entre los núcleos, llegaban hasta Luis en una nube de polvo monoatómico. Se felicitó de llevar el casco de oxígeno.

Cuando desconectó el desintegrador, había cavado un agujero capaz de acomodarles a los tres junto con sus aerocicletas.

«Con cuánta rapidez», pensó. Y comenzó a preguntarse cuánto tardaría el instrumento en cavar el mismo agujero con ambos rayos a la vez. «Pero ello crearía una corriente», se dijo, adoptando la, expresión del kzin. Y de momento no deseaba tanto ajeteo.

Teela e Interlocutor habían bajado de sus aerocicletas. Interlocutor había perdido casi todo su pelo. Un gran jirón anaranjado le tapaba aún las posaderas y una ancha banda anaranjada se extendía sobre sus ojos. El resto de su cuerpo estaba cubierto sólo por la piel desnuda, veteada de venas de un rojo violáceo, en la que se abrían varias heridas de un rojo intenso. Teela le estaba rociando con un producto que producía una blanca espuma en cuanto entraba en contacto con su piel.

El hedor a pelo y carne chamuscada mantuvo a Luis a cierta distancia.

- Ya está - anunció.

El kzin levantó la mirada:

- He recuperado la vista, Luis.

- ¡Estupendo! - Era algo que le tenía preocupado.

- El titerote ha traído medicamentos de uso militar, muy superiores a los medicamentos kzinti de uso civil. En principio, los suministros militares tendrían que ser inaccesibles para un extraño.

Su voz sonaba airada. Tal vez sospechaba un soborno; y era posible que no se equivocara.



- Voy a llamar a Nessus - dijo Luis.

Y dio la vuelta en torno a la pareja. El kzin ya estaba cubierto de espuma blanca de pies a cabeza. Su cuerpo no desprendía el menor olor.

- Sé dónde estás - le dijo al titerote.

- Estupendo. ¿Dónde estoy, Luis?

- Detrás nuestro. Diste media vuelta y te situaste a nuestras espaldas en cuanto te perdimos de vista. Teela e Interlocutor no lo saben. Son incapaces de ponerse en el lugar de un titerote.

- ¿No creerían que un titerote iba a abrirles camino? Aunque tal vez sea mejor que sigan en el error. ¿Hay alguna posibilidad de que me permitan unirme al grupo?

- Aún no. Tal vez más adelante. Deja que te explique por qué te he llamado... - Y le habló al titerote del campo de girasoles. Había comenzado a relacionarle la gravedad de las heridas de Interlocutor, cuando de pronto la cabeza aplastada de Nessus desapareció por debajo del nivel de la cámara del intercom.

Luis esperó unos segundos a ver si reaparecía. Luego desconectó. No le cabía la menor duda de que el colapso catatónico de Nessus duraría poco. El titerote era demasiado conscientemente responsable de su propia vida.

Les quedaban aún diez horas de luz de día, que el grupo pasó en la trinchera cavada con el desintegrador.

Interlocutor durmió todo el rato. Le condujeron hasta el agujero y luego le rociaron con un spray somnífero procedente del botiquín kzinti. La espuma blanca se había solidificado, dejándole convertido en una especie de almohadón de espuma.

- El único kzin botador del mundo - comentó Teela.

Luis intentó dormir. Estuvo dormitando un rato. En cierto momento entreabrió los ojos y advirtió un brillante resplandor de luz solar y el nítido contorno de la sombra negra del techo de la cueva. Dio media vuelta y volvió a dormirse.

Despertó poco después bañado en un sudor frío. ¡De haberse incorporado para mirar lo que pasaba, hubiera quedado asado en un instante!

Pero el cielo había vuelto a encapotarse y las nubes bloqueaban firmemente cualquier posible venganza de los girasoles.

Por fin, uno de los horizontes comenzó a palidecer. Mientras el cielo se iba oscureciendo, Luis fue despertando a los demás.

Volaban bajo las nubes. Era vital que consiguieran ver las flores. Si amanecía antes de que hubieran dejado atrás el campo de girasoles, tendrían que esconderse otra vez hasta la caída de la noche.

De vez en cuando, Luis descendía un poco para echar un vistazo.

Volaron durante poco más de una hora... luego los girasoles comenzaron a clarear. Cruzaron una región donde ya eran escasos, había brotes aún no plenamente desarrollados arraigados entre los restos chamuscados de un bosque recientemente quemado. En realidad, la hierba y los girasoles parecían haber entablado un duelo por la ocupación de ese territorio.

Luego los girasoles desaparecieron por completo.

Y Luis por fin pudo descabezar un sueño.

Durmió como bajo los efectos de una droga. Cuando despertó, aún era de noche. Miró a su alrededor y un poco más adelante descubrió un destello de luz en dirección a giro.

Medio adormilado, pensó que seguramente sería una luciérnaga atrapada en la envoltura sónica, u otra tontería por el estilo. Se frotó los ojos. Y el destello seguía allí.

Apretó el botón de «llamada» para ponerse en contacto con Interlocutor.

El resplandor parecía cada vez más próximo. Relucía como un punto de luz solar reflejado contra el oscuro paisaje nocturno del Mundo Anillo.

No podía ser un girasol. No de noche.

Tal vez fuera una casa, pensó Luis; pero ¿de dónde sacarían luz los nativos? Además, de ser una casa, la hubieran dejado atrás rápidamente. A la velocidad de crucero de las aerocicletas se hubiera podido cruzar todo el continente norteamericano de costa a costa en menos de dos horas y media.

La luz estaba más o menos a su altura, hacia la derecha. E Interlocutor seguía sin responder.

Luis se desgajó de la flotilla. Sonrió burlonamente en la oscuridad. Ya había dejado atrás la flotilla, que en esos momentos se hallaba bajo el mando de Interlocutor (por propia petición) y que ya sólo constaba de dos vehículos. Luis localizó de memoria la aerocicleta del kzin y voló hacia ella.

Las ondas sonoras que iban a chocar contra la envoltura sónica se dibujaban tenuemente bajo la escasa luz del Arco que conseguía filtrarse entre las nubes: una red de líneas rectas que convergían en un punto. La aerocicleta de Interlocutor y su silueta de un gris fantasmagórico parecían atrapadas en una tela de araña euclídea.

Luis estaba peligrosamente próximo cuando por fin encendió su foco para apagarlo otra vez en el acto. Vio cómo el fantasma se mantenía a la expectativa en la oscuridad. Luis situó suavemente su vehículo entre el kzin y el punto luminoso.

Volvió a encender fugazmente su foco.

Interlocutor le habló a través del intercom.

- Sí, Luis, ahora lo veo. Algún objeto iluminado que parece moverse en dirección contraria a la nuestra.

- ¿Vamos a ver qué es?

- De acuerdo.

Interlocutor puso su aerocicleta rumbo a la luz.

Comenzaron a dar vueltas en la oscuridad, cual curiosos pececillos alrededor de una botella de cerveza que se hunde. Era un castillo de diez pisos que flotaba a unos trescientos metros de altura y estaba todo iluminado como la sala de mandos de alguna antigua nave-cohete.

Una enorme ventana panorámica única, curvada de forma que constituía la pared y también el techo, se abría sobre un espacio del tamaño de un teatro de ópera. En el interior, un laberinto de mesas de comedor rodeaba un escenario circular elevado. Encima de las mesas quedaban unos ciento cincuenta metros de espacio libre, a excepción de una escultura abstracta hecha de alambre retorcido.

No podían dejar de sorprenderse cada vez al comprobar lo espacioso que resultaba el Mundo Anillo. En la Tierra, era delito conducir cualquier tipo de vehículo sin un piloto automático. Era inevitable que al estrellarse el vehículo matara a alguien, cayera donde cayera. Aquí en cambio había miles de kilómetros de tierras vírgenes, edificios suspendidos sobre las ciudades y espacio suficiente para acomodar a un comensal de ciento cincuenta metros de altura.

Debajo del castillo había una ciudad. No estaba iluminada. Interlocutor la sobrevoló casi a ras de suelo, como un halcón, y la examinó rápidamente a la luz azulada del Arco. Pronto subió a informar que la ciudad se parecía mucho a Zignamucliklik.

- Podemos explorarla cuando amanezca - dijo -. Parece un enclave más importante. Tal vez haya permanecido intacto desde la desaparición de la civilización.

- Debe disponer de una fuente de energía propia - aventuró Luis -. Me gustaría saber por qué. Ninguno de los edificios de Zignamuclikclik estaba equipado de este modo.

Teela lanzó su aerocicleta en picado directamente debajo del castillo. Los ojos de su imagen reflejada en el intercom se abrieron redondos como naranjas en expresión de asombro.

- ¡Luis, Interlocutor! ¡Tenéis que ver esto! - gritó.

Se lanzaron tras ella sin pensarlo dos veces. Luis ya se había situado a su lado, cuando de pronto recordó, aterrado, la enorme masa que pendía sobre sus cabezas.

Toda la superficie inferior del castillo estaba cubierta de ventanas y era una sucesión de ángulos y aristas. No había forma posible de apoyar el castillo en el suelo. ¿Quién lo había construido, y cómo, así, sin base? Cemento y metal en una estructura asimétrica, pero ¿cómo se sostendría, nejj? Luis sintió un vacío en el estómago; sin embargo, apretó los dientes y continuó avanzando al lado de Teela, bajo una masa flotante equivalente a una nave transespacial de tamaño medio.

Teela había descubierto una maravilla: una piscina sumergida, en forma de bañera y profusamente iluminada. El fondo y las paredes de vidrio daban contra la oscuridad exterior, a excepción de una pared que limitaba con un bar, o un salón, o... resultaba difícil concretar a través de dos capas translúcidas.

La piscina estaba seca. En el fondo había un enorme esqueleto solitario, semejante al de un bandersnatch.

- Tenían unos animales domésticos bastante grandes - aventuró Luis.

- Parece un bandersnatch jinciano - dijo Teela -. Mi tío era cazador, y había instalado su sala de trofeos dentro de un esqueleto de bandersnatch.

- Hay bandersnatch en muchos mundos. Los esclavistas se alimentaban de ellos. No me sorprendería hallarlos en cualquier punto de la galaxia. Lo importante es saber por qué decidieron traerlos aquí los anillícolas.

- Como elementos decorativos - saltó Teela en el acto.

- ¿Estás de broma?

Un bandersnatch era algo así como un cruce entre Moby Dick y un tractor oruga.

«¿Por qué no? - pensó Luis -. ¿Por qué descartar la posibilidad de que los ingenieros hubieran saqueado una docena, o incluso un centenar, de sistemas solares en busca de seres idóneos para poblar este mundo artificial?» Según su hipótesis, poseían motores de fusión de alimentación exterior. Y era evidente que todos los seres vivos del Mundo Anillo tenían que haber sido traídos de otra parte. Girasoles esclavistas. Bandersnatch. ¿Qué más?

Ya habían recorrido una distancia suficiente para dar la vuelta a la Tierra media docena de veces. ¡Por las leyes de Finagle, cuántas cosas les quedarían aún por descubrir!

Formas de vida desconocidas. (Inofensivas, hasta el momento.)

Girasoles. (Interlocutor había arvido en medio de una luz cegadora, mientras se oían sus aullidos por el intercom.)

Ciudades flotantes. (Que se desmoronaban con consecuencias desastrosas.)

Bandersnatch. (Inteligentes y peligrosos. Tendrían las mismas características en este mundo. Los bandersnatch no sufrían mutaciones.)

¿Y la muerte? La muerte siempre era igual, en todas partes. Dieron otra vuelta en torno al castillo, en busca de una abertura. Había ventanas rectangulares y octogonales y semiesféricas, y gruesos paneles en el suelo; pero todo estaba cerrado. Encontraron un muelle para vehículos volantes, con una gran puerta construida como un puente levadizo que hacía las veces de rampa de aterrizaje; pero, al igual que un puente levadizo, la puerta estaba levantada y cerrada. Encontraron casi cien metros de escaleras mecánicas en espiral que colgaban como un muelle del extremo más bajo del castillo. Las escaleras acababan en cielo descubierto. Alguna fuerza desconocida las había retorcido, muchas vigas sustentadoras estaban partidas y varios peldaños se habían roto. En el extremo superior de la escalera mecánica encontraron una puerta cerrada.

- ¡Voto a Finagle! Voy a atravesar un cristal - dijo Teela.

- ¡No lo hagas! - le ordenó Luis. La creía perfectamente capaz de ello -. Interlocutor, emplea el desintegrador. A ver si conseguimos entrar.

Interlocutor desenfundó la excavadora esclavista.

Luis estaba enterado del funcionamiento del desintegrador. Los objetos situados al alcance de su rayo de amplitud variable adquirirían, bruscamente, una carga positiva de una potencia suficiente para hacerlos estallar en pedazos. Los titerotes habían añadido un segundo rayo, paralelo, que suprimía la carga del protón. Luis no lo había utilizado para cavar el refugio en el campo de girasoles, y sabía que tampoco era necesario usarlo ahora.

Sin embargo, debía de haber adivinado que Interlocutor lo usaría de todos modos.

Dos puntos de la gran ventana octogonal situados a escasos centímetros adquirieron de pronto cargas opuestas, con una diferencia de potencial entre ambas.

El destello fue cegador. Luis apretó los ojos con lágrimas de dolor. Simultáneamente se oyó el estampido ensordecedor de un trueno que le destrozó los tímpanos a pesar de la envoltura sónica. En medio de la atónita calma que siguió, Luis sintió como una gruesa capa de ásperas partículas rasposas se iba depositando sobre su cuello y sus hombros y también en el dorso de sus manos. Mantuvo los ojos cerrados.

- Tenías que probarlo - constató.
- Funciona muy bien. Nos será útil.
- Feliz cumpleaños - apostilló irónicamente.
- No seas impertinente, Luis.

Ya no le dolían tanto los ojos. Luis descubrió que todo él y la aerocicleta estaban rodeados de astillas de vidrio. ¡Vidrio flotante! La envoltura sónica debía haber detenido las partículas que luego se habían ido depositando sobre todas las superficies horizontales.

Teela ya había entrado en el enorme espacio de lo que hubiera podido ser una sala de baile. Luis y el kzin la siguieron...

Luis se despertó lentamente, con una sensación de bienestar. Estaba tendido sobre una superficie blanda, con todo el cuerpo apoyado en un brazo. El brazo se le había dormido.

Rodó sobre sí mismo y abrió los ojos.

Yacía en una cama y sobre su cabeza se alzaba un alto techo blanco. El bulto que sentía bajo las costillas resultó ser un pie de Teela.

Ya se acordaba. Habían encontrado la cama la noche anterior, una cama tan grande como un campo de mini-golf, en un enorme dormitorio situado en lo que hubiera sido el sótano en un castillo menos extravagante.

Antes de descubrirlo, habían encontrado muchas otras maravillas.

El castillo era un verdadero castillo, no un simple hotel de lujo. Un salón de banquetes con una ventana panorámica de ciento cincuenta metros de altura ya resultaba bastante sorprendente. Sin embargo, también pudieron comprobar

que las mesas formaban un círculo en torno a una mesa central en forma de anillo, situada sobre una plataforma elevada. El anillo rodeaba una silla torneada de alto respaldo del tamaño de un trono. Teela había empezado a hacer pruebas y por fin había descubierto la forma de elevar la silla y dejarla suspendida en el aire y un dispositivo para ampliar la voz del ocupante hasta hacerla sonar como un trueno imperativo. La silla también giraba; y con ella giraba también la escultura que colgaba encima.

La escultura era de alambre retorcido, muy ligera, prácticamente sólo espacio vacío. Parecía una figura abstracta hasta que Teela comenzó a hacerla girar. Entonces... no les cupo la menor duda de que era un retrato.

La cabeza esculpida de un hombre completamente lampiño. ¿Sería un nativo de una comunidad cuyos miembros se afeitaban el rostro y el cráneo? ¿O sería la figura de un miembro de otra raza procedente de algún apartado lugar de la curva del anillo? Tal vez nunca llegarían a averiguarlo. Pero el rostro era claramente humano: apuesto, anguloso, el rostro de una persona acostumbrada a mandar.

Luis levantó la mirada. Y recordó ese rostro. La actitud de mando había trazado arrugas en torno a los ojos y la boca, y el artista había conseguido incorporar esas líneas a la estructura de alambre.

El castillo debía de haber sido una sede de gobierno. Todo parecía indicarlo: el trono, el salón de banquetes, las extraordinarias ventanas, el propio castillo flotante con su fuente de energía independiente. Pero, para Luis Wu, el elemento decisivo era ese rostro.

Después habían recorrido todo el castillo. Habían descubierto escaleras lujosamente decoradas y de hermoso diseño distribuidas por doquier. Pero no se movían. No había escaleras mecánicas, ni ascensores, ni alfombras rodantes, ni toboganes. Tal vez esas escaleras se habían movido en su tiempo.

Conque el grupo decidió ir bajando, pues resultaba menos fatigoso que subir. En el fondo del castillo habían encontrado el dormitorio.

Tras un sinfín de días de dormir en los asientos de sus aerocicletas y hacer el amor dondequiera que aterrizara la flotilla, la cama causó un impacto irresistible en Teela y Luis Wu. Habían dejado que Interlocutor prosiguiera la exploración por su cuenta.

A saber lo que habría encontrado a esas horas.

Luis se incorporó sobre un codo. La mano muerta comenzaba a volver a la vida. Procuró no sacudirla. «Esto nunca pasa con las placas sómnicas - se dijo -, pero qué nej..., por lo menos es una cama...»

Una pared del dormitorio que parecía de cristal daba sobre una piscina seca. Entre las paredes y el suelo de cristal, localizó el blanco esqueleto de un bandersnatch de Frumio, con la calavera en forma de cuchara.

La pared opuesta, también transparente, daba sobre la ciudad, a unos trescientos metros del nivel del suelo.

Luis dio tres vueltas sobre sí mismo y por fin cayó de la cama. El suelo era blando, estaba cubierto con una alfombra de piel de un color y textura que presentaban un inquietante parecido con los de las barbas de los nativos. Luis se arrastró hasta la ventana y se asomó al exterior.

(Algo le obstruía la visión, como un ligero parpadeo en una pantalla de tride. No llegó a percibirlo a nivel consciente. Sin embargo, notaba una molestia.)

Bajo un cielo blanco e informe, la ciudad aparecía en distintos matices de gris. La mayor parte de los edificios eran altos, pero había unos cuantos muchísimo más altos que sobresalían imponentes entre los demás; y unos pocos sobrepasaban la altura de la base de ese castillo flotante. Antaño, habían existido otros edificios flotantes. Luis logró distinguir las señales, amplios espacios vacíos en medio de la geografía urbana marcaban el lugar donde se habían derrumbado esos miles de toneladas de maquinaria.

Pero ese castillo de ensueño disponía de una fuente de energía independiente. Y un dormitorio idóneo para acomodar una orgía de considerable amplitud. Con una enorme pared-ventana desde la cual un sultán podría contemplar sus dominios y percibir a sus súbditos como las hormigas que realmente eran.

«Un lugar idóneo para soñar despierto», se dijo Luis Wu.

De pronto algo le llamó la atención. Algo que se agitaba ahí fuera, frente a la ventana.

Un alambre. Un trozo había quedado prendido en la cornisa; pero aún había más flotando en el aire. Un alambre tosco. Ahora distinguía claramente las dos hebras que pendían de la cornisa sobre la ciudad.

Incapaz de averiguar su origen, Luis lo aceptó tal como se le presentaba. Un objeto hermoso. Se tendió de espaldas, desnudo, sobre la alfombra peluda que cubría todo el suelo, y contempló el alambre que seguía deslizándose ante su ventana. Se sentía seguro y relajado, tal vez por primera vez desde que un laser de rayos X derribara el «Embustero».

El alambre seguía cayendo sin cesar, rizos y más rizos de alambre negro ondeante sobre el cielo blanco-grisáceo. Era tan fino que en algunos momentos llegaba a perderlo de vista. ¿Cómo averiguar su longitud? Casi tan difícil como contar los copos de nieve en una tormenta.



De pronto Luis adivinó lo que era.

- Bienvenido - dijo. Pero sintió un sobresalto.

El alambre que unía las pantallas cuadradas. Les había seguido hasta allí.

Luis subió cinco tramos de escalera en busca de algo para desayunar.

Naturalmente no esperaba que la cocina funcionase. De hecho, deseaba volver al salón de banquetes; pero sin saber cómo se encontró en la cocina.

Esta le ratificó en sus reflexiones de unos momentos antes. Un autócrata precisa criados; y allí los había habido. La cocina era enorme. Debió de tener ocupado a todo un ejército de cocineros, con sus ayudantes para transportar el producto acabado al salón de banquetes, volver con los platos sucios, lavar la vajilla y hacer limpieza, ir de compras...

Había recipientes que, en su tiempo, debieron de servir para guardar las frutas y verduras frescas y ahora aparecían llenos de polvo y huesos de fruta y pellejos secos y moho. Había una cámara frigorífica donde sin duda colgaban los animales muertos. Estaba vacía y caliente. Había un refrigerador, que aún funcionaba. Posiblemente parte de la comida guardada en el congelador sería aún comestible; pero Luis no quiso correr el riesgo.

No había latas de conservas.

Las espitas de agua estaban secas.

Aparte del refrigerador, el aparato más complejo que encontró fueron los goznes de las puertas. Los hornos y fogones no tenían indicadores de temperatura ni cronómetros. Tampoco encontró nada equivalente a un tostador de pan. Sobre la cocina colgaban unos cordeles, con unas bulbosidades. ¿Especias sin elaborar? ¿No poseían especias envasadas?

Luis echó un último vistazo antes de salir. Y entonces descubrió lo que realmente había ocurrido.

Originariamente, ese cuarto no había estado destinado a cocina.

¿Qué era pues? ¿Una despensa? ¿Un cuarto de tride? Probablemente lo segundo. Una pared estaba completamente vacía, recubierto con una capa de pintura uniforme que parecía más reciente que el resto; y en el suelo aún se veían las señales de los lugares que antes podrían haber ocupado las sillas y divanes.

Conque eso era. Esa habitación había sido una sala de esparcimiento. Luego, debía de haberse estropeado la pantalla mural y nadie había sido capaz de repararla. La cocina automática debía haber corrido igual suerte.

Y de este modo la gran sala de tride había acabado transformada en una cocina manual. Tales cocinas debían ser de uso corriente a esas alturas y seguramente ya no quedaba nadie capaz de reparar una cocina automática. Los alimentos crudos probablemente eran transportados hasta allí en un camión volante.

¿Y cuando los camiones volantes comenzaron a estropearse, uno tras otro...?

Luis salió de la cocina.

Por fin consiguió dar con el salón de banquetes y la única fuente de suministro de alimentos que le inspiraba confianza. Desayunó un bloque procedente de la ranura suministradora de la cocina de su aerocicleta.

Casi había terminado de comer cuando apareció Interlocutor.

Sin decir palabra, el kzin fue a su aerocicleta, pidió tres paquetes húmedos de un color rojo-oscuro y se los tragó en pocos segundos. Sólo entonces se volvió a mirar a Luis.

Ya no estaba blanco como un fantasma. Durante la noche, la espuma había completado sus efectos curativos y se había desprendido. La piel le relucía sonrosada y sana, suponiendo que una piel kzinti sana fuera de color rosa, con unas pocas cicatrices grisáceas y una vasta retícula de venas violáceas.

- Acompáñame - le ordenó el kzin -. He encontrado la sala de cartografía.

## 16. La sala de cartografía

La sala de cartografía estaba en el piso superior del castillo. La subida dejó a Luis jadeante y a duras penas no quedó rezagado. El kzin no corría, pero su paso era mucho más rápido que el de un hombre.

Luis llegó al último rellano en el momento en que Interlocutor empujaba una puerta de doble hoja, justo frente a la escalera.

A través del resquicio de la puerta Luis divisó una franja horizontal de un negro azabache y unos veinte centímetros de ancho, situada aproximadamente a un

metro del suelo. Miró un poco más allá, en busca de una franja parecida color azul cielo y con una cuadrícula de rectángulos color azul intenso; y pronto la encontró.

Habían dado en el blanco.

Luis se quedó en la puerta observando los detalles. El Mundo Anillo en miniatura ocupaba casi toda la habitación, que era circular y debía tener unos cuarenta metros de diámetro. Unida al eje del mapa circular había una pantalla rectangular, con un marco macizo.

En lo alto colgaban diez esferas rotatorias. Eran de tamaños distintos y giraban a diferente velocidad; pero todas poseían el color característico de un mundo de estructura semejante a la terrestre: azul intenso con aglomeraciones de escarcha blanca. Debajo de cada globo había un mapa de sección cónica.

- He estado trabajando aquí toda la noche - dijo Interlocutor. Se había situado detrás de la pantalla -. Quiero enseñarte algunas cosas. Acércate.

Luis estuvo a punto de agacharse para pasar por debajo del Anillo. Pero algo le detuvo. El hombre de facciones de halcón que reinaba sobre el salón de banquetes nunca se hubiera inclinado de ese modo, ni siquiera para entrar en este santuario, se dijo Luis; y avanzó directamente hacia el Anillo y a través de él, y comprobó que era una proyección inmaterial.

Sé situó detrás del kzin.

La pantalla estaba rodeada de paneles de mandos. Todos los botones eran grandes y de plata maciza; y cada uno representaba la cabeza de algún animal. Los paneles estaban enmarcados con una orla de virutas y ondas. «Preciosista - se dijo Luis -. ¿Decadente?»

La pantalla estaba iluminada, pero no mostraba ningún grado de ampliación. A través de ella se veía la imagen parecida a la visión del Mundo Anillo captada desde las proximidades de las pantallas cuadradas. Luis quedó algo decepcionado.

- Había conseguido enfocarla - explicó el kzin -. Si no me equivoco... - Hizo girar un botón y la imagen comenzó a ampliarse con tal rapidez que Luis buscó un lugar donde agarrarse -. Quiero mostrarte el muro exterior. Rrr, parte de él... - Hizo girar otro botón con su cabeza de fiera y la imagen fue moviéndose. Por fin se encontraron mirando por encima del reborde del Mundo Anillo.

En algún lugar debía haber unos telescopios que les proporcionaban esas imágenes. ¿Dónde? ¿Tal vez incorporados a las pantallas cuadradas?

Ante sus ojos se alzaban unas montañas de mil o dos mil kilómetros de altura. La imagen se fue ampliando aún más, a medida que Interlocutor iba descubriendo controles cada vez más precisos. A Luis le sorprendió que las

montañas, de apariencia muy natural excepto en lo tocante a sus dimensiones, quedaran tan abruptamente cortadas por la nítida sombra del espacio.

Luego advirtió lo que unía los picos de las montañas.

Pese a no distinguir más que una línea de puntos plateados, adivinó lo que sería.

- Un acelerador lineal.

- Sí - dijo Interlocutor -. Sin cabinas teletransportadoras, éste es el único medio para recorrer las enormes distancias del Mundo Anillo. Debió constituir el principal sistema de transporte.

- Pero está a más de mil kilómetros de altura. ¿Habrá ascensores?

- Hay tubos de ascensor junto al muro exterior. Allí, por ejemplo.

El hilo de plata se había convertido en una línea de diminutos aros, muy separados uno de otro y todos ocultos al amparo de un pico montañoso. Un tubo delgado y apenas visible unía los aros entre sí; descendía por la falda de una montaña y desaparecía en un cúmulo en la base de la atmósfera del Mundo Anillo.

- Los aros electromagnéticos están muy apiñados en torno a los tubos de los ascensores. En los demás puntos se hallan a millones de kilómetros de distancia uno de otro. Imagino que sólo son necesarios para acelerar y frenar y para orientar el rumbo - dijo Interlocutor -. Debía de ser posible acelerar una nave hasta situarla en caída libre, bordear el reborde a una velocidad relativa de mil doscientos kilómetros por segundo, y frenar junto a un tubo de ascensor gracias a la acción de otra concentración de aros.

- Se tardarían diez días en llegar a cualquier lugar. Sin hablar ya del problema de las aceleraciones - comentó Luis.

- Una menudencia. Desde el mundo humano más apartado de la Tierra se tardan sesenta días en llegar a Ojos Plateados. Y se necesitaría cuatro veces ese tiempo para cruzar todo el espacio desconocido.

- Tienes razón. Y el Mundo Anillo poseía una superficie habitable superior a la de todo el espacio conocido. Construyeron este artefacto para disponer de espacio. ¿Has observado alguna señal de actividad? - preguntó luego Luis -. ¿Crees que alguien sigue utilizando el acelerador lineal?

- La pregunta es ociosa. Ya verás.

La imagen convergió, se deslizó hacia un lado, volvió a ampliarse lentamente. Era de noche. Negras nubes flotaban sobre el negro paisaje, luego, de pronto...

- Una ciudad iluminada. Perfecto. - Luis tragó saliva. Había sido todo una sorpresa -. Conque no todo está muerto. Tal vez podamos conseguir ayuda.

- No lo creo. ¡Ah!

- ¡Finagle y su retorcida mente!

El castillo, sin duda el mismo que ahora ocupaban, flotaba tranquilamente sobre una zona iluminada. Ventanas, luces de neón, una sucesión de puntitos luminosos suspendidos que debían ser vehículos..., edificios flotantes de curiosa estructura... todo fantástico.

- Películas. ¡Nej! Sólo hemos estado viendo viejas películas. Las había tomado por transmisiones directas. - Durante un glorioso instante, su peregrinaje parecía concluido. Ciudades iluminadas, llenas de vida, señaladas en un mapa para facilitarles las cosas... pero esas fotografías debían tener siglos, debían corresponder a civilizaciones muy pretéritas.

- Yo también pensé lo mismo anoche; me llevó horas descubrir mi equivocación. No empecé a sospechar la verdad hasta que me resultó imposible localizar los miles de kilómetros de fosa meteorítica que abrió el «Embustero» al chocar contra el Mundo Anillo.

Luis, mudo de asombro, golpeó ligeramente el hombro desnudo color rosa y lavanda del kzin. Su mano no alcanzaba más arriba.

Interlocutor ignoró esa muestra de confianza.

- Todo resultó sencillo, una vez localizado el castillo. Fíjate.

Hizo deslizarse rápidamente la imagen hacia babor. La oscura superficie aparecía borrosa, sin el menor contorno. Luego apareció en la pantalla un negro océano.

La cámara pareció retroceder...

- ¿Te das cuenta? Una bahía de uno de los principales océanos de agua salada se halla exactamente en nuestra ruta hacia el muro exterior. El océano en sí es varias veces mayor que cualquiera de los que poseemos en Kzin o la Tierra. La bahía es casi del tamaño de nuestros propios océanos.

- ¡Más tiempo perdido! ¿Crees que conseguiremos cruzarlo?

- Es posible. Pero nos aguardan aún mayores obstáculos. El kzin hizo girar un botón.

- Un momento. Quisiera observar más detenidamente ese grupo de islas.

- ¿Por qué, Luis? ¿Crees que podríamos aprovisionarnos allí?

- No... ¿Has notado que tienden a agruparse en ciertas zonas con grandes extensiones de aguas profundas entre unas y otras? Fíjate en ese grupo de ahí. - Luis iba señalando con el índice algunas imágenes de la pantalla -. Ahora, observa este mapa.

- No comprendo.

- Y ese grupo en lo que has llamado bahía, y ese mapa ahí detrás. Los continentes aparecen un poco distorsionados en las proyecciones cónicas... ¿Te das cuenta ahora? Diez mundos, diez conglomerados de islas. La escala no es uno a uno; pero apostarí a que esa isla es del tamaño de Australia, y el continente original no parece mucho más grande que Eurasia en el globo.

- Una broma más bien macabra. Luis, ¿es ésta una muestra del sentido del humor típicamente humano?

- No, no, no. A menos que...

- ¿Sí?

- No se me había ocurrido. La primera generación... tuvieron que desprenderse de sus propios mundos, pero sin duda deseaban conservar algún recuerdo de lo que iban a perder. Al cabo de tres generaciones, la cosa debió de parecer ridícula. Siempre ocurre lo mismo.

Cuando estuvo seguro de que Luis no tenía nada más que decir, el kzin se decidió a preguntar en tono un poco avergonzado:

- ¿Os consideráis capaces, los humanos, de comprender a los kzinti?

Luis sonrió y meneó la cabeza.

- Más vale así - dijo el kzin, y cambió de tema -: Anoche estuve examinando el espaciopuerto más próximo.

Estaban situados en el centro de giro del Mundo Anillo en miniatura y espiaban el pasado a través de una ventana rectangular.

El pasado que se desplegaba ante sus ojos revelaba asombrosas realizaciones. Interlocutor enfocó la imagen del espacio-puerto, un ancho saliente sobre el muro exterior en el lado correspondiente al espacio. Contemplaron el aterrizaje de un enorme cilindro de extremos romos, con mil ventanas iluminadas, sobre unos campos receptores electromagnéticos. Los campos estaban teñidos de colores fosforescentes, tal vez para que los operadores pudieran manipularlos a simple vista.

- La película está enredada - dijo Interlocutor -. Estuve observándola un rato anoche. Parece como si los pasajeros pasasen directamente al muro exterior, a través de una especie de ósmosis.

- Ya veo.

Luis estaba terriblemente alicaído. La plataforma del espacio-puerto quedaba demasiado hacia giro para que pudieran alcanzarla. Hubieran tenido que recorrer una distancia junto a la cual el trayecto ya realizado quedaba reducido a la insignificancia.

- También observé el despegue de una nave. No emplean el acelerador lineal. Sólo lo utilizaban en los aterrizajes para equiparar la velocidad de la nave a la del espaciopuerto. Para los despegues se limitaban a arrojar la nave al espacio. El herbívoro no se equivocaba, Luis. ¿Recuerdas el dispositivo de la trampilla? La velocidad de giro del Mundo Anillo es perfectamente adaptable para el uso de un campo barredor. Luis, ¿me escuchas?

Luis sacudió la cabeza para despabilarse.

- Lo siento. No puedo dejar de pensar en el millón y pico de kilómetros adicionales que tendremos que recorrer.

- Tal vez consigamos utilizar la red general de transporte, el pequeño acelerador lineal situado en lo alto del muro exterior.

- Ni lo sueñes. Lo más probable es que no funcione. La civilización tiende a expandirse, siempre que para ello cuente con un sistema de transporte adecuado. Y aun suponiendo que funcionara, nuestra ruta no nos conduce a ningún tubo de ascensor.

- Tienes razón - asintió el kzin -. Ya lo estuve buscando.

La nave ya había aterrizado en la pantalla rectangular. Camiones volantes acercaron un tubo articulado a la compuesta principal. Los pasajeros comenzaron a llenar el tubo.

- ¿Quieres que cambiemos de ruta?

- No podemos hacer eso. El espaciopuerto sigue representando nuestra mejor oportunidad.

- ¿Estás seguro?

- ¡Claro, nejl! Por grande que sea, el Mundo Anillo sigue siendo una colonia. Y en los mundos coloniales la civilización se concentra siempre en torno al espaciopuerto.

- Ello se debe a que las naves procedentes del mundo metropolitano suelen traer noticias de las últimas innovaciones tecnológicas. Sin embargo, partimos de la base de que los anillícolas abandonaron su mundo originario.

- Pero aún pueden seguir llegando naves - insistió Luis con obstinación -. ¡Procedentes de los mundos abandonados! ¡Tras siglos de viaje! Las naves dragadoras están sometidas a la relatividad, a la dilatación del tiempo.

- Confías hallar a viejos cosmonautas intentando enseñar las antiguas técnicas a unos salvajes que las han olvidado. Y tal vez no te equivoques - dijo Interlocutor -. Pero esta estructura no me inspira confianza, y el espaciopuerto está muy lejos. ¿Deseas ver alguna otra cosa en el mapa?

De pronto, Luis preguntó:

- ¿Qué distancia hemos recorrido desde que abandonamos el «Embustero»?

- Como te dije, no he podido localizar el cráter producido por nuestro impacto. Puedes hacer un cálculo tan aproximado como yo. Pero lo que sí puedo decirte es lo que nos queda por recorrer. Desde el castillo hasta el borde del anillo hay aproximadamente trescientos mil kilómetros.

- Un buen trecho... Pero tendrías que haber localizado la montaña gigante. El Puño-de-Dios. Fuimos a caer prácticamente junto a su ladera.

- No la localizo.

- Esto no me gusta. Interlocutor, ¿crees que podríamos habernos desviado de nuestra ruta? Tendrías que haber encontrado el Puño-de-Dios simplemente retrocediendo hacia estribor desde el castillo.

- No he logrado localizarlo - dijo Interlocutor con cierto tono de fatalidad en la voz -. ¿Deseas ver algo más? Por ejemplo, hay zonas veladas. Probablemente sólo sea debido a que la película esté gastada, pero me pregunto si no ocultarán regiones del Mundo Anillo que eran consideradas secretas.

- Para comprobarlo sería preciso visitarlas personalmente.

De pronto, Interlocutor se volvió hacia la doble puerta, con las orejas extendidas como abanicos. Rápidamente se puso de cuatro patas y saltó.

Luis parpadeó. ¿Qué podía haber provocado esa reacción? Y entonces lo oyó...

Pese a su vetustez, la maquinaria del castillo había resultado extraordinariamente silenciosa. Pero ahora se oía un agudo zumbido al otro lado de la puerta.

Interlocutor había desaparecido. Luis empuñó su linterna de rayos laser y le siguió con cautela.

Encontró al kzin en lo alto de la escalera. Bajó el arma; y ambos contemplaron a Teela que subía transportada por la escalera móvil.



- Sirven para subir, pero no para bajar - les explicó Teela -.

El tramo que va del sexto piso al séptimo, no funciona en absoluto.

Luis preguntó:

- ¿Cómo se ponen en marcha?

- Basta apoyarse en la barandilla y dar un ligero empujón. Ello asegura que sólo empiecen a funcionar cuando la persona está bien agarrada. Es más seguro. Lo he descubierto por casualidad.

- No me sorprende. He subido diez tramos de escaleras. ¿Cuántos tuviste que subir tú esta mañana antes de descubrir el mecanismo?

- Ninguno. Cuando subía a desayunar, tropecé en el primer escalón y me agarré a la barandilla.

- Perfecto. No podía fallar.

Teela le miró ofendida.

- No tengo la culpa de que tú... Lo siento. ¿Has desayunado?

- No. He estado contemplando los movimientos de la gente debajo del castillo. ¿Sabías que hay una plaza pública justo debajo de este edificio?

Interlocutor abrió mucho las orejas:

- ¿En serio? ¿Y no está abandonada?

- No. Toda la mañana ha estado llegando gente procedente de todas direcciones. Ya debe de haber varios centenares de personas. - Les lanzó la más cándida de sus sonrisas - Y están cantando.

Todos los pasillos del castillo se ensanchaban de trecho en trecho. Cada una de esas alcobas estaba alfombrada y amueblada con divanes y mesas. Todo parecía indicar el deseo de que cualquier grupo de paseantes pudiera detenerse a comer donde mejor le placiera. En uno de esos rincones-comedor, cerca del «sótano» del castillo, había un gran ventanal doblado en ángulo recto, de modo que la mitad era pared y la otra mitad techo.

Luis jadeaba un poco después de bajar diez tramos de escaleras. La mesa que ocupaba esa zona le dejó fascinado. La superficie parecía... labrada; pero los contornos estaban modelados y situados de forma que simulasen platos de sopa, o de ensalada o de pan o de entrante, o también salvamanteles para colocar los vasos. Décadas o siglos de uso habían ido manchando el duro material blanco.

- No hacía falta usar platos - sugirió Luis -. Se podía servir la comida directamente en las depresiones y luego se fregaba la mesa.

No parecía muy higiénico, pero...

- Seguramente no se trajeron moscas ni mosquitos ni lobos. ¿Por qué iban a traerse bacterias?

- Colonias - se respondió a sí mismo -. Para la digestión. Y bastaría que una de ellas sufriera una mutación, se tornase perjudicial...

Y ya nadie estaría inmunizado contra nada a esas alturas. ¿Habría muerto así la civilización del Mundo Anillo? Cualquier civilización precisa un número mínimo de habitantes para su supervivencia.

Teela e Interlocutor no le prestaban la menor atención. Se habían arrodillado en la repisa de la ventana y estaban mirando hacia abajo. Luis se les reunió.

- Siguen ahí - anunció Teela. Y ahí estaban. Luis adivinó las miradas de un millar de personas. Y habían dejado de cantar.

- No es posible que sepan que estamos aquí - dijo.

- Tal vez estén adorando el edificio - sugirió Interlocutor.

- Aun así, no es probable que lo hagan todos los días. Estamos demasiado lejos de las afueras de la ciudad.

- Tal vez sea un día especial, el día santificado.

- También podría ser que anoche ocurriera algo - sugirió Teela -. Algo especial, como nuestra aparición, si es que alguien consiguió vernos a pesar de todo. O como eso. - Y extendió el índice.

- A mí también me ha extrañado - dijo Interlocutor -. ¿Lleva mucho rato cayendo?

- Al menos desde que yo me he despertado. Parece lluvia, o un nuevo tipo de nieve. Alambre de las pantallas cuadradas, kilómetros de alambre. ¿Por qué crees que habrá caído aquí?

Luis recordó los diez millones de kilómetros que mediaban entre una pantalla y otra. Pensó en la posibilidad de que todo un tramo de diez millones de kilómetros se hubiera desprendido a causa del impacto del «Embustero», y hubiera caído junto con la nave sobre la superficie del Mundo Anillo, siguiendo aproximadamente la misma trayectoria. No era de extrañar que hubieran acabado topándose con un trozo de ese enorme fragmento de alambre.

No estaba de humor para fantasías.

- Pura coincidencia - dijo -. De todos modos, estamos envueltos en él y lo más probable es que empezara a caer anoche. Los nativos ya debían de adorar el castillo antes de nuestra llegada, puesto que flota en el aire.

- Pensemos un poco - comenzó a decir muy lentamente el kzin -. Si los ingenieros que construyeron el Mundo Anillo se presentasen hoy, descendiendo de este castillo suspendido, el hecho resultaría más lógico que sorprendente. Luis, ¿intentamos el truco de los dioses?

Luis se volvió para contestarle... pero no pudo. Sólo le quedaba intentar mantener su compostura. Tal vez lo hubiera conseguido, pero Interlocutor ya le había empezado a explicar a Teela:

- Luis pensó que tal vez tuviéramos más éxito con los nativos si fingíamos ser los ingenieros que construyeron el Mundo Anillo. Tú y Luis seríais los acólitos. Nessus debía ser un demonio cautivo; pero creo que nos las arreglaremos sin él. Yo sería más bien dios que ingeniero, una especie de dios de la guerra...

Entonces Teela se puso a reír y Luis no pudo contenerse más.

Con sus casi tres metros de estatura, sus hombros y caderas inhumanamente anchos, el kzin era demasiado grande y estaba demasiado lleno de dientes para no resultar temible, incluso ahora que había quedado pelado a consecuencia de las quemaduras. Su cola de rata había constituido siempre su rasgo menos impresionante. Ahora toda su piel presentaba el mismo color: rosa pálido con una retícula de capilares color lavanda. Sin el pelo que daba consistencia a su cabeza, sus orejas parecían desgarrados parasoles de color rosa. La piel anaranjada formaba una especie de máscara de carnaval sobre sus ojos y parecía haberse dejado crecer un almohadón anaranjado ad hoc.

El peligro que suponía reírse de un kzin no hacía más que aumentar su hilaridad. Doblado en dos, apretándose la barriga con los brazos, mientras iba emitiendo silenciosas carcajadas pues no podía respirar, Luis comenzó a retroceder hacia lo que confiaba sería una silla.

Una mano inhumanamente desmesurada le agarró por el hombro y le levantó en el aire. Aún presa de convulsiones histéricas, Luis se encontró mirando al kzin cara a cara.

- Ahora, en serio, Luis, tendrás que justificar tu actitud - oyó que le decía.

- U-u-u-na especie de dios de la guerra - consiguió decir Luis haciendo un enorme esfuerzo, y volvió a explotar. Teela tenía hipo de tanto reír.

El kzin le depositó en el suelo y esperó que se le pasara el ataque.

- La verdad es que no resultas lo suficientemente imponente para hacer de dios - dijo Luis al cabo de algunos minutos -. No hasta que te vuelva a crecer el pelo.

- Si desgarrara algunos humanos con mis manos desnudas, tal vez ello les induciría a respetarme.

- Te respetarían desde lejos, y bien escondidos. De nada nos serviría. No, no tendrás más remedio que esperar a que te crezca el pelo. Y aun entonces, nos faltaría Nessus con su tasp.

- No cuentes con el titerote.

- Pero...

- Te digo que no cuentes con él. ¿Cómo nos las arreglaremos para entrar en contacto con los nativos?

- Tú tendrás que permanecer aquí. A ver si consigues averiguar algo más en la sala de cartografía. Teela y yo... - explicó Luis, y de pronto se dio cuenta -. Teela no ha visto la sala de cartografía.

- ¿Cómo es?

- Quédate aquí y que Interlocutor te la muestre. Bajaré solo. Podéis mantenernos en contacto conmigo a través del disco de comunicación e ir en mi ayuda si hay problemas. Interlocutor, dame tu linterna de rayos laser.

El kzin refunfuñó, pero le entregó la linterna. Aún le quedaba el desintegrador modificado.

Allí suspendido, a más de trescientos metros sobre sus cabezas, oyó como su reverente silencio se trocaba en murmullo de asombro; y comprendió que le habían visto, una mancha brillante que parecía desprenderse de la ventana del castillo. Comenzó a bajar hacia ellos.

El murmullo no cesó. Sólo lo habían contenido. La diferencia resultaba perceptible al oído.

Luego reanudaron los cánticos.

- Arrastran las notas - había dicho Teela -. No logran mantener el compás. Todo suena igual - había añadido, y Luis había dado rienda suelta a su imaginación. En consecuencia, el cántico le cogió por sorpresa. Era mucho mejor de lo que había esperado.

Supuso que debían de cantar en una escala dodecafónica. La escala de ocho notas de la mayoría de los mundos humanos también era dodecafónica, pero con ciertas diferencias. No era de extrañar que el canto le hubiera parecido monótono a Teela.

Sí, arrastraban las notas. Era música religiosa, lenta, solemne y repetitiva, sin armonía. Pero tenía una cierta grandeza.

La plaza era enorme. Un millar de personas constituían una gran multitud tras varias semanas de soledad; pero la plaza habría podido acomodar diez veces ese número. De haber dispuesto de altavoces, ello hubiera podido ayudarles a seguir el compás, pero no había altavoces. Un hombre solitario agitaba los brazos desde lo alto de un pedestal situado en el centro de la plaza. Pero todos tenían la mirada clavada en Luis Wu.

En cualquier caso, la música era hermosa.

Teela era incapaz de captar esa belleza. Sólo conocía la música por las grabaciones y los programas de tride, siempre con la intervención de un sistema de micrófonos. Ese tipo de música podía ser amplificada, rectificada, las voces podían multiplicarse o aumentar su intensidad, descartando los fragmentos fallidos. Teela Brown jamás había oído música en directo.

Luis Wu aún había alcanzado a escucharla. Disminuyó la marcha de la aerocicleta a fin de dar tiempo a sus terminaciones nerviosas para adaptarse a ese ritmo. Recordó las grandes serenatas públicas en los desfiladeros que rodeaban la Ciudad del Impacto, multitudes dos veces más numerosas que la presente, canciones que sonaban de un modo distinto por esa y otras razones; en efecto, entonces Luis Wu también se había unido al coro. Cuando consiguió hacer vibrar la música en su interior, sus oídos se fueron adaptando poco a poco a las notas ligeramente agudas o graves, al conglomerado de voces, a la repetición, a la lenta majestuosidad del himno.

De pronto, tuvo que contenerse pues estaba a punto de unirse al coro. «No es buena idea», pensó, y dejó planear su aerocicleta hacia la plaza.

El pedestal situado en el centro de la plaza había servido antaño de soporte a una estatua. Luis identificó las huellas de los pies, muy semejantes a las humanas y de más de un metro de longitud cada una; indicaban el lugar donde antes se apoyaba la estatua. Ahora el pedestal acomodaba una especie de altar triangular y un hombre que, de espaldas al altar, agitaba las manos y parecía dirigir el canto de la multitud.

Un destello rosado sobre la túnica gris... Luis imaginó que el hombre debía de llevar una toca, tal vez de seda rosa.

Decidió aterrizar sobre el mismo pedestal. Nada más posarse en él, el director del coro se volvió a mirarle, Y casi le hizo destrozar la aerocicleta.

Lo que Luis había visto era el cráneo sonrosado. Con su rostro tan liso como el de Luis Wu, el hombre destacaba en medio de esa multitud de floridas cabezas doradas y rostros cubiertos de pelo también dorado en los que sólo asomaban los ojos.

Con las manos extendidas y las palmas vueltas hacia abajo, el hombre prolongó la última nota del cántico durante varios segundos. Luego cortó. El ¿sacerdote? se quedó mirando a Luis Wu en medio del repentino silencio.

Era tan alto como él, muy alto para un nativo. Tenía la piel del rostro y el cráneo tan pálida que casi parecía translúcida, como la de los albinos de Lo Conseguimos. Debía haberse afeitado varias horas antes con una navaja poco afilada y comenzaba a asomar el vello, que añadía una nota grisácea a toda la piel, a excepción de los dos círculos en torno a los ojos.

Le habló en son de reproche, o eso le pareció. El disco traductor repitió al instante: «Hace tiempo que os esperábamos».

- No sabíamos que éramos aguardados - dijo Luis con sinceridad. Le faltaba confianza para presentarse personalmente como un dios. Una larga vida le había enseñado lo terriblemente complicado que podía resultar contar toda una serie de mentiras coherentes.

- Tienes pelo en la cabeza - dijo el sacerdote -. Ello hace pensar que tu sangre no es completamente pura.

¡Conque era eso! La raza de los ingenieros debió ser completamente calva; y ese sacerdote debía imitarlos afeitando su tierna piel con una navaja mellada. O bien... los ingenieros podían haber usado crema depilatoria u otro procedimiento igualmente sencillo, sin más motivo que un capricho de la moda. El sacerdote se parecía mucho al retrato de alambre del salón de banquetes.

- Mi sangre no es asunto de tu incumbencia - dijo Luis, descartando el problema -. Nos dirigimos al extremo del mundo, ¿Puedes darnos alguna información sobre nuestra ruta?

El sacerdote quedó claramente sorprendido.

- ¿Me pedís información a mí? ¿Tú un Constructor?

- No soy un Ingeniero. - Luis tenía la mano preparada sobre la palanca que activaba la envoltura sónica.

Pero el sacerdote sólo pareció aún más desconcertado.

- Entonces, ¿por qué no tienes pelo en la cara? ¿Cómo te las arreglas para volar? ¿Has robado los secretos del Cielo? ¿Qué buscas aquí? ¿Has venido a robarme mi congregación?

Esta última parecía ser la pregunta clave.

- Nos dirigimos al extremo del mundo. Sólo queremos información.

- Sin duda, el Cielo podrá responder a vuestras preguntas.

- No seas impertinente - dijo Luis sin alterarse.

- ¡Pero si has bajado directamente del Cielo! ¡Yo mismo te he visto!

- ¡Oh, el castillo! Ya lo hemos recorrido, pero no hemos averiguado gran cosa. Por ejemplo, ¿eran realmente lampiños los Ingenieros?

- A veces he pensado que sólo se afeitaban, como yo. Sin embargo, tu barbilla parece naturalmente lampiña.

- Me depilo. - Luis observó el mar de reverentes rostros floridos -. ¿Qué creen ellos? No parecen compartir tus dudas.

- Nos han visto hablar como iguales, en la lengua de los Constructores. Desearía mantener esta impresión, si no te molesta.

El sacerdote adoptó un tono más de complicidad que no hostil.

- ¿Servirá para mejorar tu posición a sus ojos? Supongo que sí - dijo Luis. El sacerdote realmente temía perder a su congregación... como le ocurriría a cualquier sacerdote, si su dios resucitara e intentara ponerse al frente de la misma -. ¿Pueden entender lo que decimos?

- Sólo una palabra de cada diez, como máximo.

De pronto Luis comenzó a lamentar que su disco traductor fuese tan competente. No pudo averiguar si el sacerdote hablaba la lengua de Zignamucliklik. De haber podido comprobar hasta qué punto se habían ido diferenciando ambas lenguas desde la interrupción de las comunicaciones, hubiera podido deducir la fecha de la destrucción de la civilización.

- ¿Qué castillo es este que llamáis Cielo? - preguntó -. ¿Lo sabes?

- Las leyendas hablan de Zrillir - dijo el sacerdote -; dicen que gobernaba todas las tierras bajo el Cielo. Este pedestal sostenía la estatua de Zrillir, a tamaño natural. Las tierras proporcionaban al Cielo todo tipo de manjares que puedo citarte si quieres, pues solemos aprender sus nombres de memoria; pero ahora ya no se cultivan. ¿Quieres que...?

- No, gracias. ¿Qué sucedió?

La voz del hombre adquirió un tono de cantinela. Debía haber escuchado muchas veces la misma historia, y sin duda la había contado otras tantas...

- El Cielo fue construido cuando los Ingenieros construyeron el mundo y el Arco. El señor del Cielo es también señor de la tierra de uno a otro confín. Conque Zrillir gobernó, durante varias vidas, y cuando algo le disgustaba arrojaba rayos de sol desde el Cielo. Entonces, un día, la gente comenzó a sospechar que Zrillir ya no podía arrojar rayos de sol. Y dejaron de obedecerle.

Ya no le enviaban comida. Derribaron la estatua. Cuando los ángeles de Zrillir comenzaron a arrojar piedras desde las alturas, la gente se limitó a esquivarlas y a burlarse. Y entonces, un día, el pueblo intentó construir una escalera hasta el Cielo con el propósito de ocuparlo. Pero Zrillir derrumbó la escalera. Luego, sus ángeles huyeron del Cielo en sus vehículos volantes. Más tarde, la gente comenzó a lamentar la desaparición de Zrillir. El cielo estaba siempre nublado; las cosechas se malograban. Hemos rezado por el regreso de Zrillir...

- ¿Hasta qué punto crees que es exacto todo esto?

- Yo lo hubiera negado todo hasta esta mañana, cuando bajaste volando del Cielo. Me tienes muy inquieto, oh Constructor. Tal vez Zrillir realmente haya decidido regresar y envía un emisario bastardo para eliminar a los falsos sacerdotes.

- Puedo afeitarme la cabeza, si eso te hace sentir mejor.

- No. No es necesario; pregunta lo que quieras.

- ¿Qué puedes decirme de la decadencia de la civilización del Mundo Anillo?

El sacerdote le miró aún más inquieto.

- ¿Va a producirse una decadencia?

Luis suspiró y -por primera vez- se volvió a examinar el altar.

Éste ocupaba el centro del pedestal sobre el cual se alzaba. Era de madera oscura. Su lisa superficie rectangular había sido tallada para representar un mapa en relieve, con colinas y ríos y un solo lago, y dos rebordes vueltos hacia arriba. Los otros dos bordes, los más cortos, servían de base a un arco parabólico dorado.

El dorado del arco había perdido su brillo. Pero del ápice del arco colgaba una pequeña bola dorada, suspendida de un hilo; y ese oro estaba reluciente.

- ¿Está en peligro nuestra civilización? Han ocurrido tantas cosas. El alambre del sol, tu misma aparición... ¿Es alambre del sol? ¿Va a desplomarse el sol sobre nuestras cabezas?

- Lo dudo mucho. ¿Te refieres al alambre que ha estado cayendo toda la mañana?

- Sí. Nuestra doctrina religiosa enseña que el sol cuelga del Arco suspendido por un alambre muy resistente. Este alambre es resistente. Lo hemos comprobado - dijo el sacerdote -. Una muchacha intentó cogerlo y deshacer un nudo, y le cortó los dedos.

Luis asintió.



- Nada caerá - le aseguró.

Y para sus adentros pensó: «Ni siquiera las pantallas opacas. Aunque se rompieran todos los cables, las pantallas no caerían sobre el Mundo Anillo». Sin duda los Ingenieros debieron de dotarlas de un afelio orbital situado en el propio Anillo.

- ¿Sabes algo del sistema de transporte de los bordes exteriores? - preguntó luego, sin demasiadas esperanzas. Y en el acto comprendió que algo no marchaba. Había descubierto algo, alguna señal de desastre; ¿pero qué?

- ¿Te importaría repetir la última pregunta? - dijo el sacerdote.

Luis así lo hizo.

- Tú aparato que habla dijo algo distinto la primera vez. Algo sobre no sé qué restringido.

- Es curioso - comentó Luis. Y entonces lo oyó. El traductor hablaba en un tono de voz distinto y soltó una larga parrafada...

- Estáis usando una longitud de onda restringida, contraviniendo..., no recuerdo lo que venía a continuación - dijo el sacerdote -. Más vale que demos por terminada esta entrevista. Debes de haber despertado algo antiguo, algo maligno... - El sacerdote se interrumpió para escuchar, pues el traductor de Luis había comenzado a hablar otra vez en la lengua del sacerdote -. «...Contraviniendo el edicto doce, lo cual equivale a una interferencia en el sistema de mantenimiento.» Puedes frenar tus poderes...

El resto de lo que dijo el sacerdote nunca llegó a ser traducido.

De pronto, el disco se tornó incandescente en la mano de Luis. De inmediato lo arrojó con fuerza lo más lejos que pudo.

Estaba al rojo vivo y brillaba con un resplandor cegador cuando fue a estrellarse contra el pavimento... sin herir a nadie, o eso le pareció. Entonces sintió el efecto retardado del dolor, y las lágrimas le nublaron los ojos.

Aún logró distinguir al sacerdote que le despedía con una inclinación de cabeza, muy formal y majestuosa.

Le devolvió el saludo, con el rostro igualmente impávido. En ningún momento había bajado de la aerocicleta; conque apretó el botón y se elevó hacia el Cielo.

Cuando tuvo la certeza de que ya no podían ver su rostro, lo dejó invadir por el dolor y profirió una interjección que había oído una vez en Wunderland, en boca de un hombre que había dejado caer un objeto de cristal de Steuben de más de mil años de antigüedad.

## 17. El Ojo de la tormenta

Salieron del Cielo y enfilaron las aerocicletas rumbo a babor. Avanzaban bajo la cobertura gris acerada que en esas regiones hacía las veces de cielo. Esas nubes les habían salvado la vida al sobrevolar el campo de girasoles. Ahora ya sólo resultaban simplemente deprimentes.

Luis apretó tres botones de su panel de mandos para fijar el rumbo a la altitud que llevaban entonces. Tuvo que poner gran atención en cada uno de sus gestos, entorpecidos por la mano derecha, prácticamente insensibilizada a causa de los medicamentos y la película protectora, y las pequeñas ampollas blancas que se le habían formado en la punta de cada dedo de la otra mano. Sin embargo, no pudo dejar de pensar que podría haber sido aún mucho peor.

Interlocutor apareció en la pantalla.

- Luis, ¿no será mejor volar por encima de las nubes?
- Podríamos perdernos algún detalle interesante. Desde allí arriba no se ve el suelo.
- Ahora tenemos mapas.
- Pero no nos indicarán la presencia de un campo de girasoles, ¿no crees?
- Tienes razón - reconoció Interlocutor en el acto. Y cortó.

Mientras Luis se las entendía con el sacerdote afeitado, ahí abajo, Interlocutor y Teela habían aprovechado el tiempo en la sala de cartografía del Cielo. Habían trazado mapas topográficos de la ruta que deberían seguir hasta el muro exterior, y también habían señalado las ciudades, que aparecían como brillantes manchas amarillas en la pantalla amplificadora.

Luego, algo se había opuesto a que hiciesen uso de una frecuencia reservada. ¿Reservada por quién, para qué, desde cuándo? ¿Por qué no había manifestado su disconformidad hasta entonces? Luis tenía la sospecha de que debía de tratarse de una máquina abandonada, como el vigía de meteoritos que derribó el «Embustero». Tal vez ésta sólo funcionaba de modo intermitente.

Y el disco traductor de Interlocutor se había puesto al rojo vivo y se le había quedado adherido a la palma de la mano. Tardaría varios días en recuperar el uso de esa mano, pese a las milagrosas medicinas «militares» kzinti. Sería preciso cierto tiempo para que se regenerasen los músculos.

Las cosas cambiaban bastante ahora que tenían los mapas. El renacimiento de la civilización, caso de existir, debía de haberse iniciado casi con certeza en las grandes metrópolis. La flotilla podría sobrevolar esas zonas e intentar detectar seriales de luz o de humo.

La luz de llamada de Nessus se había encendido sobre el panel, tal vez llevara ya horas allí encendida. Luis respondió a la llamada.

La pantalla le mostró la desordenada crin del titerote y la suave piel de su lomo que subía y bajaba rítmicamente al compás de su respiración. Por un momento, se preguntó si Nessus habría vuelto a caer en estado catatónico. Entonces, éste levantó una cabeza triangular y canturreó:

- ¡Gusto de saludarte, Luis! ¿Cómo va todo?

- Encontramos un edificio flotante - explicó Luis -. Con una sala de mapas.

Le contó al titerote todo lo referente al castillo llamado Cielo, la sala de cartografía, la pantalla, los mapas y los globos, el sacerdote y sus leyendas y su modelo del universo. Llevaba un buen rato respondiendo a las preguntas del titerote, cuando se le ocurrió hacerle una a su vez.

- Ahora que me acuerdo, ¿te funciona el disco traductor?

- No, Luis. Hace un rato, el instrumento se puso al rojo vivo ante mis propios ojos. Me dio un susto de muerte. De haberme atrevido, habría caído en estado catatónico; pero no podía correr ese riesgo sin estar mejor informado.

- Pues los demás también se han quemado. El de Teela fundió el estuche y dejó una buena señal en su aerocicleta. Interlocutor y yo nos quemamos la mano. ¿Sabes una cosa? Tendremos que aprender la lengua del Mundo Anillo.

- Sí.

- Me gustaría que el viejo hubiera recordado algo sobre la decadencia de la antigua sociedad anillícola. Había pensado que tal vez... - Y le contó al titerote su teoría sobre la mutación de las bacterias intestinales.

- Es posible - dijo Nessus -. Y una vez olvidado el secreto de la transmutación, jamás podrían volver a su anterior estado.

- ¿Oh? ¿Por qué no?

- Mira a tu alrededor, Luis. ¿Qué ves?

Luis hizo lo que le decía el titerote. Un poco más adelante, vio una tormenta eléctrica en formación; más allá había colinas y valles, una ciudad en la distancia, dos picos montañosos gemelos que mostraban en la cumbre la sucia transparencia del material base del Anillo...

- Dirígete a cualquier punto del Mundo Anillo y cava un poco. ¿Qué encontrarás?

- Tierra - dijo Luis -. ¿Qué hay con eso?

- ¿Y luego?

- Más tierra. Un lecho de rocas. El material base del Anillo - contestó Luis. Y mientras pronunciaba estas palabras el paisaje pareció experimentar una transformación. Las nubes de la tormenta, las montañas, la ciudad situada hacia estribor y la ciudad que iban dejando atrás, esa línea brillante ahí a lo lejos junto al horizonte-infinito, que podría ser un mar o una invasión de girasoles... pero de pronto el paisaje comenzó a aparecerse como el caparazón vacío que realmente era. La diferencia entre un planeta normal y eso era la misma que mediaba entre un rostro humano y una máscara de goma vacía.

- Cava un poco en cualquier mundo - siguió diciendo el titerote -, y más pronto o más tarde encontrarás alguna u otra veta de mineral. Aquí sólo hallarías mil metros de tierra y, luego, la infraestructura del Anillo. Es un material que no puede ser elaborado. Si el minero consiguiera atravesarlo, se encontraría con el vacío: amarga recompensa para su dura labor. Imagina que el Anillo está poblado por una civilización capaz de construir este mundo, es evidente que tendrá que contar con una forma económica de transmutación. Imagina que la tecnología de la transmutación cae en el olvido -de momento no importa cómo-, ¿qué les quedaría? Seguramente no poseían reservas de materiales en bruto. No hay minerales. Todo el metal disponible en el Anillo debía estar acumulado en forma de máquinas, herramientas y orín. Aunque hubieran podido desplazarse a otros planetas, no cambiaría en absoluto su situación, pues no hay ningún lugar donde excavar en los alrededores de esta estrella. La civilización entraría en decadencia y jamás volvería a recuperarse.

- ¿Cuándo descubriste todo esto? - preguntó tímidamente Luis.

- Hace un tiempo. Me pareció irrelevante para nuestra supervivencia.

- Conque ni lo mencionaste. Tal cual - dijo Luis. ¡Con las horas que él había pasado dándole vueltas al problema! Y ahora todo resultaba tan absolutamente evidente. Qué ratonera, qué terrible ratonera para unos seres racionales.

Luis miró el paisaje que se extendía ante sus ojos (y subliminalmente advirtió la desaparición de la imagen del titerote). Se iban acercando a la tormenta, y ésta era de gran magnitud. Sin duda, las envolturas sónicas les protegerían, pero no obstante...

Sería mejor pasar por encima. Luis tiró de una palanca y las aerocicletas comenzaron a elevarse hacia la cobertura gris del mundo, hacia las nubes que se cernían sobre sus cabezas desde que habían llegado a la torre llamada Cielo.

Luis dejó vagar sus pensamientos...

El aprendizaje de una lengua desconocida sería lento. Intentar aprender una nueva lengua cada vez que aterrizaban, resultaría simplemente imposible. Y el problema comenzaba a ser vital. ¿Cuánto tiempo debían llevar sumidos en la barbarie los nativos del Anillo? ¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde la época en que todos hablaban la misma lengua? ¿Hasta qué punto se habrían diferenciado las lenguas locales del lenguaje originario?

El universo se tornó borroso, luego desapareció por completo. Estaban en medio de las nubes. Jirones de niebla se deslizaban en torno a la burbuja que formaba la envoltura sónica de Luis. Luego las aerocicletas emergieron a plena luz del sol.

Un enorme ojo azul miraba a Luis Wu desde el horizonte infinito del Mundo Anillo, por encima de una interminable extensión de nubes grises.

El ojo parecía aproximadamente del tamaño adecuado para un dios con una cabeza como la Luna de la Tierra.

Luis tardó unos instantes en aprehender plenamente lo que veía. Y su cerebro aún se negó rotundamente a creerlo durante unos cuantos segundos más. Luego toda la imagen pareció esfumarse como una instantánea mal iluminada.

En medio del zumbido que le llenaba los oídos logró oír (o intuir) que alguien gritaba.

«¿Estaré muerto?», se preguntó.

Y, «¿fue ése un grito de Nessus?» Pero el circuito estaba desconectado.

Era Teela. Teela, que jamás había sentido miedo en su vida, ahora se cubría el rostro con las manos, para protegerse de esa enorme mirada azul.

El ojo permanecía inmóvil frente a ellos, en dirección a babor. Parecía atraerles hacia sí.

«¿Estaré muerto? ¿Habrá venido a juzgarme el Creador? ¿Qué Creador?»

Por fin, Luis Wu se vería obligado a definirse y decidir en qué Creador creía, si es que creía en alguno.

El ojo era blanco y azul, con una ceja blanca y una pupila negra. Blanco como las nubes, azul como la distancia. Parecía formar parte del mismo cielo.

- ¡Luis! - gritó Teela -. ¡Haz algo!

«No puede ser cierto - se dijo Luis. Tenía la garganta como si se hubiera tragado un bloque de hielo compacto. El cerebro le daba vueltas, acorralado,

dentro del cráneo -. Es un universo gigantesco, pero a pesar de todo ciertas cosas son realmente imposibles.»

- ¡Luis!

Por fin, logró recuperar la voz.

- Interlocutor. Eh, Interlocutor. ¿Qué ves?

El kzin tardó un momento en responder. Su voz sonaba extrañamente inexpresiva.

- Veo un enorme ojo humano frente a nosotros.

- ¿Humano?

- Sí. ¿Tú también lo ves?

La palabra que a Luis no se le hubiera ocurrido utilizar nunca lo cambiaba todo. Humano. Un ojo humano. Si el ojo hubiera sido una manifestación sobrenatural, un kzin hubiera debido ver un ojo kzinti, o nada en absoluto.

- Entonces es un fenómeno natural - dijo Luis -. Tiene que serlo.

Teela le miraba suplicante.

Pero, ¿cómo explicarse que los estuviera atrayendo hacia sí?

- Oh - dijo Luis Wu. Y torció bruscamente el manillar hacia la derecha. Las aerocicletas comenzaron a torcer hacia giro.

- Nos estamos saliendo de nuestra ruta - advirtió de inmediato Interlocutor -. Luis, rectifica el rumbo. O déjame conducir a mí.

- No querrás pasar a través de esa cosa, ¿verdad?

- Es demasiado grande para dar un rodeo.

- Interlocutor, no es mayor que un cráter de Platón. Podemos dar la vuelta en una hora. ¿Por qué correr el riesgo?

- Si tienes miedo, puedes abandonar la formación, Luis. Da un rodeo en torno al ojo y reúnete conmigo al otro lado. Tú puedes hacer otro tanto, Teela. Yo no me desviaré de mi ruta.

- ¿Por qué? - Incluso el propio Luis notó el tono entrecortado de su voz -. ¿Crees que esa... formación nubosa accidental puede poner en entredicho tu virilidad?

- ¿Mi qué? Luis, mi capacidad para procrear nada tiene que ver con esto. Lo que está en cuestión, es mi valor.

- ¿Por qué?

Las aerocicletas iban surcando el cielo a velocidad de crucero, dos mil kilómetros por hora.

- ¿Por qué está en cuestión tu valor? Aún no me has contestado. Quieres arriesgar nuestras vidas.

- No. Nada os impide dar un rodeo en torno al Ojo si queréis.

- ¿Y cómo te encontraremos luego?

El kzin se quedó pensativo un momento.

- Reconozco que tal vez tengas razón. ¿Has oído hablar de la herejía del predicador Kdapt?

- No.

- En los tristes días que siguieron a la Cuarta Tregua con el hombre, el predicador Kdapt creó una nueva religión. El propio Patriarca le ejecutó personalmente en un combate cuerpo a cuerpo, pues llevaba una partícula nominal propia, pero su religión herética se ha seguido practicando clandestinamente hasta nuestros días. El predicador Kdapt creía que Dios el Creador había hecho al hombre a su imagen y semejanza.

- ¿Al hombre? Pero... ¿El predicador Kdapt era realmente un kzin?

- Sí. Pero vosotros siempre salíais vencedores, Luis. Durante tres siglos y cuatro guerras no habíais dejado de vencer. Los discípulos de Kdapt se cubrían con máscaras de piel humana para rezar. Confiaban lograr confundir al Creador el tiempo suficiente para que les permitiera ganar una guerra.

- Y cuando has visto ese ojo que nos miraba desde el horizonte...

- Sí.

- Por favor.

- Luis, debes reconocer que mi teoría es más probable que la tuya. ¡Una formación nubosa accidental! ¡Francamente, Luis!

Luis había recuperado toda su capacidad de raciocinio.

- Olvida lo de accidental. Tal vez los ingenieros que construyeron el Anillo incorporaron esa formación imitando un Ojo como una broma, o para señalar algo especial.

- ¿Cómo qué?

- ¿Quién sabe? Algo grande. Un parque de atracciones, una iglesia importante. La sede del Sindicato de ópticos. Con las técnicas que poseían y todo el espacio disponible, podría ser cualquier cosa.

- Una cárcel para voyeurs - dijo Teela, que de pronto había cogido el hilo -. ¡Una universidad para detectives privados! ¡Un nuevo diseño proyectado en un tride gigante! Yo también me he asustado mucho al principio, Interlocutor. - Su voz había recuperado el timbre normal -. Creí que era... no sé lo que pensé. Pero soy de tu misma opinión. Lo atravesaremos juntos.

- De acuerdo, Teela.

- Si parpadea, moriremos juntos.

- «La mayoría siempre es cuerda» - repitió Luis -. Voy a llamar a Nessus.

- ¡Por Finagle, eso es! Seguramente ya debe haberlo cruzado o debe haberlo circunvalado!

Luis se rió más fuerte de lo normal. Una reacción lógica después del terrible susto pasado.

- No me dirás que crees que Nessus nos está abriendo camino, ¿verdad?

- Pues...

- Es un titerote. Cuando se perdió de vista, dio media vuelta y se situó a nuestra zaga. Lo más probable es que acoplara su aerocicleta a la de Interlocutor. De este modo, Interlocutor no puede atraparlo y nosotros tenemos que pasar primero por todos los posibles peligros que puedan aguardarle a él.

- Me sorprende tu habilidad para pensar como un cobarde, Luis - dijo Interlocutor.

- No la desdeñes tanto. Estamos en un mundo desconocido y necesitamos comprender los puntos de vista de seres totalmente distintos.

- Muy bien, puedes llamarle, puesto que parecéis entendernos tan bien. Por mi parte, pienso encararme con el Ojo y descubrir lo que oculta. Luis llamó a Nessus.

En la imagen del intercom sólo se veía el lomo del titerote. Su crin se agitaba ligeramente al compás de su respiración.

- Nessus - le llamó Luis. Después, más alto -. ¡Nessus!



El titerote se movió inquieto. Luego asomó una cabeza triangular con expresión de asombro.

- Ya estaba a punto de tocar la sirena.

- ¿Una emergencia? - Las dos cabezas se habían extendido y escudriñaban inquietas a su alrededor.

A Luis le costaba un gran esfuerzo mirar directamente al enorme ojo azul que tenía delante. Su mirada se apartaba involuntariamente de él.

- Podríamos decir que sí. Mis compañeros de expedición se han vuelto locos y están a punto de lanzarse a una acción suicida. No creo que podamos permitirnos perder la mitad de nuestros efectivos.

- Explícate, por favor.

- Mira delante tuyo y dime si ves una formación nubosa en forma de ojo humano.

- La veo - dijo el titerote.

- ¿Tienes idea de qué puede haberla provocado?

- Es evidente que se trata de algún tipo de tormenta. Sin duda, ya habrás comprendido por qué no hay huracanes en espiral en el Mundo Anillo.

- ¡Oh! - A Luis ni siquiera se le había ocurrido formularse esa pregunta.

- Los huracanes adquieren su forma de espiral por efecto de una fuerza resultante de la diferencia entre las velocidades de dos masas de aire situadas en latitudes distintas. Un planeta es un esferoide rotatorio. Si dos masas de aire se aproximan a un punto con objeto de llenar un vacío parcial, una desde el norte y otra desde el sur, sus velocidades residuales las llevarán más allá del punto de confluencia. Así se forma un remolino de aire.

- Ya sé cómo se forman los huracanes.

- Entonces comprenderás que en el Mundo Anillo todas las masas de aire contiguas poseen prácticamente la misma velocidad. Luego, no puede producirse el efecto de arremolinamiento.

Luis contempló la tormenta en forma de ojo que tenía delante.

- ¿Qué clase de tormenta puede producirse entonces? Yo diría que ninguna. Simplemente no habrá circulación de aire.

- Te equivocas, Luis. El aire caliente subirá y el aire frío bajará. Pero estos efectos no podrían provocar una tormenta como la que tenemos ante nuestros ojos.

- Y que lo digas.

- ¿Qué se propone hacer Interlocutor?

- Volar a través del centro de ese engendro de Finagle, con Teela lealmente a la zaga.

El titerote soltó un silbido de una tonalidad tan pura y hermosa como un rayo laser de rubí.

- Parece un poco arriesgado. Las envolturas sónicas pueden protegerles de los estragos de cualquier tormenta normal. Pero ésta no parece una tormenta normal ni mucho menos...

- Estaba pensando que tal vez fuese artificial.

- Sí... Los anillícolos sin duda establecieron su propio sistema de corrientes en torno al Anillo. Pero ese sistema debió dejar de funcionar cuando se interrumpió el suministro de energía en el Anillo: Pero no acabo de ver... ah. Ya lo tengo, Luis.

- ¿Qué es?

- Debemos postular la existencia de un tragadero de aire, una región donde el aire desaparece cerca del centro de una tormenta. A partir de aquí, es posible deducir todo lo demás.

- En efecto: el tragadero de aire crea un vacío parcial. Las masas de aire afluyen desde giro y antigiro...

- Y desde babor y estribor.

- Sí, pero podemos prescindir de éstas - dijo con petulancia el titerote -. Sin embargo, el aire procedente de giro será fraccionariamente más ligero que el aire circundante. Luego, subirá. El aire procedente de la dirección contraria, de antigiro, será fraccionariamente más pesado...

Luis no conseguía visualizar exactamente el fenómeno.

- ¿Por qué?

- Procede de antigiro, Luis. Su velocidad de rotación se ve ligeramente incrementada en relación al Anillo. La fuerza centrífuga lo hace bajar un poco. Y forma el párpado inferior del ojo. El aire procedente de giro, que sube, forma el párpado superior. Se produce un efecto de arremolinamiento, qué duda

cabe, pero el remolino tiene un eje horizontal, en vez de vertical como ocurriría de estar en un planeta.

- ¡Pero es un efecto tan mínimo!

- Sin embargo, es el único, Luis. Nada interfiere su acción, ni la frena. Puede haber estado actuando durante milenios, hasta formar lo que ahora ves.

- Es posible. Es posible. - El ojo ya le parecía menos amenazador. Como había dicho el titerote, debía ser algún tipo de tormenta. Tenía todos los colores de una tormenta, las nubes negras y las nubes blancas de las capas superiores iluminadas por el sol, y el oscuro «centro» de la tormenta hacía las veces de iris del Ojo.

- Subsiste el problema del tragadero de aire, como es lógico. ¿Por qué desaparece el aire cerca del centro de la tormenta?

- Tal vez haya una bomba aspirante aún en funcionamiento.

- Lo dudo mucho, Luis. De ser así, las perturbaciones atmosféricas de esta zona habrían sido planificadas.

- ¿Entonces?

- ¿Te has fijado en los puntos donde el material de base del Anillo asoma entre la tierra y las rocas? Sin duda esa erosión no ha sido planificada. ¿Has observado que esos puntos se iban haciendo más frecuentes a medida que nos aproximábamos a este lugar? La tormenta del Ojo debe de haber perturbado el clima en muchos miles de kilómetros a la redonda, cubriendo una superficie mayor que la de tu mundo o el mío.

Ahora le tocó silbar a Luis.

- ¡Voto a nejl! Pero en ese caso... Oh, ya comprendo. Un meteorito debe de haber perforado el Anillo en el centro de la tormenta del Ojo.

- Sí. Luego es posible traspasar la base del Anillo.

- Pero no con los instrumentos que, poseemos.

- Tienes razón. Pero aún nos falta comprobar si realmente existe tal perforación.

El pánico supersticioso de Luis ya sólo parecía una pesadilla.

La serenidad analítica del titerote era contagiosa y sedante. Luis miró directamente al Ojo sin temor y dijo:

- Tendremos que meternos dentro y averiguarlo. ¿No crees arriesgado intentar volar a través del iris?

- Lo más probable es que solamente encontréis algo de aire transparente y en reposo suspendido en un vacío parcial.

- Conforme. Voy a transmitir las buenas nuevas. Todos volaremos a través del Ojo de la tormenta.

El cielo comenzaba a oscurecerse cuando llegaron junto al iris. ¿Se estaría haciendo de noche? Imposible decirlo con certeza. Las nubes, cada vez más densas y negras, ya oscurecían bastante el lugar.

El ojo tenía casi doscientos kilómetros de longitud, y unos setenta de altura. Su contorno pareció tornarse más azulado a medida que se aproximaban. Comenzaron a distinguir las capas de nubes y las corrientes de aire. Ya empezaba a vislumbrarse la verdadera forma del Ojo: un túnel de vientos agitados, bastante uniforme, cuya sección transversal formaba la imagen de un ojo humano.

Pero no perdió su apariencia de ojo, a medida que se aproximaban zumbando hacia el iris.

Era como caer en el ojo de Dios. El efecto visual era horrible, aterrador, casi cómicamente exagerado. Luis tan pronto tenía ganas de reír como de gritar. O de echarse atrás. Con un observador bastaría para comprobar si había un agujero en la infraestructura del Mundo Anillo. Luis podría dar un rodeo...

Ya estaban dentro.

Recorrieron un negro corredor iluminado por los relámpagos, que centelleaban casi continuamente, delante y detrás suyo y por todos lados. El aire que les rodeaba aparecía despejado en un radio uniforme. Más allá de esa región del iris, se arremolinaban las nubes opacas, girando a su alrededor a velocidades superiores a las de un huracán.

- El herbívoro tenía razón - bramó Interlocutor -. No es más que una tormenta.

- Es curioso. Fue el único de los cuatro que no se quedó petrificado de miedo al ver el Ojo. Supongo que los titerotes no deben de ser supersticiosos - gritó Luis Wu.

- ¡Veó algo frente a nosotros! - anunció entonces Teela.

Era un boquete en la base del túnel. Luis hizo una mueca que parecía una sonrisa por efecto de la tensión, y apoyó las manos en los mandos. La succión podía ser realmente terrible a la altura de ese boquete.

Su preocupación, su tensión, habían cedido desde que penetraran en el Ojo. ¿Qué podía ocurrirles en un lugar que incluso un titerote consideraba seguro?

Las nubes y los rayos se arremolinaron a su alrededor cuando se aproximaron al boquete.

Frenaron y lo saltaron con los motores de las aerocicletas a todo gas para resistir a la fuerza de succión. La tormenta tronaba en sus oídos, apagada por las envolturas sónicas.

Era como mirar hacia el interior de un embudo. Saltaba a la vista que el aire se iba perdiendo ahí abajo; pero, ¿era expulsado fuera a gran velocidad o sólo iba goteando en el espacio a través de la negra base del Mundo Anillo? En realidad, no se distinguía gran cosa...

Luis no advirtió que Teela había hecho descender su aerocicleta. Estaba demasiado lejos, la luz vacilante era demasiado irreal y Luis tenía la mirada fija en el fondo del embudo. Vio una minúscula manchita que caía por el embudo, pero no le dio importancia.

Entonces oyó el alarido de Teela, apagado por el estruendo de la tormenta.

Podía ver claramente el rostro de Teela en la imagen del intercom. Estaba mirando hacia abajo y se la veía aterrorizada.

- ¿Qué sucede? - bramó Luis.

Apenas consiguió oír su respuesta.

- ¡Me ha cogido!

Miró hacia abajo.

El embudo aparecía despejado entre los lados cónicos en constante movimiento. Estaba inundado de una extraña luz uniforme, que no procedía de los relámpagos en sí, sino de los efectos de rayos catódicos provocados por las diferencias de intensidad en un vacío casi completo. Allí abajo se divisaba una manchita de... algo, algo que podría ser muy bien una aerocicleta, de existir alguien lo suficientemente estúpido para meterse con su aerocicleta en semejante torbellino, por el simple gusto de poder ver más de cerca un orificio que comunicaba con el espacio exterior.

Luis sintió vértigo. imposible hacer nada, no había remedio. Apartó la mirada de la vorágine...

Sólo para encontrarse con la mirada de Teela sobre el tablero. Tenía la vista fija en el fondo del embudo y parecía estar viendo algo horrible...

Y le salía sangre de la nariz.

Vio cómo su rostro iba perdiendo poco a poco la expresión de terror, hasta que sólo quedó una pálida serenidad cadavérica. Estaba a punto de desmayarse.

¿Anoxia? La envoltura sónica retendría el aire en medio del vacío, pero era preciso conectarla primero.

Teela levantó la mirada hacia Luis Wu, ya semiinconsciente. Haz algo, parecía suplicar. Haz algo.

De pronto su cabeza se desplomó sobre los mandos.

Luis se había mordido el labio inferior. Sentía el sabor de la sangre. Miró hacia el fondo de la vorágine de nubes, iluminadas por el neón, y le recordó desagradablemente el remolino que se forma en torno al desagüe de una bañera. Logró localizar la diminuta manchita que debía ser la aerocicleta de Teela...

...y entonces vio que salía despedida en dirección horizontal y atravesaba la inclinada pared rotatoria del embudo.

Segundos más tarde vio aparecer la estela de vapor en el fondo del huracán. Un hilillo blanco, perfectamente recto. Por alguna razón, no dudó ni un momento que ésa era la aerocicleta de Teela.

- ¿Qué ha ocurrido? - preguntó Interlocutor.

Luis meneó la cabeza, incapaz de responder. Se sentía como paralizado. Su capacidad de raciocinio parecía haber sufrido un cortocircuito; sus pensamientos le llevaban una y otra vez al mismo punto.

La imagen de Teela en el intercom estaba boca abajo, casi sólo se veían sus cabellos. Estaba inconsciente, montada en una aerocicleta incontrolado que avanzaba a más del doble de la velocidad del sonido. Alguien debería hacer algo...

- Pero estaba casi exánime, Luis. ¿Crees que Nessus habrá activado algún control cuya existencia ignoramos?

- No. Yo más bien diría que... no.

- Creo que eso es lo que ha ocurrido - insistió Interlocutor. - ¡Has visto perfectamente lo que ha ocurrido! Se desmayó, su cabeza golpeó los mandos y su aerocicleta salió disparada de ese tragadero como alma que lleva el diablo! ¡Golpeó justo los controles precisos con la cabeza!

- Tonterías.

- ¡Piensa en las probabilidades, Luis! - De pronto, el kzin comprendió y se quedó con la boca abierta mientras intentaba hacerse a la idea -. No. Imposible - dijo a modo de veredicto.

- Ya.

- Si hubiera tenido al menos un poco de buena suerte, no habría querido embarcarse con nosotros. Nessus no la habría localizado nunca. Se habría quedado en la Tierra.

Los relámpagos centelleaban, iluminando el largo túnel de agitadas nubes negras. Una fina línea recta se extendía ante ellos hasta perderse en la distancia: la estela de vapor de la aerocicleta de Teela. Pero la aerocicleta en sí ya se había perdido de vista.

- ¡Jamás nos hubiéramos estrellado contra el Mundo Anillo, Luis!

- Yo no estaría tan seguro.

- Tal vez sería mejor que te dejaras de divagaciones y buscaras la manera de salvarle la vida.

Luis asintió. Sin verdadera sensación de emergencia, apretó el botón de llamada correspondiente a Nessus, algo que Interlocutor no podía hacer.

El titerote respondió en el acto, como si hubiera estado esperando esa señal. A Luis le sorprendió comprobar que Interlocutor no había colgado. Procedió a explicar brevemente las líneas generales de lo ocurrido.

- Todo parece indicar que ambos nos equivocamos con respecto a Teela - dijo Nessus.

- Ya.

- Su aerocicleta se mueve impulsada por el motor de emergencia. Un golpe con la frente no puede ser suficiente para activar los controles correspondientes. Primero tendría que manipular la ranura de control. Me parece difícil que pudiera hacerlo de un modo accidental.

- Dime dónde está. - Y cuando el titerote se lo explicó, Luis dijo -: No me extrañaría que hubiera metido el dedo ahí dentro por pura curiosidad.

- ¿En serio?

Interlocutor no le dejó responder.

- Pero ¿qué podemos hacer?

- Cuando se despierte, decidle que se ponga en contacto conmigo - dijo Nessus con cierta petulancia -. Yo le explicaré cómo recuperar la velocidad normal y luego la guiaré para que pueda localizarnos.

- Y de momento, ¿no podemos hacer nada más?

- Pues no. Existe el riesgo de que algunos elementos ardan en el sistema de propulsión. Sin embargo, su vehículo sorteará los obstáculos; no se estrellará.

Se está alejando de nosotros aproximadamente a cuatro Mach. El mayor peligro que la acecha es la anoxia, que puede destruir las células cerebrales. Pero no creo que corra ese riesgo.

- Ya. - Luis quería dormir, no pensar más...

- ¿Por qué? La anoxia es peligrosa.

- Es demasiado afortunada - replicó Nessus, con aires de sobrada convicción.

## 18. Los riesgos de Teela Brown

Era negra noche cuando por fin salieron del iris del Ojo de la tormenta. No se veía ni una estrella; sin embargo, algún pálido resplandor azulado del Arco lograba atravesar de vez en cuando la capa de nubes.

- He recapacitado - anunció Interlocutor -. Nessus, puedes reunirte al grupo si lo deseas.

- En seguida voy - dijo el titerote.

- Necesitamos los puntos de vista de tu especie. Has dado muestras de un agudo ingenio. Pero debes comprender que no tengo intención de olvidar el crimen que tu especie ha cometido contra la mía.

- No quisiera entrometerme en tu memoria, Interlocutor.

Luis Wu apenas prestó atención a este triunfo del sentido práctico sobre el honor, de la inteligencia sobre la xenofobia. Estaba escudriñando el punto donde el banco de nubes se unía con el horizonte-infinito, en busca de algún rastro de la estela de vapor de Teela. Pero se había desvanecido por completo.

Teela seguía inconsciente. Su imagen en el intercom se revolvió inquieta y Luis gritó:

- ¡Teela!

Pero no recibió respuesta.

- Nos habíamos equivocado en nuestras suposiciones respecto a Teela - dijo Nessus -. Pero no comprendo por qué. ¿Cómo se explica que nos estrellásemos, si su buena fortuna es tan intensa?

- ¡Lo mismo que te estaba diciendo yo, Luis!



- Sin embargo - prosiguió el titerote -, si su buena fortuna es escasa, ¿cómo explicar que lograra activar el motor de emergencia? A mi entender mi primera teoría era correcta. Teela Brown está dotada de una buena suerte psíquica.

- Entonces, ¿cómo te explicas que fuese seleccionada para esta expedición? ¿Cómo te explicas el accidente del «Embustero»? ¡Cómo!

- Basta ya - intervino Luis.

No le prestaron atención.

- Su suerte es claramente voluble - siguió diciendo Nessus. - Si la suerte la hubiera abandonado tan sólo una vez, estaría muerta.

- De haber estado muerta o haber sufrido algún accidente, yo no la habría seleccionado. Debemos considerar la posibilidad de una mera coincidencia - replicó Nessus -. No olvides, Interlocutor, que las leyes de la probabilidad no excluyen las coincidencias.

- Pero no explican la magia. No puedo creer en una selección basada en la buena fortuna.

- Tendrás que creerlo - dijo entonces Luis. Esta vez los dos le escucharon -. Debía haberlo advertido mucho antes - continuó diciendo -. No tanto por la manera que tenía de escapar al desastre siempre por un pelo; más bien son pequeños detalles, detalles de su personalidad. Es una persona afortunada, Interlocutor. Puedes creerme.

- Luis, ¿cómo puedes creer tamaña insensatez?

- Nunca ha sufrido. Jamás en su vida.

- Lo he comprobado. Conoce perfectamente el placer e ignora por completo el dolor. ¿Recuerdas cuando fuiste atacado por los girasoles? Te preguntó si podías ver. «Estoy ciego», dijiste tú. Y ella insistió: «Sí, ¿pero puedes ver?» No podía creer tus palabras.

- Y también justo después del accidente. Intentó subir una pendiente de lava con los pies descalzos.

- No es demasiado inteligente, Luis.

- ¡Es inteligente, nejl! ¡Lo que pasa es que nunca ha sufrido! Cuando se quemó los pies, bajó corriendo y saltó sobre una superficie mucho más resbaladiza que el hielo... ¡sin embargo, no se cayó!

- De todos modos, no es preciso entrar en detalles - continuó Luis -. Basta fijarse en su modo de andar. Es patosa. Siempre parece a punto de tropezar y caer. Pero no se cae. No se golpea los codos contra los objetos. No derrama

las cosas ni las deja caer. Nunca lo ha hecho. Nunca tuvo que aprender a no hacerlo, ¿te das cuenta? Por eso sus movimientos son poco agraciados.

- Son detalles que los no-humanos difícilmente podríamos apreciar - dijo Interlocutor, aún dudoso -. Tengo que confiar en tu palabra, Luis. Pero... ¿cómo puedes creer en la suerte psíquica?

- Pues, creo. Tengo que creer.

- Si su buena fortuna fuese segura, jamás habría intentado caminar sobre lava fundida - dijo Nessus. Pero la suerte de Teela Brown sólo nos protege de un modo esporádico. Consolador, ¿no os parece? Los tres estaríais muertos a estas horas si las nubes no os hubieran protegido al sobrevolar el campo de girasoles.

- Es cierto - dijo Luis; pero entonces recordó que las nubes se habían separado el tiempo suficiente para chamuscar la piel de Interlocutor-de-Animales. Recordó las escaleras del Cielo que habían subido mecánicamente a Teela los nueve pisos, en tanto que Luis Wu había tenido que subirlas a pie. Se palpó el vendaje de la mano y recordó que Interlocutor se había quemado la suya hasta el hueso, mientras el aparato traductor de Teela Brown ardía en su estuche en el portaequipajes.

- Su suerte parece protegerla mejor a ella que a nosotros - declaró.

- ¿Y por qué no? Pero pareces molesto, Luis.

- Tal vez lo esté... - Seguramente sus amigos se habrían cansado de contarle sus cuitas muchos años atrás. Teela era incapaz de comprender ningún problema. Hablarle de dolor a Teela Brown sería como intentar describirle el color a un ciego.

¿Zozobra del corazón? Teela nunca había sufrido penas amorosas. El hombre deseado siempre acudía a ella y permanecía a su lado hasta que ella comenzaba a cansarse, entonces desaparecía voluntariamente.

Fuese esporádico o no, ese extraño poder de Teela la hacía un poco distinta de los seres humanos, tal vez. Era una mujer, sin duda, pero con una percepción y un talento distintos, y también con sus zonas impenetrables... Y Luis había estado enamorado de esa mujer. Todo resultaba muy extraño.

- Ella también me amaba - musitó Luis -. Es curioso. No soy su tipo. Y de no haberme amado...

- ¿Cómo dices? ¿Hablabas conmigo, Luis?

- No, Nessus, estaba hablando conmigo mismo... - ¿Era ése el verdadero motivo que la había impulsado a unirse a Luis Wu y su pintoresca compañía? El misterio era bastante complejo. Su buena fortuna había llevado a Teela Brown a enamorarse de un hombre poco idóneo para ella, lo cual la había

impulsado a unirse a una expedición incómoda y desastrosa, hasta el punto de ponerla varias veces al borde de una muerte violenta.

En el intercom apareció la imagen de Teela levantando la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos y el rostro inexpresivo... luego sorprendido... y de pronto inundado de verdadero terror. Los ojos, blancos y dilatados, miraban hacia abajo. El adorable rostro ovalado de Teela estaba desfigurado por la demencia.

- Tranquila - le dijo Luis -. Serénate. Tómallo con calma. Nada puede pasarte ya.

- Pero...

Ese chillido disonante era la voz de Teela.

- Ya hemos salido de allí. Lo hemos dejado muy atrás. Mira detrás tuyo. ¡Nej, que mires detrás tuyo!

Ella se volvió. Durante unos instantes, Luis sólo vio su suave melena negra. Cuando volvió a girarse, ya se la veía más calmada.

- Nessus - dijo Luis -, explícaselo.

- Llevas más de media hora avanzando a una velocidad de cuatro Mach - dijo el titerote -, Para que tu vehículo recupere la velocidad normal, debes pulsar la ranura bordeada de verde...

Aunque continuaba asustada, Teela obedeció.

- Ahora debes reunirte con nosotros. Mi indicador señala que has seguido una trayectoria curva. Estás situada a babor y giro de nosotros. Tu vehículo carece de indicador, conque tendré que ayudarte a desandar el camino. De momento, tuerce por completo hacia antiguo.

- ¿Dónde queda eso?

- Gira a la izquierda hasta que te encuentres directamente alineada con una de las bases del Arco.

- No veo el Arco. Tendré que elevarme por encima de las nubes. - Parecía casi completamente recuperada del susto.

¡Pero había pasado miedo, nej! Luis no recordaba haber visto nunca a nadie tan asustado. Y, desde luego, era la primera vez que veía a Teela en ese estado.

¿La había visto asustada alguna vez?

Luis miró por encima del hombro. El paisaje se veía oscuro bajo las nubes; sin embargo, el Ojo de la tormenta, que ya habían dejado muy atrás, relucía azul

bajo el resplandor del Arco. Observaba su desaparición absolutamente concentrado, Y sin la menor señal de pesar.

Luis estaba completamente absorbido en sus propios pensamientos cuando una voz pronunció su nombre.

- ¿Sí? - respondió.

- ¿Estás enfadado?

- ¿Enfadado? - Lo pensó un momento. Razonó, fugazmente, que desde un punto de vista habitual, Teela había cometido una terrible estupidez al lanzar su aerocicleta en picado como lo hizo. Y buscó síntomas de enfado. No encontró nada.

Los criterios corrientes no servían para Teela Brown.

- Creo que no. ¿Qué viste ahí abajo?

- Podría haberme matado - dijo Teela cada vez más airada -. ¡No me mires de ese modo, Luis! ¡Podría haberme matado! ¡No te importa!

- ¿Y a ti?

Teela se sobresaltó como si hubiera recibido una bofetada.

- Había un agujero - gritó furiosa -. Y bruma en el fondo.

- ¿Era muy grande?

- ¿Cómo quieres que lo sepa? - Y su imagen se esfumó.

Tenía razón. ¿Cómo iba a apreciar la escala, bajo esa vacilante luz de neón?

«Arriesga su propia vida - pensó Luis - y luego me reprocha que no me enfade. ¿Un truco para llamar la atención? ¿Cuánto tiempo lo llevará practicando?»

Una mancha plateada se situó entre Luis y la manchita más pequeña que volaba a su lado, en la dirección de giro.

- Bienvenido - dijo Luis.

- Gracias - le respondió Nessus. Debía de haber empleado el motor de emergencia para conseguir darles alcance tan de prisa.

Dos cabezas triangulares, pequeñas y transparentes, observaban a Luis desde el panel de mandos.

- Ahora me siento a salvo. Cuando Teela se nos reúna, me sentiré aún más seguro.

- ¿Por qué?

- La suerte de Teela Brown nos protegerá, Luis.

- Yo no estaría tan seguro - le replicó Luis Wu.

Interlocutor les observaba en el intercom, sin decir palabra. Sólo Teela quedaba fuera del circuito.

- Tu arrogancia me molesta - dijo Luis Wu -. Intentar reproducir humanos afortunados es de una arrogancia diabólica. ¿Has oído hablar del Diablo?

- He leído sobre el Diablo, en libros.

- Tu estupidez es aún más grave que tu arrogancia. Das tranquilamente por sentado que lo que es bueno para Teela Brown es bueno para ti. ¿Por qué?

- Sin duda es lo más lógico. Si ambos estamos metidos en la misma nave, una ruptura del fuselaje nos perjudica a los dos.

- Tienes razón. Pero imagina que estáis sobrevolando un lugar que Teela desea visitar y donde tú no quieres aterrizar. Un fallo en los motores justo en ese momento, sería afortunado para Teela, pero no para ti.

- ¡Qué tontería, Luis! ¿Para qué iba a querer venir Teela al Mundo Anillo? ¡Desconocía incluso su existencia hasta que yo le hablé de él!

- Pero es afortunada. Si le convenía venir aquí, aún sin saberlo, acabaría viniendo a parar aquí. Entonces su suerte no habría sido esporádica, ¿verdad, Nessus? Habría sido efectiva todo el tiempo. Habría tenido la suerte de ser localizada por ti. Y la suerte de que no encontraras a ninguna otra persona que reuniera los requisitos necesarios. Todos esos fallos en las comunicaciones telefónicas, ¿recuerdas?

- Pero...

También habría tenido la suerte de que nos estrellásemos. ¿Recuerdas que tú e Interlocutor tuvisteis una discusión sobre quién dirigía esta expedición? Pues, ahora lo sabes.

- Pero, ¿por qué?

- ¿Te incomoda esa pregunta, Luis? A mí, sí. ¿Qué interés podía tener para Teela Brown el Mundo Anillo? Es un lugar... inseguro. Extrañas tormentas y maquinaria mal programada y campos de girasoles y nativos de reacciones imprevisibles, todo amenaza nuestras vidas.

- Así es - constató Luis -. Y ahí está parte del secreto. Para Teela Brown no existe el peligro, ¿te das cuenta? En cualquier juicio sobre el Mundo Anillo debe tenerse en cuenta este detalle.

El titerote abrió y cerró varias veces la boca en rápida sucesión.

- Complica un poco las cosas, ¿verdad? - le espetó Luis. Resolver problemas constituía un placer en sí mismo para Luis Wu -. Pero también explica parte de lo ocurrido. Suponiendo...

El titerote soltó un chillido.

Luis se quedó anonadado. No esperaba aquella reacción del titerote. Éste gimoteo y luego escondió las cabezas bajo su cuerpo. Luis sólo veía la crin desordenada que le cubría la caja craneana.

Teela había conectado el intercom.

- Habéis estado hablando de mí - dijo sin la menor emoción en la voz. Era incapaz de sentir rencor, observó Luis. ¿Significaría eso que la capacidad de sentir rencor constituía un factor de supervivencia? -. He intentado seguir tu razonamiento, pero no he podido. ¿Qué le ha pasado a Nessus?

- He hablado demasiado. Está asustado. Y ahora ¿cómo vamos a encontrarte?

- ¿No puedes averiguar dónde estoy?

- Nessus es el único que posee un localizador. Seguramente por el mismo motivo que le llevó a que ignoráramos el funcionamiento del motor de emergencia.

- Me lo he estado preguntando - dijo Teela.

- Quería estar seguro de poder huir de un kzin enfurecido. Olvídalo. ¿Qué llegaste a entender?

- Poca cosa. No hacíais más que preguntarnos mis razones para querer venir aquí. Pero yo no quería venir, Luis. Vine porque tú venías, porque te quiero.

Luis asintió. Era lógico que si Teela tenía que viajar al Mundo Anillo, también tuviera un buen motivo para embarcarse con Luis Wu. Algo más bien poco halagador.

Ella le amaba porque su propia fortuna lo exigía. ¡Y él que había creído ser objeto de un amor desinteresado!

- Estoy sobrevolando una ciudad - dijo de pronto Teela -. Veo unas cuantas luces. No muchas. Deben haber tenido una importante fuente de energía imperecedera. Tal vez Interlocutor pueda localizarla en su mapa.

- Vale la pena echarle un vistazo.

- Como te lo he dicho, hay luces. Tal vez...

El sonido se cortó sin un chasquido, sin ninguna señal de advertencia.

Luis estudió el espacio vacío en su panel. Luego gritó:

- Nessus.

No recibió respuesta.

Luis puso en marcha la sirena.

Nessus salió de su letargo como una familia de culebras en un zoo en llamas. En otras circunstancias, hubiera podido resultar gracioso: dos cuellos que intentaban desenrollarse a toda prisa para luego apostarse como dos signos de interrogación sobre la pantalla; por fin Nessus bramó:

- ¡Luis!, ¿qué pasa? Interlocutor había respondido a la llamada en el acto. Sentado en lo que parecía posición de alerta, esperaba instrucciones y alguna aclaración.

- Algo le ha ocurrido a Teela.

- Estupendo - dijo Nessus. Y las cabezas desaparecieron otra vez.

Con gesto torvo, Luis desconectó la sirena, aguardó un momento y volvió a hacerla sonar. Nessus tuvo la misma reacción que antes. Pero esta vez Luis habló primero.

- Si no logramos averiguar lo que le ha ocurrido a Teela, te mataré - le amenazó.

- No olvides que tengo el tarp - dijo Nessus -. Está diseñado de forma que resulte igualmente eficaz contra un kzin como contra un humano. Ya pudiste comprobar el efecto que tuvo sobre Interlocutor.

- ¿Crees que eso impedirá que te mate?

- Sí, Luis, creo que sí.

- ¿Te apuestas algo? - dijo cautelosamente Luis.

El titerote se quedó pensativo. Luego dijo:

- Rescatar a Teela nunca será tan arriesgado como aceptar esa apuesta. Había olvidado que es tu compañera. - Miró hacia abajo -. Mi localizador ha perdido su rastro. No tengo forma de saber dónde está.

- ¿Significa eso que su vehículo ha sufrido algún desperfecto?

- Sí, y de bastante importancia. El emisor estaba situado junto a una de las unidades propulsoras de la aerocicleta. Tal vez haya sido víctima de otra máquina aún en funcionamiento, similar a la que quemó nuestros discos de comunicación.

- Pero sabes dónde estaba cuando se cortó la comunicación.

- Diez grados a giro de babor. Ignoro la distancia, pero podemos calcularla en base a las tolerancias de velocidad de su aerocicleta.

Volaron en esa dirección, una línea inclinada sobre el mapa que había copiado Interlocutor. Cuando pasaron dos horas y seguían sin ver luces, Luis comenzó a preguntarse si se habrían perdido.

- La línea transversal trazada sobre el mapa de Interlocutor iba a morir en un puerto de mar, a cincuenta y seis mil kilómetros del huracán que en realidad era el Ojo de la tormenta. El puerto estaba situado junto a una bahía del tamaño del océano Atlántico. Teela no podía haber ido mucho más lejos. El puerto sería su última oportunidad...

De pronto, tras la cresta de una colina en lo que parecía sólo una pendiente continua, descubrieron unas luces.

- Detente - susurró Luis en tono amenazador, sin saber muy bien por qué hablaba en voz baja. Pero Interlocutor ya había detenido a la flotilla en el aire.

Se quedaron ahí suspendidos, observando el terreno y las luces.

El terreno correspondía a una ciudad. Por todas partes sólo se veía ciudad. Ahí abajo, cual sombras bajo la luz azulada del Arco, se divisaban unas casas que recordaban colmenas, con ventanas redondeadas y separadas por aceras curvas demasiado estrechas para poder considerarlas verdaderas calles. En la distancia se veían más construcciones iguales y luego, aún más lejos, edificios más altos, hasta que todo el conjunto estaba dominado por rascacielos y edificios flotantes.

- Poseían técnicas de construcción distintas - susurró Luis - La arquitectura... no es como la de Zignamucliklik. Son estilos distintos...

- Rascacielos - dijo Interlocutor -. Con todo el espacio que hay en el Mundo Anillo, ¿por qué construir tan alto?

- Para demostrar que podían hacerlo. No, sería una tontería - dijo Luis -. No tenían que demostrar nada, después de construir una obra como el propio Mundo Anillo.

- Tal vez los edificios más altos correspondan a una época posterior, ya durante la decadencia de la civilización.



Las luces correspondían a relucientes columnas de ventanas, torres aisladas iluminadas desde la cima hasta la base. Estaban todas agrupadas en lo que Luis ya consideraba el Centro Cívico pues los seis edificios flotantes estaban situados allí.

Y un último detalle: hacia giro del Centro Cívico se divisaba una pequeña zona suburbana que desprendía un pálido resplandor blanco-anaranjado.

Los tres estaban sentados formando un triángulo en torno al mapa de Interlocutor, en el segundo piso de una de las casas-colmena.

Interlocutor había insistido en hacerles entrar también las aerocicletas. «Medida de seguridad». Se iluminaban con la luz procedente del faro del vehículo de Interlocutor, reflejada y atenuada por una pared curva. Una mesa, curiosamente labrada para formar platos y depresiones donde acomodar los vasos se había hundido desintegrándose al ser rozada por Luis. El suelo estaba cubierto por una capa de varios centímetros de polvo. La pintura de la pared curva se había desconchado y había ido depositándose en un blando reborde azul cielo en torno al piso de madera.

Luis parecía sentir el peso de toda la vetustez de la ciudad sobre sus espaldas.

- Cuando se realizaron las películas que encontramos en la sala de cartografía, ésta era una de las ciudades más importantes del Mundo Anillo - aclaró Interlocutor. Su uña en forma de media luna fue recorriendo el mapa -. La ciudad primitiva era una ciudad completamente planificada, un semicírculo con el costado plano franqueando el mar. La torre llamada Cielo debió de ser construida mucho más tarde, cuando la ciudad ya había comenzado a extenderse a lo largo de la costa.

- Es una lástima que no sacaras un mapa de la ciudad - dijo Luis. En efecto, el mapa de Interlocutor no mostraba más que un semicírculo sombreado.

Interlocutor cogió el mapa y lo enrolló.

- Una metrópolis abandonada de estas dimensiones debe de guardar muchos secretos. Tenemos que movernos con cautela. Un posible renacimiento de la civilización en esta tierra, es decir, en esta estructura, se producirá donde existan rastros de la tecnología desaparecida.

- ¿Y cómo encontrar los metales desaparecidos? - objetó Nessus -. Una civilización desaparecida no podría volver a renacer en el Mundo Anillo. No hay metales en el subsuelo, ni combustibles fosilizados. Las herramientas estarían limitadas a las posibilidades de la madera y los huesos.

- Hemos visto luces.

- No parecían seguir ningún orden... Deben de ser generadas por fuentes de energía autónomas que han ido fallando una tras otra. Pero podrías tener razón - continuó Nessus -. Si en este lugar se ha reanudado la fabricación de herramientas, tendremos que establecer contacto con los fabricantes de herramientas. Pero nosotros impondremos las condiciones.

- Tal vez ya nos hayan localizado a través de las emisiones de nuestro sistema de intercomunicación.

- No, Interlocutor. El intercom funciona con un circuito cerrado.

Luis sólo les escuchaba a medias, mientras pensaba: «Puede estar herida. Puede estar tendida en cualquier parte, incapaz de moverse, esperando que acudamos en su ayuda».

Pero, por algún motivo, no lograba creérselo.

Más bien tenía la impresión de que Teela había sido víctima de alguna antigua máquina del Mundo Anillo: tal vez una complicada arma automática, suponiendo que los anillícolas poseyeran algo parecido. Cabía la posibilidad de que sólo se hubiesen desprendido el intercom y el emisor-localizador y que los sistemas propulsores hubieran quedado intactos. Pero parecía poco probable.

Entonces, ¿cómo explicarse que no sintiera ninguna ansiedad? Ahí estaba Luis Wu, más tranquilo que una computadora mientras su mujer se enfrentaba con algún peligro todavía desconocido.

Su mujer..., sí, pero también algo más, y algo un poco distinto.

¡Qué estupidez la de Nessus al creer que un ser humano especialmente reproducido por su buena fortuna pensaría igual que los demás humanos que conocía! ¿Razonaría un titerote afortunado igual que el titerote cuerdo Chiron, por ejemplo?

Era posible que el miedo fuera una característica genética en los titerotes.

Pero los humanos tenían que aprender a tener miedo.

- Debemos aceptar la hipótesis de que la buena suerte esporádica de Teela sufrió un fallo momentáneo - decía en esos momentos Nessus -. Partiendo de esa base, Teela no puede estar herida.

- ¿Qué? - Luis tuvo un sobresalto. El titerote parecía haber cerrado el circuito de su propio razonamiento.

- Un fallo en su aerocicleta probablemente la habría matado. Si no murió en el acto, entonces su buena suerte debe haberla salvado en cuanto comenzó a actuar de nuevo.

- Pero es absurdo. ¡No puedes esperar que una fuerza psíquica siga semejantes normas!

- Desde el punto de vista lógico, el razonamiento es impecable, Luis. A lo que iba es a constatar que Teela no necesita urgentemente nuestra ayuda. Si está viva, puede aguardar. Podemos esperar a que amanezca para explorar el terreno.

- ¿Y entonces qué? ¿Cómo nos las arreglaremos para encontrarla?

- Si su suerte no ha fallado, estará en buenas manos. Buscaremos esas manos. Mañana averiguaremos si esas manos existen o no, y en caso negativo tendremos que confiar en que nos haga alguna señal. Podría hacerlo de varias formas.

- Pero todas suponen el uso de luz - le interrumpió Interlocutor.

- ¿Y qué hay con eso?

- Lo he estado pensando. Es posible que sus faros aún funcionen. En cuyo caso, los habrá dejado encendidos. Tú aseguras que es inteligente, Luis.

- Lo es.

- Y la seguridad le es absolutamente indiferente. No le importaría qué pudiera encontrarla, con tal de que nosotros pudiéramos encontrarla. Si sus faros no funcionan, puede emplear su linterna de rayos laser para hacer señales a cualquier objeto móvil... o para encender una hoguera.

- Lo que estás insinuando es que no podremos encontrarla de día. Y tienes razón - reconoció Luis.

- Primero debemos explorar la ciudad a la luz del día - dijo Nessus -. Si encontramos pobladores, tanto mejor. Si está deshabitada, mañana por la noche buscaremos a Teela.

- ¿Serías capaz de dejarla ahí tirada casi treinta horas? Eres un ser despiadado... ¡Nej, esa mancha luminosa que vimos podría ser ella! ¡Tal vez no eran faroles, sino edificios en llamas!

- Tienes razón. Debemos salir a investigar - dijo Interlocutor, ya levantado.

- Yo soy el Ser último de esta expedición. Y considero que el valor de Teela no compensa el riesgo de un vuelo nocturno sobre una ciudad desconocida.

Interlocutor-de-Animales ya había montado en su aerocicleta.

- Nos hallamos en un territorio potencialmente hostil. Conque yo tomo el mando. Saldremos en busca de Teela Brown.

El kzin hizo salir su aerocicleta por una gran ventana ovalada. Al otro lado de la ventana se extendían los fragmentos de un porche y luego los suburbios de una ciudad ignota.

Los otros vehículos estaban en la planta baja. Luis bajó las escaleras rápidamente pero con cuidado, pues parte de los escalones se habían hundido y el mecanismo de la escalera automática llevaba ya largo tiempo enmohecido.

Nessus le miró por encima de la barandilla.

- Yo me quedo, Luis. Y consideraré esto como un acto de amotinamiento.

Luis no le respondió. Su aerocicleta se elevó, salió por la puerta ovalada, ya apuntando hacia arriba, y se adentró en la oscuridad.

Hacía una noche fresca. La luz del Arco llenaba la ciudad de sombras azul marino. Luis localizó el resplandor de la aerocicleta de Interlocutor y la siguió hacia la zona luminosa de los suburbios hacia giro de las brillantes luces del Centro Cívico.

Todo era zona urbana, cientos de kilómetros cuadrados de ciudad. Ni siquiera había parques. Con todo el espacio disponible en el Mundo Anillo, ¿por qué unas construcciones tan densas? Incluso en la Tierra, los hombres apreciaban la posibilidad de un cierto espacio donde moverse.

- Volaremos bajo - dijo Interlocutor vía intercom -. Si las luces resultan ser simples faroles, regresaremos junto a Nessus. No podemos descartar la posibilidad de que Teela haya sido aniquilada.

- De acuerdo - respondió Luis. Pero, mientras tanto, pensaba: «Quién lo diría, un kzin preocupado por cuestiones de seguridad ante un enemigo meramente hipotético». Hasta un kzin, saludablemente intrépido, resultaba cauto como un titerote en comparación con Teela Brown. «¿Dónde estará ella ahora? ¿Se encontrará bien?, ¿se hallará herida?, ¿estará muerta?»

Habían buscado anillícolas civilizados desde antes del desastre del «Embustero». ¿Los habrían encontrado por fin? Esa posibilidad era seguramente lo que había impedido que Nessus abandonara por completo a Teela. La amenaza de Luis no iba más allá de simples palabras, como sabía perfectamente el titerote.

Si los anillícolas civilizados se les presentaban como enemigos, en fin, tampoco sería tan sorprendente...

Su aerocicleta se desvió levemente hacia la izquierda. Luis rectificó el rumbo.

- Luis. - Interlocutor-de-Animales parecía estar debatiéndose contra algo -. Parece que hay una interferencia... - Luego, de un modo imperioso, con el tono de mando tan bien ensayado -: Luis. Da media vuelta. En seguida.

La voz de mando del kzin pareció llegar directamente al cerebelo de Luis. Giró en el acto.

Pero su aerocicleta continuó volando recto.

Luis se apoyó sobre el manillar con todo su peso. Todo fue inútil. La aerocicleta continuaba avanzando hacia las luces del Centro Cívico.

- ¡Estamos atrapados! - gritó Luis; y en el acto fue presa del terror. ¡Eran marionetas! El enorme, desconocido y racional Maestro Titiritero les hacía mover los brazos y las piernas y les llevaba de un lado a otro según los dictados de un guión desconocido. Y Luis sabía quién era el Maestro Titiritero.

Era la suerte de Teela Brown.

## 19. En la trampa

Interlocutor, con mayor sentido práctico, hizo sonar la sirena de alarma.

El pitido en múltiple frecuencia sonó y sonó y sonó. Luis comenzaba a preguntarse si el titerote se dignaría responder. Les ocurriría como al pastorcito que gritaba ¡el lobo, el lobo!... Pero Nessus ya estaba gritando:

- ¿Sí? ¿Sí? - con el volumen demasiado alto. Claro, había tenido que bajar primero.

- Nos han atacado - le explicó Interlocutor -. Algún organismo está dirigiendo nuestros vehículos por control remoto. ¿Alguna sugerencia?

Imposible adivinar lo que estaba pensando Nessus. Sus labios, en doble número de lo normal, anchos y colgantes con sus abultamientos que hacían las veces de dedos, comenzaron a moverse a toda prisa, pero sin ningún sentido aparente. ¿Podría prestarles ayuda el titerote? ¿O sería presa del pánico?

- Haced girar los aparatos de intercomunicación para que pueda hacerme una idea de vuestra trayectoria. ¿Estáis heridos?

- No, pero no podemos hacer nada - respondió - Luis. No podemos saltar. Volamos a demasiada altura y demasiado de prisa. Vamos directos al Centro Cívico.

- ¿A dónde?

- El grupo de edificios iluminados. ¿Recuerdas?

- Sí. - El titerote analizaba la situación -. Una onda pirata debe de haberse interferido con las emisiones de vuestros instrumentos. Interlocutor, dame los datos de tus indicadores.

Interlocutor se los fue leyendo, mientras él y Luis se aproximaban cada vez más a las luces del Centro Cívico. En cierto momento Luis le interrumpió:

- Estamos sobrevolando la zona suburbial con las calles iluminadas.

- ¿Son realmente luces urbanas?

- Sí y no. En todas las puertas ovaladas se ve un resplandor anaranjado. Resulta curioso. Yo diría que se trata de verdadera iluminación urbana, pero la energía eléctrica ha ido disminuyendo y con el tiempo ha perdido intensidad.

- Soy de la misma opinión - terció Interlocutor.

- Creo que vamos directos al gran edificio central.

- Ya lo veo. El doble cono que sólo tiene encendidas las luces superiores.

- El mismo.

- Luis, intentaremos cortar la señal pirata. Acopla tu vehículo al mío.

Luis activó el circuito de acoplamiento.

El vehículo se aplastó contra su cuerpo, como si una bota gigante le hubiera dado una patada en el trasero. El motor dejó de funcionar.

Globos antichoque se inflaron delante y detrás suyo. Eran globos de forma fija y se cerraron en torno a él como un par de manos entrelazadas.

Estaba cayendo.

- Estoy cayendo - informó. La mano, comprimida por los globos contra el panel de mandos, seguía apoyada sobre el circuito de acoplamiento. Luis esperó un momento, aún con la esperanza de que éste funcionase. Pero las casas en forma de colmenas parecían cada vez más próximas. Luis volvió a conectar el mando manual.

Nada ocurrió. Seguía cayendo.

Con una serenidad que era mera bravuconería, Luis dijo:

- Interlocutor, no intentes conectar tus mandos al vehículo de Nessus. El circuito no funciona. - Y, consciente de que podían verle la cara, se mantuvo

impertérrito, con el rostro inmóvil y los ojos muy abiertos. Y así esperó el golpe mortal contra el Mundo Anillo.

Bruscamente se produjo una desaceleración que empujó con fuerza la aerocicleta hacia arriba. El vehículo dio media vuelta y Luis Wu se encontró cabeza abajo sometido a una tracción de cinco gravedades.

Se desmayó.

Cuando volvió en sí, aún estaba colgando cabeza abajo, y sólo le sostenía la presión de los globos antichoque. Le palpitaban las sienes. Tuvo una borrosa visión del Maestro Titiritero intentando desenredar sus hilos en medio de una sarta de maldiciones, y entre tanto el títere Luis Wu colgaba cabeza abajo en aquel escenario.

El edificio flotante era bajo y ancho y muy rebuscado. La mitad inferior era un cono invertido. Cuando las aerocicletas estuvieron cerca, en su pared se abrió una hendedura horizontal y se los tragó.

Ya estaban casi en el interior cuando la aerocicleta de Interlocutor, cada vez más próxima a la de Luis, dio lentamente la vuelta. Los globos se hincharon en torno al kzin antes de que llegara a caerse. Luis se regocijó con amarga satisfacción. Llevaba mucho rato sufriendo y le resultaba grato no ser el único.

- Vuestra posición invertida indica que os sostiene algún campo de carácter electromagnético - decía en esos momentos el titerote -. Estos campos sólo pueden sostener el metal, pero no el protoplasma, lo cual significa...

Luis se agitó entre los globos que lo aprisionaban, pero no demasiado. Caería al vacío si éstos dejaban de sostenerlo. La puerta corredera se cerró tras él, antes de que sus ojos hubieran tenido tiempo de adaptarse a la oscuridad. No veía nada. Imposible adivinar a qué distancia del suelo debían estar.

- ¿Puedes tocarlo con la mano? - oyó preguntar a Nessus. E Interlocutor:

- Sí, si consigo meter la mano entre... ¡Huy! Tenías razón. La carrocería está caliente.

- Entonces, el motor se ha quemado. Vuestras aerocicletas han quedado inertes, muertas.

- Es una suerte que el asiento esté protegido del calor. - No es de extrañar que los anillícolas fueran adeptos al uso de las fuerzas electromagnéticas. Carecían de tantas otras fuerzas: motores hiperlumínicos, motores de reacción, gravedad inducida...

Luis procuró distinguir algo, cualquier cosa. Logró girar la cabeza, lentamente, mientras su mejilla rozaba la superficie del globo; pero no se veía luz por ninguna parte.

Lentamente consiguió mover los brazos contra la presión que los atenazaba, y fue palpando el tablero hasta encontrar el interruptor del faro. No hubiera sabido decir por qué esperaba que funcionase.

Los rayos de luz salieron blancos y apretados y rebotaron más apagados contra una distante pared curva.

Una docena de vehículos permanecían suspendidos a su alrededor, todos al mismo nivel. Había propulsores portátiles individuales, no mayores que las mochilas a chorro empleadas para carreras, y otros del tamaño de coches volantes. Incluso había una especie de camión volante con un fuselaje transparente.

En medio del laberinto de hierros viejos, divisó una aerocicleta con Interlocutor-de-Animales colgando cabeza abajo. La cabeza pelada y el velludo antifaz anaranjado del kzin, asomaban por debajo del globo antichoques; y había conseguido sacar una garra para tocar la carrocería de la aerocicleta.

- Muy bien - dijo Nessus -. Luz. Es justo lo que lo que iba a sugerimos. ¿Os dais cuenta de la importancia de lo ocurrido? Todos los circuitos eléctricos y electromagnéticos de vuestros vehículos han quedado inutilizados, suponiendo que funcionasen cuando fuisteis atacados. El vehículo de Interlocutor, y seguramente también el tuyo, Luis, fueron atacados por segunda vez cuando entrasteis en el edificio.

- Que según todos los indicios es una cárcel - logró decir Luis. Su cabeza parecía un globo de agua demasiado lleno y le costaba articular las palabras. Pero no podía dejar que los demás se ocupasen de todo, aun cuando las tareas a realizar no fuesen más allá de especular sobre la tecnología de unos seres de otra especie, mientras colgaban cabeza abajo -. Pero, entonces, ¿por qué no hay otro fusil de precisión aquí dentro? Por si estuviéramos armados. Y lo estamos.

- No me cabe la menor duda de que hay uno - le respondió Nessus -. Tus faros demuestran que este tercer fusil no funciona. Es evidente que se trata de armas automáticas, pues de lo contrario alguien estaría vigilando. Interlocutor no debería de tener mayor problema con su propia excavadora-desintegradora.

- Me alegra saberlo - dijo Luis -. Pero hemos echado un vistazo a nuestro alrededor...

Él e Interlocutor estaban flotando cabeza abajo en un mar de los Sargazos suspendido. Uno de los tres arcaicos propulsores portátiles estaba enganchado aún a un usuario. El esqueleto era de pequeñas dimensiones, pero humano. Sobre los blancos huesos no quedaba ya ni un jirón de piel. Las ropas debieron



ser de buena calidad, pues todavía se conservaba algún harapo de vivos colores, entre ellos una raída capa amarilla que colgaba de la barbilla del piloto.

Los otros propulsores portátiles flotaban solos. Pero los huesos tenían que estar en alguna parte... Luis giró la cabeza hacia atrás, con gran esfuerzo, la giró aún un poco más...

El sótano del cuartel de policía era una ancha y oscura fosa cónica. En torno a la pared había anillos concéntricos de celdas. Estas se abrían por una trampilla situada en la parte superior. Unas escaleras radiales conducían desde la cúpide al fondo de la fosa. Y el fondo estaba lleno de los huesos que Luis buscaba y cuyo tenue resplandor logró captar ahí abajo.

No le extrañaba que un hombre atrapado en un propulsor portátil destrozado hubiera tenido miedo de dejarse caer. Pero otros, al verse allí encerrados en sus coches y remolques, habían preferido la larga caída a la muerte por deshidratación.

- No sé sobre qué podrá usar Interlocutor su desintegrador - comentó Luis.

- Lo he estado pensando muy seriamente.

- De nada nos servirá que haga un agujero en la pared. Ni en el techo, aparte de que está fuera de su alcance. Si consigue darle al generador del campo magnético que nos tiene aquí suspendidos, caeremos treinta metros hasta el suelo. Y si no lo hace, permaneceremos aquí hasta morir de hambre, o hasta que decidamos soltarnos, ya desesperados.

- Así es.

- ¿No sabes decir más que eso? ¿Así es?

- Necesito más información. ¿Podrías describirme lo que veis a vuestro alrededor? Yo sólo logro divisar un trozo de pared curva.

Se fueron turnando para describir el bloque de celdas cónico, al menos lo que conseguían distinguir bajo el foco de luz. Interlocutor también encendió sus faros, y consiguieron ver algo más.

Pero cuando acabó de enumerar todo lo que veía, Luis seguía ahí atrapado, colgando cabeza abajo, sin agua ni comida, y suspendido a una altura suficiente para hacer mortal la caída.

Luis sintió que en el fondo de su estómago comenzaba a formarse un chillido, como una burbuja, bien escondida y controlada, pero siempre amenazando con salir a flote. Pronto llegaría a la superficie...

Y se preguntó si Nessus les abandonaría.

Las cosas se presentaban mal. El interrogante tenía una clara respuesta. El titerote tenía todos los motivos para largarse y ninguno para permanecer a su lado.

A menos que aún confiara hallar nativos civilizados en el lugar.

- Tanto los vehículos flotantes como la antigüedad de los esqueletos indican que nadie se ocupa del mantenimiento de la maquinaria del bloque de celdas - aventuró Interlocutor - Los campos magnéticos que nos han atrapado debieron de recoger algunos vehículos cuando la ciudad ya había sido abandonada; pero en el Mundo Anillo ya no quedan vehículos. Ello explica que continúen funcionando las máquinas; nada les ha hecho consumir energía en mucho tiempo.

- Es posible - dijo Nessus -. Pero algo está interceptando nuestra conversación.

Luis sintió que se le aguzaban los oídos. Vio abrirse las orejas de Interlocutor como abanicos.

- Deben de contar con una técnica excelente para captar un circuito cerrado. Me pregunto si el curioso tendrá un traductor.

- ¿Puedes averiguar algo sobre él?

- Sólo la dirección en que se halla situado. La fuente de la interferencia radica más o menos en el lugar donde ahora os encontráis. Es posible que el curioso esté exactamente encima vuestro.

En un gesto reflejo, Luis intentó mirar hacia arriba. Imposible. Estaba cabeza abajo y dos globos antichoque, así como la aerocicleta, se interponían entre él y el techo.

- Hemos encontrado la civilización del Mundo Anillo - dijo en voz alta.

- Es posible; creo que un ser civilizado podría haber reparado el fusil de precisión, como le llamabas. Pero lo principal... aguarda un momento.

Y el titerote comenzó a canturrear Beethoven, o los Beatles, o algo que sonaba a clásico. A Luis incluso le pareció que iba improvisando sobre la marcha.

El canturreo continuó y continuó. Luis empezaba a sentir sed. Y hambre. Y le palpitaban las sienes.

Ya había abandonado toda esperanza más de una vez, cuando el titerote volvió a hablar.

- Hubiera preferido usar el desintegrador, pero no puede ser. Luis, tú tendrás que encargarte de esto; eres descendiente de primates y por tanto puedes trepar mejor que Interlocutor. Coge la...

- ¿Tregar?

- Cuando termine de explicártelo podrás hacer todas las preguntas que quieras, Luis. Coge la linterna de rayos laser, dondequiera que la hayas puesto. Usa el rayo para reventar el globo que tienes delante. Tendrás que agarrarte al material del globo antes de caer. Luego puedes tregar por él hasta situarte encima de la aerocicleta. Entonces...

- Has perdido el juicio.

- Déjame acabar, Luis. Toda esta actividad tiene como finalidad destruir el fusil de precisión, como lo llamabas. Lo más probable es que haya dos, uno debe estar situado encima, o debajo, de la puerta de entrada. El otro puede estar en cualquier parte. El único indicio que puede servirte de guía es que debe ser parecido al primero.

- Claro, y también puede ser distinto. En fin, no tiene importancia. ¿Crees que puedo agarrarme al material de un globo que acaba de reventar con la rapidez suficiente para...? No, no puedo.

- Luis. ¿Cómo puedo acudir en vuestra ayuda con un arma apostada a punto de destrozar mi maquinaria?

- No lo sé.

- ¿Esperas que trepe Interlocutor en lugar tuyo?

- ¿Saben tregar los gatos?

- Mis antepasados eran gatos de pura raza, Luis - dijo Interlocutor -. Aún no tengo curada la mano quemada. Y no sé tregar. De todos modos, lo que sugiere el herbívoro es una locura. En el fondo, todo ello no es más que una excusa para abandonarnos.

Luis lo comprendía. Tal vez dejó traslucir el miedo.

- Aún no tengo intención de abandonamos - dijo Nessus -. Esperaré. Tal vez se os ocurra un plan mejor. Tal vez el curioso se presente. De un modo u otro, esperaré.

Ahí colgado cabeza abajo e inmovilizado entre dos globos rígidos, no era raro que a Luis Wu le costara calcular el tiempo. Nada cambiaba. Nada se movía. Podía oír silbar a Nessus a lo lejos; pero, excepto eso, nada parecía ocurrir.

Por fin, Luis comenzó a contar los latidos de su propio corazón. Setenta y dos por minuto, calculó.

Exactamente diez minutos más tarde se le oyó decir:

- Setenta y dos. Uno. Pero, ¿qué estoy haciendo?

- ¿Hablabas conmigo, Luis?

- ¡Nej! Interlocutor, no lo soporto más. Prefiero morir ahora mismo antes que enloquecer.

- Yo mando aquí, Luis, estamos en situación de combate. Y te ordeno que te serenes y esperes.

- Lo siento. - Luis intentó bajar los brazos, hizo una pausa, luego otro esfuerzo para bajar los brazos, otra pausa. Ya lo tenía: el cinturón. La mano había quedado demasiado adelante. Intentó mover el codo hacia atrás, descansó, otro empujón hacia atrás...

- Lo que sugiere el titerote es un suicidio, Luis.

- Es posible. - Ya la tenía: la linterna de rayos laser. Con dos sacudidas más logró zafarla del cinturón y apuntarla hacia delante; quemaría el panel de mandos, pero al menos no se quemaría él.

Disparó.

El globo comenzó a desinflarse lentamente. Al mismo tiempo, el globo que tenía detrás le aplastó contra los mandos. Al disminuir la presión, le resultó más fácil introducirse otra vez la linterna de rayos laser en el cinturón y agarrar dos puñados del arrugado material colgante.

También había empezado a deslizarse de su asiento. Más y más rápido... se agarró con fuerza obsesiva, y cuando por fin su cuerpo giró y comenzó a caer, sus manos no resbalaron sobre la tela. Se quedó ahí suspendido bajo la aerocicleta, con un foso de treinta metros bajo los pies y...

- ¡Interlocutor!

- Estoy aquí, Luis. He conseguido sacar mi propia arma. ¿Quieres que te reviente el otro globo?

- ¡Sí! - Se interponía justo en su camino, impidiéndole cualquier movimiento.

El globo no se desinfló. De un costado salió un chorro de polvo que duró unos dos segundos, luego todo el globo desapareció en un gran remolino de aire. Interlocutor lo había destrozado con un rayo del desintegrador.

- Sólo Finagle sabe cómo consigues hacer puntería con ese artefacto - exclamó Luis. Luego comenzó a trepar.

No le resultó difícil mientras pudo sostenerse de los jirones del globo. En otras palabras: pese a las horas que había pasado cabeza abajo con la sangre

afluyéndole al cerebro, Luis logró no resbalar. Pero la tela acababa cerca de los soportes para los pies; y la aerocicleta casi había dado la vuelta por efecto de su peso, conque seguía colgado debajo.

Se izó hasta el vehículo, se aferró con las rodillas. Comenzó a balancearse.

Interlocutor-de-Animales estaba emitiendo unos curiosos ruidos.

Cada nueva oscilación hacía balancearse más la aerocicleta. Luis pensó, porque no le quedaba más remedio, que la mayor parte del metal debía de estar en el vientre del vehículo. De lo contrario, éste siempre giraría y Luis acabaría colgado debajo, dondequiera que se colocase, en cuyo caso Nessus no hubiera hecho esa sugerencia.

La aerocicleta casi dio toda la vuelta. Luis sintió náuseas y tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar. Si ahora se le obstruían las vías respiratorias, todo habría terminado.

La aerocicleta giró en sentido contrario, dio media vuelta, y quedó exactamente boca arriba. Luis se tendió sobre el vientre del vehículo y agarró el otro extremo del globo desinflado. Por fin lo tenía.

La aerocicleta continuó girando. Luis estaba a horcajadas con el torso apoyado sobre el vientre de la máquina. Esperó, agarrándose con todas sus fuerzas.

El armazón inerte se detuvo un momento, pareció titubear, volvió a girar en sentido contrario. Los canales semicirculares le zumbaban y Luis devolvió -¿el almuerzo del día anterior? Lo devolvió de un modo explosivo, en grandes suspiros agonizantes, sobre el metal y sobre su manga; pero no se desvió más de unos centímetros de la posición inicial.

El vehículo continuaba balanceándose como si estuviera en alta mar. Pero Luis estaba bien anclado. Por fin levantó la vista.

Una mujer le estaba observando.

Parecía completamente calva. Su rostro le recordó a Luis la escultura de alambre del salón de banquetes de la torre del Cielo. Las facciones, y también la expresión. Se la veía serena como una diosa o una muerta. Y Luis sintió ganas de ruborizarse, o esconderse, o desaparecer.

Sin embargo, lo que hizo fue decir:

- Interlocutor, nos están observando. Pásale el mensaje a Nessus.
- Un momento, Luis. Estoy mareado. Cometí el error de mirar cómo trepabas.
- De acuerdo. Es..., me pareció que era calva, pero no lo es. Tiene una estrecha franja de cuero cabelludo que le va de oreja a oreja y confluye en la base del cráneo. Lleva el cabello largo, por debajo del hombro. - No añadió que

tenía el cabello espeso y oscuro, ni que le caía por encima de un hombro cuando se inclinó ligeramente hacia delante para observar a Luis Wu; ni que tenía un cráneo fino y delicado, ni que sus ojos parecían atravesarlo -. Parece ser un Ingeniero; o bien pertenece a la misma raza o bien sigue las mismas costumbres. ¿Has tomado nota de todo?

- Sí. ¿Cómo te las arreglas para trepar así? Parecías desafiar la gravedad. ¿Qué eres tú, Luis?

Sin dejar de aferrarse a su aerocicleta inutilizada, Luis rió.

El esfuerzo le dejó agotado.

- Eres un kdaptista - dijo -. No lo niegues.

- Me educaron en esas creencias, pero no llegaron a arraigar en mí. ¿Has conseguido comunicarte con Nessus?

- Sí. He tocado la sirena.

- Transmítele lo siguiente. Está a unos seis metros de mí. Me está mirando como una serpiente. No quiero decir que sienta un gran interés por mí, pero es lo único que parece interesarle. Parpadea, pero no aparta los ojos ni un momento. Está sentada en una especie de casilla. Tres de las paredes debían ser de vidrio o algo parecido, pero se han esfumado, y sólo quedan un par de escalones y una plataforma. Está sentada con las piernas colgando sobre el borde. Debí de ser un sistema para observar a los prisioneros. Va vestida con un mono abombado que le cubre hasta las rodillas, y con mangas hasta los codos... En fin, no tiene interés para un extraterrestre. El tejido es sintético, sin duda alguna, y o bien es nuevo o se limpia solo y es muy duradero. Está... - Luis interrumpió su descripción porque la chica había dicho algo.

Esperó. Ella repitió sus palabras; una frase corta.

Luego se levantó con gran donaire y subió las escaleras.

- Se ha ido - dijo Luis -. Seguramente he dejado de interesarle.

- Tal vez haya vuelto junto a sus aparatos de escucha.

- Es muy posible que tengas razón.

Si alguien estaba fisgando en sus conversaciones en ese edificio, no costaba adivinar que debía de ser ella.

- Nessus ha dicho que debes enfocar tu linterna de rayos laser con un rayo ancho y de baja intensidad, y dejar que ella te vea usándolo como foco la próxima vez que se presente. Tampoco debo dejarle ver mi desintegrador. Esa mujer podría matarnos con sólo desconectar un interruptor. No debe saber que tenemos armas.

- Entonces, ¿cómo nos desharemos de los fusiles de precisión?

Interlocutor le transmitió la respuesta al cabo de unos segundos.

- No es necesario. Nessus dice que intentará otra cosa. Viene hacia aquí.

El titerote debía de saber lo que se traía entre manos.

Luis se frotó la mejilla contra el fresco y pulido metal.

Se adormeció.

Durante todo ese rato sólo estuvo marginalmente consciente del lugar en que se hallaba. Cuando su aerocicleta se movía o se desplazaba un poco, se despertaba sobresaltado y se agarraba fuertemente al metal con las rodillas y a la tela del globo con los puños. Todo su sueño fue una constante pesadilla.

Por fin un rayo de luz penetró entre sus párpados y en el acto estuvo despierto.

La luz del día se filtraba a través de la hendedura que les había servido de puerta de acceso. En medio del resplandor, vio la aerocicleta de Nessus, boca arriba, al igual que el titerote, el cual se mantenía sujeto a su asiento gracias a una red, en vez de globos antichoque.

La hendedura volvió a cerrarse tras él.

- Bienvenido - dijo Interlocutor, arrastrando las palabras -. ¿Podrías ponerme cabeza arriba?

- Aún no. ¿Ha reaparecido la muchacha?

- No.

- Ya volverá. Los humanos son curiosos, Interlocutor. No creo que haya visto nunca a un miembro de nuestra especie.

- ¿Y qué? Yo lo que quiero es estar cabeza arriba - gimoteó Interlocutor.

El titerote apretó unos cuantos botones en su panel de mandos. Y se produjo un milagro: su aerocicleta dio la vuelta.

Luis sólo pronunció una palabra.

- ¿Cómo?

- Desconecté todo el mecanismo en cuanto advertí que la onda pirata se había apoderado de mis mandos. Si el campo elevador no me hubiera atrapado, aún

me ¿Quedaba tiempo para poner en marcha los motores antes de estrellarme contra el asfalto. En fin - dijo animosamente el titerote -, el próximo paso no será muy difícil. Cuando aparezca la chica, mostraos amistosos. Luis, puedes intentar tener relaciones sexuales con ella si crees que la cosa puede salir bien. Interlocutor, Luis será nuestro amo; nosotros seremos sus servidores. La mujer podría ser xenófoba; la tranquilizará pensar que un ser humano domina a estos seres de otras especies.

Luis incluso logró reír. De un modo u otro, el ligero sueño plagado de pesadillas había logrado relajarlo.

- Dudo mucho que su disposición sea amistosa, y mucho menos seductora. Tú no la has visto. Es tan fría como las cavernas negras de Plutón, al menos por lo que a mí respecta, y la verdad es que no se lo reprocho.

Le había visto vomitar sobre su manga, un espectáculo más bien poco romántico.

- Se sentirá feliz cada vez que nos vea - les aseguró el titerote -. Y dejará de sentirse feliz cuando intente abandonarnos. Si permite que uno de nosotros se aproxime más a ella, su alegría aumentará...

- ¡Claro, nejl!

- ¿Te das cuenta? Estupendo. Además, he estado practicando la lengua del Mundo Anillo. Creo que mi pronunciación es correcta, y también mi gramática. Sólo quisiera comprender el significado de un mayor número de palabras...

Ya hacía rato que Interlocutor había dejado de quejarse. Allí suspendido cabeza abajo sobre una caída mortal, todo lleno de llagas y con una mano quemada hasta el hueso, había estado despotricando contra Luis y Nessus por su impotencia para ayudarlo. Pero llevaba varias horas sin decir nada.

Luis dormitaba en la silenciosa penumbra.

En sueños, oyó un cascabeleo y se despertó.

La chica bajaba las escaleras tintineando. Llevaba cascabeles en las zapatillas. También había cambiado de traje; lucía un vestido de cuello alto, ajustado en el busto y guarnecido con media docena de grandes y abultados bolsillos. Su largo cabello negro le colgaba sobre el pecho por encima de un hombro.

La serena dignidad de su rostro no había cambiado.

Se sentó con los pies colgando sobre el borde de la plataforma y se quedó mirando a Luis Wu. No cambió de posición; ni Luis tampoco. Permanecieron varios minutos mirándose fijamente a los ojos.



Luego, ella metió la mano en uno de sus grandes bolsillos y sacó un objeto del tamaño de un puño y de color naranja. Lo lanzó en dirección a Luis, apuntando de modo que pasase muy cerca de él, a sólo escasos centímetros del alcance de su mano.

Luis logró identificarlo al pasar. Era un abultado y jugoso fruto que había encontrado en unos matorrales hacía un par de días. Había introducido varios de ellos en la ranura de alimentación de su cocinilla, sin probarlos.

El fruto fue a estrellarse contra el techo de una celda donde quedó convertido en una gran mancha roja. De pronto, a Luis empezó a hacérsele agua la boca y fue presa de una terrible sed.

Ella le tiró otro fruto. Esta vez pasó más cerca. Podría haberlo tocado si lo hubiera intentado, pero con ese gesto también hubiera hecho girar la aerocicleta. Y ella lo sabía.

El tercer fruto le dio en el hombro. Luis se agarró al globo con los puños y comenzó a maldecirla por lo bajo.

Entonces apareció la aerocicleta de Nessus.

Y ella sonrió.

El titerote se había escondido detrás del artefacto que parecía un camión. Volvía a estar cabeza abajo y se deslizó oblicuamente hasta la plataforma de vigilancia, como atraído por una corriente inducida fuera de control. Al pasar junto a Luis, le preguntó:

- ¿Crees que podrás seducirla?

Luis soltó un bufido. Luego advirtió que el titerote realmente no tenía intención de burlarse de él, conque respondió:

- Me parece que me considera un animal. Más vale que lo olvides.

- Entonces tendremos que emplear una táctica distinta.

Luis se frotó la frente contra el frío metal. Pocas veces se había sentido tan desgraciado.

- Tú mandas - dijo -. No parece dispuesta a aceptarme como un igual, pero tal vez tú tengas más suerte. No te verá como un competidor; eres demasiado distinto.

El titerote ya le había sobrepasado. De pronto comenzó a decir algo en una lengua que a Luis le recordó la del sacerdote que dirigía el coro: la lengua sagrada de los Ingenieros.

La muchacha no respondió. Pero... aunque no podía decirse que estuviera exactamente sonriendo, las comisuras de la boca parecían haberse curvado ligeramente hacia arriba y sus ojos revelaban mayor animación.

Nessus debía de haber utilizado el tasp a baja intensidad. Muy baja.

Volvió a hablar, y esta vez ella le respondió. Tenía una voz fresca y musical, y aunque a Luis Wu le pareció imperiosa, estaba predispuesto a descubrir esa cualidad en ella.

El titerote comenzó a hablar en un tono idéntico al de la muchacha.

A continuación se desarrolló una especie de clase de idiomas.

A Luis Wu, en incómodo equilibrio sobre un mortal precipicio, no podía dejar de resultarle aburrida. De vez en cuando lograba entender una que otra palabra. Y, llegados a cierto punto, ella le tiró a Nessus una de esas frutas del tamaño de un puño y color naranja y determinaron que era un trumb. Luego, Nessus se la guardó.

De pronto, ella se levantó y se marchó sin decir palabra.

- ¿Y bien? - dijo Luis.

- Debe de haberse cansado - dijo Nessus -. Se ha ido de pronto, sin explicaciones.

- Me estoy muriendo de sed. ¿Podrías darme ese trumb?

- Trumb es el color de la piel, Luis. - Acercó su aerocicleta a la de Luis y le tendió la fruta.

Luis no soltó más que una mano. Ello significaba que tendría que morder la gruesa piel y arrancarla con los dientes. Por fin logró llegar al verdadero fruto y le dio un mordisco. Era lo mejor que había probado en doscientos años.

Cuando casi había terminado de comer la fruta, preguntó:

- ¿Regresará?

- Confío que sí. Le apliqué el tasp a baja intensidad de modo que se vea afectada a nivel subconsciente. No lo percibirá. El atractivo aumentará cada vez que me vea. Luis, ¿no sería mejor que la hiciéramos enamorarse de ti?

- Olvídate de eso. Cree que soy un nativo, un salvaje. Lo cual nos lleva a la próxima pregunta: ¿qué es ella?

- No sabría decírtelo. No intentó ocultarlo, pero tampoco me lo reveló. No conozco suficientemente su lengua.

## 20. Carne

Nessus había aterrizado en el fondo y estaba explorando las penumbras. Fuera del circuito del intercom, Luis intentó observar lo que hacía el titerote. Por fin, renunció a sus propósitos.

Mucho después oyó como un ruido de pasos. Esta vez sin campanillas.

Hizo una bocina con la mano y gritó hacia abajo:

- ¡Nessus!

El sonido rebotó en las paredes y se concentró con horrible estrépito en el vértice del cono, El titerote se puso en movimiento de un salto, corrió a su aerocicleta y emprendió el vuelo. Lo más probable es que más bien se limitara a desprenderse del suelo. Sin duda había dejado el motor en marcha para mantener el vehículo ahí abajo contra los efectos del campo magnético que les tenía atrapados. Ahora, lo único que tuvo que hacer fue parar el motor.

Se había situado otra vez entre el metal suspendido, cuando los pasos se detuvieron en algún lugar sobre sus cabezas.

- ¿Qué nej estará haciendo? - susurró Luis.

- Ten paciencia. No puedes esperar que ya esté condicionada tras sólo una sesión de tarp a baja intensidad.

- A ver si consigues meterte esto en tus duras cabezotas vacías. ¡No puedo conservar el equilibrio indefinidamente!

- Es preciso. ¿Puedo hacer algo por ti?

- Agua - dijo Luis, con una lengua que le daba la sensación de tener tres metros de franela enrollados en la boca.

- ¿Tienes sed? Pero ¿cómo me las arreglaré para darte de beber? Si vuelves la cabeza podrías perder el equilibrio.

- Lo sé. Déjalo correr. - Luis se encogió de hombros. Era curioso que Luis Wu, el viajero espacial, tuviera tanto vértigo -. ¿Cómo está Interlocutor?

- Me tiene preocupado, Luis. Lleva mucho tiempo sin sentido.

- Nej, nej...

Pasos.

Cambiar de traje debía de ser su obsesión, pensó Luis. Ahora llevaba un conjunto formado por una serie de pliegues verdes y naranja superpuestos. Al igual que las ropas que luciera antes, ocultaba por completo su figura.

Se arrodilló al borde de la plataforma de observación y se les quedó mirando impasible. Luis se agarró a su salvavidas de metal y esperó el curso de los acontecimientos.

Advirtió que su expresión comenzaba a suavizarse. Sus ojos adquirieron un aire soñador, las comisuras de la boca se curvaron ligeramente hacia arriba.

Nessus comenzó a hablar.

La muchacha pareció pensárselo un momento. Luego dijo algo que podría haber sido una respuesta.

Después se marchó.

- ¿Y bien?

- Ya veremos.

- Estoy tan cansado de esperar.

De pronto la aerocicleta comenzó a deslizarse hacia arriba. Hacia arriba y hacia delante. Rebotó contra el borde de la plataforma de vigilancia como un bote de remos al atracar.

Nessus puso grácilmente pie en tierra.

La muchacha acudió a saludarle. Lo que llevaba en la mano izquierda tenía que ser un arma. Tendió la otra mano hacia la cabeza del titerote, titubeó un instante y luego comenzó a acariciarle la espina dorsal secundaria con las uñas.

Nessus emitió un suspiro de placer.

La muchacha dio media vuelta y comenzó a subir. No se volvió ni una vez. Parecía perfectamente segura de que Nessus la seguiría como un perro; y así fue.

«Muy bien - pensó Luis -. Muéstrate sumiso. Haz que confíe en ti.»

El conjunto de celdas quedó silencioso como una enorme tumba, una vez se desvanecieron sus pasos mal acompasados.

Interlocutor estaba a unos diez metros de él, en el otro extremo de ese mar de los Sargazos de metal. Cuatro dedos negros acolchados y un trocito de rostro anaranjado era todo lo que asomaba de su persona entre los verdes globos antichoque. Luis no podía aproximarse a él de ningún modo. Tal vez el kzin ya hubiera muerto.

Entre los huesos blancos dispersos en el fondo se distinguían al menos una docena de calaveras. Huesos y vetustez, y metal aherrumbrado, y silencio. Luis Wu se aferró a su aerocicleta y esperó ver flaquear sus fuerzas de un momento a otro.

No transcurrieron muchos minutos, cuando en medio de su modorra percibió un cambio. Su punto de equilibrio se había desplazado.

La vida de Luis dependía de su habilidad para mantener el equilibrio. El desconcierto momentáneo le dejó rígido de terror. Comenzó a mirar frenéticamente a su alrededor, moviendo Sólo los ojos.

Seguía rodeado de vehículos de metal, inmóviles. Pero algo se estaba moviendo.

Un coche situado a bastante distancia de él, comenzó a chirriar como metal al desgarrarse, y de pronto subió un poco.

¿Qué?

No. Había aterrizado sobre el anillo superior de celdas. Todo el mar de los Sargazos había comenzado a hundirse uniformemente a través del espacio.

Uno a uno, los coches y las cápsulas volantes fueron aterrizando ruidosamente y quedaron atrás.

La aerocicleta de Luis chocó contra el hormigón con una sacudida, comenzó a girar en medio del torbellino de fuerzas electromagnéticas, y por fin dio la vuelta completa. Luis se soltó y se dejó rodar lejos del vehículo.

En el acto, intentó ponerse en pie. Pero no podía mantener el equilibrio; le era imposible permanecer erguido. Tenía las manos agarrotadas, retorcidas de dolor, inutilizadas. Se quedó ahí tendido de costado, jadeando, mientras reflexionaba que tal vez ya fuera demasiado tarde. Interlocutor ya debía de haber quedado sepultado bajo su aerocicleta.

No le costó localizar el vehículo del kzin, fácilmente identificable. Interlocutor estaba allí... y no había quedado aprisionado debajo de la aerocicleta. Debía de haber quedado debajo, pero luego el vehículo se tumbó de lado; además, hasta cierto punto los globos debían de haberle protegido.

Luis se le acercó a rastras.

El kzin estaba vivo y respiraba, pero seguía inconsciente. El peso de la aerocicleta no le había roto el cuello, posiblemente porque en realidad no tenía un verdadero cuello. Luis agarró la linterna de rayos laser de su cinturón y empleó el afilado rayo verde para desembarazar a Interlocutor de sus globos.

¿Y ahora qué?

Luis se estaba muriendo de sed.

La cabeza ya no parecía darle vueltas. Se levantó, con las piernas temblorosas, y salió en busca de la única fuente de agua potable en funcionamiento que conocía.

El bloque celular era un conjunto de salientes circulares concéntricas, cada uno de los cuales correspondía al techo de un anillo de celdas. Interlocutor había aterrizado en el cuarto círculo contando a partir del centro.

Luis encontró una aerocicleta envuelta en los jirones de un globo antichoques. Un piso más abajo y al otro lado de la fosa central, había otra, equipada con un asiento humano. La tercera...

La aerocicleta de Nessus había ido a parar en el piso inmediatamente inferior al de Interlocutor.

Luis descendió hasta ella. Los pies parecían a punto de hundirse bajo su peso a cada peldaño. Tenía los músculos demasiado fatigados para absorber el impacto.

Meneó la cabeza al ver el panel de mandos. ¡Nadie le robaría la aerocicleta a Nessus! Los mandos eran increíblemente crípticos. Sin embargo, consiguió identificar la espita del agua.

El agua estaba caliente e insípida como si fuese agua destilada, pero le supo a gloria.

Una vez saciada su sed, Luis probó un bloque alimenticio de la ranura de la cocinilla. Tenía un sabor muy extraño. Luis decidió no comérselo de momento. Tal vez contuviera aditivos venenosos para el metabolismo humano. Sería mejor preguntárselo a Nessus.

Le llevó agua a Interlocutor en su zapato, el primer recipiente que encontró a mano. La dejó caer en la boca del kzin, que se le tragó en sueños y sonrió. Luis fue a buscar más y se desplomó sin fuerzas antes de conseguir llegar al vehículo del titerote.

Conque se hizo un ovillo sobre el plástico liso de la construcción y cerró los ojos.

A salvo. Estaba a salvo.

Debía haberse dormido al instante, vistas las circunstancias. Pero algo seguía inquietándole. Los músculos sobrefatigados, calambres en las manos y los muslos, el miedo a caerse que aún no le había abandonado... y algo más...

Se incorporó.

- No es justo - masculló.

¿Interlocutor?

El kzin dormía hecho un ovillo, con las orejas aplastadas sobre la cabeza y el desintegrador apretado contra el vientre, de modo que sólo asomaba la doble boca del cañón. Su respiración era regular, pero muy acelerada. ¿Sería normal?

Nessus lo sabría. Mientras tanto, lo mejor sería dejarle dormir.

- No es justo - repitió Luis, en un susurro.

Estaba solo y se sentía solitario, sin la ventaja de hallarse en uno de sus viajes sabáticos. Era responsable del bienestar de otros. Su propia vida y su salud dependían del éxito de Nessus en engatusar a esa loca medio calva que les tenía prisioneros. No era de extrañar que no pudiera dormir.

Sin embargo...

Sus ojos la localizaron y se quedaron helados. Ahí estaba su aerocicleta.

Su aerocicleta con los globos reventados colgando, y a su lado tenía la aerocicleta de Nessus, y la de Interlocutor había quedado tirada junto a él, y luego ahí estaba la aerocicleta con el asiento adecuado para un humano y sin globos antichoque.

Cuatro aerocicletas.

La primera vez, en su desesperación por conseguir agua, no había advertido las aplicaciones de este hecho. Ahora... la aerocicleta de Teela. Debía de haber estado oculta tras uno de los vehículos mayores. Y no tenía globos antichoque.

Teela debía de haberse caído en cuanto la aerocicleta giró sobre sí.

O también podía haber salido despedida al desgarrársele la envoltura sónica cuando avanzaba a una velocidad de 2 Mach. ¿Qué había dicho Nessus? «Es evidente que su suerte es voluble.» E Interlocutor: «Si la suerte le hubiera fallado una sola vez, estaría muerta».

Estaba muerta. Tenía que estarlo. «Me embarqué contigo, porque te quiero.»

- Mala suerte - dijo Luis Wu -. Tuviste mala suerte al conocerme.

Se acurrucó sobre el cemento y se durmió.

Mucho más tarde, despertó sobresaltado y se encontró con la mirada de Interlocutor-de-Animales justo encima de su rostro. Sus ojos resultaban doblemente saltones en medio del extravagante antifaz anaranjado, y parecían relamerse...

- ¿Puedes comer los alimentos del herbívoro? - preguntó Interlocutor. Y luego añadió -: Creo que soy el único de los tres que no tiene reservas de comida.

Esos ojos que parecían relamerse... a Luis se le erizaron los pelos de la nuca. Procurando que no le temblara la voz dijo:

- Sabes perfectamente que dispones de una reserva de comida. La cuestión es saber si recurrirás a ella.

- Desde luego que no, Luis. Si el honor me obliga a morir de hambre a dos pasos de la carne, moriré de hambre sin rechistar.

- Así me gusta. - Luis dio media vuelta y fingió que volvía a dormirse.

Y cuando se despertó, al cabo de unas horas, comprendió que había dormido. Su subconsciente, decidió, debía confiar plenamente en la palabra del kzin. Si él kzin decía que prefería morir de hambre, ello significaba que se moriría de hambre.

Tenía la vejiga llena y un ligero hedor le llenaba la nariz, y los músculos continuaban doloridos. La fosa resolvió el primer problema, y luego tomó agua de la aerocicleta del titerote para lavarse los restos de vómito que le habían quedado adheridos a la manga. Luego, Luis bajó cojeando un tramo de escaleras hasta su propia aerocicleta y sacó el botiquín de primeros auxilios.

Pero ese botiquín no era simplemente una caja de medicamentos; los dosificaba según receta y efectuaba sus propios diagnósticos. Un mecanismo complejo, y los fusiles automáticos lo habían destrozado.

La luz comenzó a hacerse más débil.

Las celdas tenían puertas en forma de escotilla en el techo, y pequeños paneles transparentes junto a las puertas. Luis se tendió boca abajo para espiar el interior de una celda. Una cama, un lavabo de curiosa forma, y... la luz del día que entraba por una ventana panorámica.

- ¡Interlocutor! - llamó Luis.

Se abrieron paso con el desintegrador. La ventana panorámica era grande y rectangular, un extraño lujo en una celda de una prisión. El cristal había desaparecido, a excepción de algunos trozos dentados y afilados en los bordes.



¿Ventanas para atormentar al prisionero con la visión de la libertad?

La ventana miraba hacia babor. Sólo la mitad del panorama estaba iluminado por la luz del día; la sombra del terminátor se aproximaba desde giro, como una negra cortina. Ante sus ojos se extendía el puerto: construcciones cúbicas que debían de ser almacenes, muelles en estado de putrefacción, grúas de un diseño elegantemente estilizado, y un enorme barco en un dique seco. Todo reducido a esqueletos rojos de orín.

A izquierda y a derecha se extendía una larguísima y retorcida costa. Un tramo de playa, luego una hilera de muelles, seguida de otro tramo de playa... La costa ya debía de haber sido construida siguiendo ese trazado, un trecho de playa poco profunda como Waikiki, luego aguas profundas que acababan en una costa recta, perfecta para la construcción de un puerto, luego otro trecho de playa poco profunda.

Y a lo lejos, el océano. Parecía extenderse eternamente, hasta desaparecer en el horizonte-infinito. No ocurría lo mismo si uno intentaba mirar la superficie del Atlántico...

El anochecer llegó como un telón, que iba avanzando de derecha a izquierda. Las luces que aún se conservaban en el Centro Cívico parecieron brillar con mayor intensidad, mientras la ciudad, el muelle y el océano quedaban sumergidos en la penumbra. Hacia antigiro seguía luciendo la dorada luz del día.

E Interlocutor se había apoderado del lecho ovalado de la celda.

Luis sonrió. El guerrero kzin tenía un aspecto sumamente plácido. Debía de estar recuperándose de sus heridas. Las quemaduras debían de haberle debilitado. ¿O sería más bien una forma de olvidar el hambre que le atenazaba?

Luis le dejó solo.

En la semioscuridad de la cárcel logró localizar la aerocicleta de Nessus. Estaba tan hambriento que se zampó un bloque alimenticio destinado a las tripas de un titerote, sin prestar mayor atención al curioso sabor. La oscuridad comenzaba a molestarle, conque encendió los faros de la aerocicleta del titerote y luego salió en busca de las demás para encender también los faros. Cuando terminó esta operación, el lugar quedó bastante iluminado y lleno de complicadas e inquietantes sombras.

¿Por qué tardaría tanto Nessus?

La vieja cárcel flotante no era un lugar demasiado divertido. Las horas que uno podía pasar dormido tenían un límite y Luis ya había cubierto su cupo, y las horas que uno podía pasar preguntándose qué nejj estaría haciendo el titerote

ahí arriba también tenían su límite, después uno ya empezaba a pensar que tal vez le estaría haciendo una mala jugada.

Al fin y al cabo, Nessus no era simplemente un extraterrestre. Era un titerote de Pierson con un largo historial en la manipulación de seres humanos para servir a sus propios fines.

Si conseguía llegar a un acuerdo con un (supuesto) Ingeniero del Mundo Anillo, sería perfectamente capaz de abandonar a Luis e Interlocutor en el acto, sin pensárselo dos veces. A un titerote nada le impediría proceder así.

Y había dos buenas razones que podían aconsejar ese comportamiento.

Casi con toda certeza, Interlocutor-de-Animales haría aún un último intento desesperado de arrebatarse el «Tiro Largo» a Luis Wu, a fin de garantizar a los kzinti la exclusiva del hiperreactor de quantum 11. El titerote podría resultar herido en la consiguiente batalla. Luego, sería más seguro abandonar a Interlocutor ya... y también a Luis Wu, pues probablemente se opondría a semejante traición.

Además, ambos sabían demasiado. Una vez muerta Teela, sólo Interlocutor y Luis conocían los experimentos de los titerotes en el campo de la evolución controlada. El señuelo para atraer vástagos de las estrellas, las Leyes de Procreación... si Nessus tenía órdenes de revelar esa información, a fin de observar las reacciones de sus compañeros de equipo, seguramente también tenía órdenes de abandonarlos al llegar a cierto punto del viaje.

La idea ni siquiera era nueva. En este sentido, Luis se había mantenido al acecho de cualquier acción desde que Nessus admitió haber atraído una nave Forastera hasta Procyon gracias al señuelo de vástagos de las estrellas. Y su paranoia estaba justificada en cierto sentido. Pero, ¿qué nej podía hacer para evitarlo?

Para no volverse loco, Luis se introdujo en otra celda. Desgajó lo que imaginaba eran cerrojos aplicándoles su linterna de rayos laser con el haz muy concentrado y a gran intensidad, y a la cuarta tentativa logró abrir la puerta.

Un terrible hedor comenzó a llenarle las narices. Luis contuvo la respiración e introdujo la cabeza y la linterna de rayos laser en la celda el tiempo suficiente para descubrir la causa de ese olor. Alguien había muerto allí dentro, cuando ya se había desconectado la ventilación. El cadáver estaba apoyado contra la ventana panorámica con un pesado jarrón en la mano. El jarrón estaba roto. Y la ventana seguía intacta.

La celda contigua estaba vacía. Luis tomó posesión de ella.

Había cruzado al otro lado de la fosa en busca de una celda que diera a estribor. Enfrente podía ver el huracán horizontal. Tenía unas dimensiones respetables, teniendo en cuenta que quedaba a unos cuarenta mil kilómetros de allí. Un gran ojo azul Pensativo.

En la dirección de giro se divisaba un edificio flotante, alto y estrecho, del tamaño de una nave especial de pasajeros. Luis soñó por un momento que era una nave especial, ahí escondida con gran disimulo, y que para salir del Mundo Anillo les bastaba...

El pasatiempo duró poco. Luis se entrenó a memorizar el plano de la ciudad. Podría ser importante. Era el primer lugar que habían encontrado donde aún quedaba algún rastro de una civilización todavía activa.

Aproximadamente una hora más tarde decidió tomarse un descanso. Se sentó en el sucio camastro ovalado y se quedó mirando el Ojo, y... más allá del Ojo, bastante desplazado hacia un lado, divisó un minúsculo triángulo de un intenso pardo-grisáceo.

El triángulo apenas tenía el tamaño suficiente para que resultara visible su forma de tal. Se apoyaba directamente sobre el caos blanco-grisáceo del horizonte-infinito. Lo cual significaba que allí era aún de día... a pesar de que su ventana miraba casi directamente a estribor...

Luis salió en busca de sus prismáticos.

A través de ellos pudo distinguir cada detalle con la misma claridad y nitidez que los cráteres de la Luna. Un triángulo irregular, pardo-rojizo cerca de la base, con el brillo de la nieve sucia en las proximidades de la cúspide... El Puño-de-Dios. Debía ser muchísimo más grande de lo que había supuesto. Para resultar visible desde tan lejos, la mayor parte de la montaña debía sobresalir por encima de la atmósfera.

La flotilla de aerocicletas debía de haber volado unos doscientos cincuenta mil kilómetros desde el lugar del accidente. El Puño-de-Dios tenía que tener al menos unos mil quinientos kilómetros de altura.

Luis soltó un silbido. Volvió a enfocar los prismáticos.

Mientras permanecía ahí sentado en la oscuridad, Luis comenzó a advertir poco a poco algún ruido sobre su cabeza.

Asomó la cabeza por la trampilla de la celda.

- ¡Hola, Luis! - rugió Interlocutor-de-Animales, que agitaba los rojos despojos crudos y semidevorados de algo que debía tener aproximadamente el tamaño de una cabra. El kzin arrancó un trozo del tamaño de un buen bistec, y luego otro, y otro. Sus dientes estaban diseñados para desgarrar, no para masticar.

Se agachó para coger una pierna ensangrentada aún con el casco y la piel.

- ¡Te hemos guardado un poco, Luis! Lleva varias horas muerto, pero no tiene importancia. Debemos darnos prisa. Al herbívoro le molesta vernos comer. Ahora está gozando del panorama que se divisa desde mi celda.

- Espera a que vea el de mi ventana - dijo Luis -. Nos habíamos equivocado respecto al Puño-de-Dios, Interlocutor. Tiene al menos mil quinientos kilómetros de altura. La cumbre no está cubierta de nieve, es...

- ¡Luis! ¡Come!

Luis descubrió que se le estaba haciendo agua la boca.

- Tiene que haber alguna manera de asar esta cosa...

No se equivocaba. Le pidió a Interlocutor que le arrancara la piel, luego insertó el casco de la bestia en un peldaño roto, se apartó un poco y asó la carne con el rayo laser a elevada intensidad y con el foco muy abierto.

- La carne no está fresca - comentó Interlocutor algo escéptico -, pero no creo que la cremación solucione el problema.

- ¿Cómo le ha ido a Nessus? ¿Sigue siendo un prisionero, o controla la situación?

- La controla a medias, diría yo. Mira ahí arriba.

La navegante espacial parecía una pequeña figurita de juguete sentada en la plataforma de observación, con los pies colgando sobre el vacío, y el rostro y el cráneo blancos que se hicieron visibles cuando se inclinó a mirarlos.

- ¿Te das cuenta? No le pierde de vista ni un momento.

Luis decidió que la carne ya debía estar lista. Advirtió la impaciencia de Interlocutor ante su forma de comer, ante la manera que tenía Luis Wu de masticar lentamente cada trocito. Sin embargo, a Luis le parecía estar devorando como una fiera. Tenía hambre.

En atención al titerote, arrojaron los huesos sobre la ciudad, por la ventana rota. Luego, todos se reunieron en torno a la aerocicleta del titerote.

- Está parcialmente condicionada - dijo Nessus. Le costaba respirar, tal vez a causa del olor a carne cruda y chamuscada -. He logrado sonsacarle bastante información sobre su persona.

- ¿Sabes por qué nos ha metido en esta ratonera?

- Sí, y muchas cosas más. Estamos de suerte. Es una exploradora espacial, tripulante de una nave dragadora.

- ¡Caramba! - exclamó Luis Wu.

## 21. La muchacha que llegó del exterior

Se llamaba Halrloprillalar Hotrufan. Había estado viajando en la nave... «Pionero», la bautizó Nessus tras un breve titubeo... durante doscientos años.

El «Pionero» recorría un circuito de veinticuatro años de duración en el curso del cual visitaba cuatro soles y sus sistemas: cinco mundos con atmósfera de oxígeno y el Mundo Anillo. El «año» que empleaban en sus cálculos era una medida tradicional sin relación alguna con el Mundo Anillo. Tal vez correspondiera a la órbita solar de uno de los mundos abandonados.

Dos de los cinco mundos que el «Pionero» visitaba en su recorrido habían estado densamente poblados antes de ser construido el Mundo Anillo. Ahora estaban abandonados al igual que los demás, cubiertos de vegetación espontánea y de ruinas de las antiguas ciudades.

Halrloprillalar había cubierto ocho veces el circuito completo. Sabía que en esos mundos crecían plantas o animales que no se habían adaptado al Mundo Anillo en ausencia de un ciclo de estaciones. Halrloprillalar no sabía ni le importaba nada más.

Su trabajo no tenía ninguna relación con los cargamentos que transportaban

- Tampoco se ocupaba de los motores ni del sistema de supervivencia. No he logrado averiguar exactamente qué hacía - dijo Nessus -. El «Pionero» llevaba una tripulación de treinta y seis personas. Sin duda algunos realizaban tareas accesorias. No creo que la chica fuese imprescindible para la nave o para el bienestar de la tripulación. No parece ser una lumbrera, Luis.

- ¿Le has preguntado cuál era la relación entre los sexos en la tripulación? ¿Cuántos de esos treinta y seis eran mujeres?

- Ella misma me lo ha dicho. Tres.

- Entonces, no hace falta averiguar su profesión.

Doscientos años de viajes, seguridad, aventura. Luego, al término de la octava travesía de Halrloprillalar, el Mundo Anillo no respondió a la señal del «Pionero».

El cañón electromagnético no funcionaba.

Según todos los indicios que pudieron obtener a través de sus telescopios, no había señales de actividad en ningún espaciopuerto.

Los cinco mundos incluidos en el circuito del «Pionero» no estaban equipados con cañones electromagnéticos para desacelerar. En consecuencia, la nave iba provista de combustible desacelerador, condensado durante la travesía a partir del hidrógeno interestelar. La nave podía aterrizar... pero ¿dónde?

No en el Mundo Anillo. Los proyectiles antimeteoritos les harían trizas.

No habían recibido autorización para aterrizar en la plataforma del espaciopuerto. Algo ocurría allí.

¿Regresar a uno de los mundos de origen abandonados? Ello equivaldría a colonizar de nuevo un mundo, a partir de un grupo de treinta y tres hombres y tres mujeres.

- La rutina les había hecho poco audaces, no estaban en condiciones de tomar una decisión de tal envergadura. Fueron presa del pánico - siguió explicando Nessus -. Se amotinaron. El piloto del «Pionero» logró encerrarse en la sala de mandos el tiempo suficiente para hacer aterrizar la nave en la plataforma del espaciopuerto. Le asesinaron por esta osadía, por haber puesto en peligro la nave y sus propias vidas, según dijo Halrloprillalar. Aunque sospecho que le asesinaron por no respetar la tradición, por aterrizar empleando los cohetes y sin contar con autorización formal para ello.

Luis advirtió que alguien le miraba. Levantó la vista.

La navegante espacial seguía observándoles. Y Nessus tampoco le quitaba ojo de encima con una cabeza, la izquierda.

Con que ahí tenía el tasp. Y por eso Nessus no había dejado de mirar hacia arriba. Ella no quería perder a Nessus de vista y éste no se atrevía a dejarla libre del embrujo del tasp.

- Después de matar al piloto, abandonaron la nave - prosiguió Nessus -. Entonces descubrieron el terrible daño que les había causado el piloto. El cziltang brone estaba inerte, estropeado. Habían quedado varados en el lado opuesto de un muro de más de mil kilómetros de altura.

- Desconozco la expresión equivalente de cziltang brone en intermundo o en la Lengua del Héroe. Sólo puedo explicaros cómo actúa. Y su acción es de vital interés para nosotros.

- Sigue - dijo Luis Wu.

Los Ingenieros que construyeron el Mundo Anillo lo habían proyectado en previsión de cualquier posible fallo. En muchos aspectos, parecían haberse anticipado a la decadencia de la civilización, la habían planificado, como si los ciclos de cultura y barbarie formasen parte del destino natural del hombre. La

compleja estructura del Mundo Anillo no dejaría de funcionar por falta de cuidados. Los descendientes de los Ingenieros podrían olvidar los detalles del mantenimiento de las compuertas y los cañones electromagnéticos, podrían perder el arte de trasladar mundos y construir coches voladores; la civilización podría morir, pero el Mundo Anillo no correría igual suerte.

Las defensas antimeteoritos, por ejemplo, eran tan absolutamente infalibles que a Halrloprillalar...

- Llámala Prill - sugirió Luis.

- ...que a Prill y su grupo ni se les ocurrió pensar que pudieran haber dejado de funcionar.

Pero ¿y el espaciopuerto? ¿Hasta qué punto podía ser infalible, con la posibilidad de que algún idiota se dejara abiertos los dos portillos de la compuerta?

¡No había compuertas! Las habían sustituido por el cziltang brone. Esa máquina proyectaba un campo de fuerzas por efecto del cual la estructura base del Anillo, y por tanto también del muro exterior, se hacía permeable a la materia. Se mantenía una cierta resistencia. Mientras el cziltang brone estaba en funcionamiento...

- Un generador de ósmosis - sugirió Luis.

- Tal vez. Tengo la sospecha de que brone es una forma corrompida, posiblemente de carácter obsceno.

...mientras funcionaba el generador de ósmosis se perdería un poco de aire, aunque muy lentamente. Los hombres debían abrirse paso vestidos con trajes de presión, pues tenían que avanzar contra la corriente de aire. Las máquinas y las grandes masas eran arrastradas al otro lado por medio de tractores.

- ¿Y los depósitos de aire respirable? - preguntó Interlocutor.

¡Lo elaboraban fuera, con los transmutadores!

Sí, en el Mundo Anillo disponían de un método económico de transmutación. El procedimiento sólo resultaba barato para grandes cantidades, y también tenía otras limitaciones. La máquina en sí era gigantesca. Sólo servía para transmutar un elemento en otro elemento. Los dos transmutadores del espaciopuerto transformaban el plomo en nitrógeno y oxígeno; el plomo era fácil de almacenar y de transportar a través del muro exterior.

Los generadores de ósmosis eran aparatos a toda prueba. Si se estropea una compuerta, puede perderse un verdadero huracán de aire respirable. Sin embargo, una avería en el cziltang brone no podía tener mayores consecuencias que cerrar la compuerta al espacio... y, de paso, también a los navegantes espaciales que pudieran regresar después.

- Y también a nosotros - dijo Interlocutor.

- No te precipites - le aconsejó Luis -. Todo parece sugerir que el generador de ósmosis es exactamente lo que necesitamos para regresar a casa. No sería necesario desplazar el «Embustero». Bastaría con apuntar el cziltang brone... - Lo pronunció aspirando la primera sílaba - ...sobre la base del Anillo, justo debajo del «Embustero», y la nave se hundiría como si estuviese sobre arenas movedizas, para volver a salir a flote al otro lado.

- Y quedar atrapada en la espuma del amortiguador antimeteoritos - replicó el kzin. Luego añadió -: Rectifico. El desintegrador puede resultarnos útil en esta fase.

- Exactamente - dijo Nessus Por desgracia, no podemos disponer de ningún cziltang brone.

- Ella está aquí. ¡Debió atravesar el muro de alguna manera!

- Sí...

Los especialistas en magnetohidrodinámica prácticamente habían tenido que aprender una nueva profesión antes de poder empezar a reparar el cziltang brone. Ello les llevó varios años. El aparato se había detenido en pleno funcionamiento: la mitad estaba retorcida Y la otra mitad se había fundido.. Tuvieron que hacer varias piezas completamente nuevas; se vieron obligados a recalibrar y a emplear elementos que sabían que no resistirían, pero con tal aguantasen el tiempo suficiente...

Durante los trabajos se produjo un accidente. Un rayo osmático, modificado por una graduación defectuosa, atravesó el «Pionero». Dos tripulantes murieron hundidos hasta la cintura en una plataforma de metal, y otros diecisiete sufrieron parálisis cerebral permanente además de otras heridas a resultas de las cuales ciertas membranas permeables se hicieron demasiado permeables.

Pero los diecisiete restantes consiguieron pasar al otro lado. Se llevaron los idiotas consigo. Y también el cziltang brone, por si el Mundo Anillo resultaba demasiado inhóspito.

Se encontraron rodeados de barbarie, sólo barbarie.

Años más tarde, unos cuantos intentaron regresar por donde habían venido.

El cziltang brone se estropeó en medio de la operación y cuatro de ellos quedaron atrapados en el muro exterior. Y ahí acabó todo. A esas alturas ya sabían que sería imposible encontrar piezas de recambio en el Mundo Anillo.



- No comprendo cómo pudieron caer tan rápidamente en la barbarie - dijo Luis -  
- ¿Has dicho que el «Pionero» tardaba veinticuatro años en recorrer su  
circuito?

- Veinticuatro años en unidades de la nave, Luis.

- ¡Oh! Eso cambia las cosas.

- Sin duda. Para una nave que se desplace con una tracción igual a una  
gravedad del Mundo Anillo, las estrellas tienden a estar situadas a una  
distancia de tres a seis años. Las verdaderas distancias eran grandes. Prill  
habla de una región abandonada unos doscientos años luz más próxima al  
plano galáctico, en una zona donde se encuentran tres soles muy juntos,  
situados sólo a unos diez años luz uno de otro.

- Doscientos años luz... ¿Crees que debe ser una zona próxima al espacio  
humano?

- Tal vez esté en el mismo espacio humano. En general, los planetas con  
atmósfera de oxígeno no suelen estar tan próximos como ocurre en los  
alrededores de Sol. Halrloprillalar dice que en el Mundo Anillo se aplicaron  
técnicas de terraformación a largo plazo. Las técnicas eran demasiado lentas.  
Los humanos, impacientes, las abandonaron antes de que pudieran surtir todos  
sus efectos.

- Ello explicaría muchas cosas. Aunque... No, no tiene importancia.

- ¿Primates, Luis? Existen pruebas suficientes de que tu especie evolucionó  
sobre la Tierra. Pero la Tierra podría haber constituido una buena base para un  
proyecto de terraformación de mundos situados en sistemas próximos a tu  
planeta. Los ingenieros podrían haberse traído animales domésticos y criados.

- ¿Como por ejemplo monos y simios y hombres de Neanderthal...? - Luis hizo  
un gesto como si quisiera cortar el aire con la mano -. No son más que  
especulaciones. Y tampoco nos interesa.

- No lo discuto. - El titerote comenzó a masticar un bloque de verduras mientras  
seguía hablando -. El circuito que seguía el «Pionero» cubría una distancia de  
más de trescientos años luz. En el curso de un viaje podían producirse  
importantes cambios, si bien éstos eran raros. Los congéneres de Prill poseían  
un sistema social muy estable.

- ¿Cómo estaba tan segura de que todo el Mundo Anillo había quedado sumido  
en la barbarie? ¿Exploraron mucho?

- Muy poco, aunque lo suficiente. Prill tiene razón. Es imposible reparar el  
cziltang brone. El Mundo Anillo debe de ser enteramente bárbaro a estas  
horas.

- ¿Por qué?

- Prill intentó explicarme lo ocurrido, tal como se lo había explicado a ella otro miembro de su grupo. Había simplificado mucho el proceso, como es lógico. Es posible que todo comenzase varios años antes de que el «Pionero» iniciara su última travesía...

Los mundos habitados eran diez. Cuando el Mundo Anillo estuvo terminado, los diez fueron abandonados a su destino y continuaron evolucionando sin ayuda del hombre.

Imaginad un mundo en esas condiciones:

El terreno está cubierto de ciudades en todas las fases de desarrollo. Es posible que los barrios de barracas hubieran quedado superados, sin embargo aún debían de quedar barracas en algún lugar, aunque sólo fuese como reliquias históricas. El lugar está lleno de todo tipo de subproductos de la civilización: recipientes vacíos, máquinas estropeadas, libros o películas o pergaminos en mal estado, todo lo que no puede ser reaprovechado o reconvertido de un modo económico, y muchas cosas que aún podrían ser útiles. Los mares han servido de vertederos de basuras durante cientos de miles de años. En cierto período, también tiraron subproductos radiactivos del proceso de fisión.

¿Es de extrañar que la vida marina evolucione a fin de adaptarse a las nuevas condiciones?

¿Es de extrañar que aparezcan nuevas formas de vida capaces de alimentarse de esos desechos?

- En la Tierra ocurrió una vez algo parecido - dijo Luis Wu -. Un hongo que se alimentaba de polietileno. Comenzó a devorar las bolsas de plástico en las repisas de los supermercados. Ya se ha extinguido. Tuvimos que dejar de emplear el polietileno.

Imaginad diez mundos en esas condiciones.

Deben haber ido evolucionando bacterias capaces de alimentarse de compuestos de cinc, de plásticos, de pinturas, de material aislante y de basuras. La cosa no hubiera tenido importancia de no ser por las naves.

Estas continuaban visitando regularmente los viejos mundos, en busca de formas de vida olvidadas o que no se habían adaptado al Mundo Anillo. También se llevaban otras cosas: souvenirs, obras de arte olvidadas o simplemente dejadas para una posterior ocasión. Aún estaban trasladando los museos, pues en cada viaje sólo transportaban unas pocas piezas de incalculable valor.

Una de las naves trajo consigo un hongo capaz de descomponer la estructura de un superconductor a temperatura ambiente, que había sido muy utilizado en la maquinaria complicada.

La acción del hongo era lenta. Era una cepa recién desarrollada y primitiva y, al principio, fue fácil de eliminar. Distintas naves deben de haber ido trayendo formas ligeramente distintas en diversas ocasiones, hasta que una de ellas por fin consiguió arraigar.

Debido a que su efecto era lento, no destruyó la nave hasta mucho después de aterrizar. No destruyó el *cziltang brone* hasta que los tripulantes y los empleados del espaciopuerto ya lo habían trasladado al otro lado. No hizo mella en los receptores de energía proyectada hasta que las cabinas que se desplazaban sobre el cañón electromagnético situado en el muro exterior lo habían trasladado a todos los puntos del Mundo Anillo.

- ¿Receptores de energía proyectada?

- Generan la energía en las pantallas cuadradas por proceso termoeléctrico y luego la proyectan sobre el Mundo Anillo. Seguramente también se trata de un sistema infalible. No lo detectamos desde nuestra nave. Debe de haberse desconectado cuando comenzaron a fallar los receptores.

- Seguro que debía de ser posible fabricar un superconductor distinto - objetó *Interlocutor* -. Sabemos que existen dos estructuras moleculares básicas, cada una de ellas con múltiples variaciones a distintos niveles de temperatura.

- Existen al menos cuatro estructuras básicas - le corrigió *Nessus* -. Tienes razón, los anillícolas hubieran podido sobrevivir al Derrumbamiento de las Ciudades. Así lo hubiera hecho una sociedad más joven y vigorosa, Pero debes tener en cuenta las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse.

»Habían perdido buena parte de sus gobernantes, sepultados bajo los edificios cuando se produjo el corte en el suministro de energía. Y sin energía poco podían hacer para hallar otros superconductores. Prácticamente toda la energía almacenada fue confiscada para su uso personal por los hombres dotados de algún poder político, o se empleó para mantener algunos enclaves de civilización con la esperanza de que otros ya se ocuparían de resolver la emergencia. No tenían acceso a los motores de fusión de las naves espaciales, pues los *cziltang brone* empleaban superconductores. Los pocos hombres capaces de hacer algo no podían ponerse en contacto; la computadora que operaba el cañón electromagnético no funcionaba, y el cañón en sí se había quedado sin suministro de energía.

- Por culpa de un clavo, se perdió un reino - dijo Luis.

- Ya conozco el cuento. Aunque no puede aplicarse exactamente a este caso - continuó *Nessus* -. Algo podrían haber hecho. Poseían suficiente energía para condensar helio líquido. Una vez desconectados los proyectores de energía, de nada hubiera servido reparar un receptor; sin embargo, podrían haber

adaptado un cilindro de bronce a un superconductor metálico refrigerado con helio líquido. Con el cilindro de bronce hubieran podido llegar a los espaciopuertos. Podrían haber volado hasta las pantallas cuadradas para restablecer la proyección de energía, y luego adaptar a los receptores otros superconductores refrigerados con helio líquido.

- Pero ello hubiera consumido buena parte de la energía almacenada. ¡La misma que se usaba para iluminar las calles, o mantener a flote los edificios suspendidos que aún quedaban, o también para cocinar y congelar los alimentos! ¡Y así es cómo se hundió la civilización del Mundo Anillo!

- Y nosotros con ella - sentenció Luis Wu.

- Sí. Ha sido una suerte que nos topásemos con Halloprillalar. Nos ha ahorrado un viaje inútil. De nada servirá proseguir hasta el muro exterior.

La cabeza de Luis comenzó a palpar con fuerza. Empezaba a tener dolor de cabeza.

- Sí, desde luego ha sido una suerte - dijo Interlocutor-de-Animales -. Si esto es suerte, ¿cómo se explica que no me alegre? Hemos perdido nuestro objetivo, nuestro último residuo de esperanza de salir de aquí con vida. Nuestros vehículos están inutilizados. Un miembro de nuestro grupo ha desaparecido en el laberinto de esta ciudad.

- Ha muerto - dijo Luis. Cuando se le quedaron mirando sin comprender, señaló un punto en la penumbra. No les fue difícil localizar la aerocicleta de Teela, con los faros encendidos.

- A partir de ahora tendremos que confiar en nuestra propia suerte - dijo.

- Sí. Ya te lo advertí, Luis. La suerte de Teela era esporádica. Tenía que serlo. De lo contrario, nunca se hubiera embarcado en el «Embustero». Ni nos hubiéramos estrellado. - El titerote hizo una pausa, luego añadió -: De veras, comparto tu pesar, Luis.

- No la olvidaremos - murmuró Interlocutor.

Luis asintió. Pensó que debería sentirse más afectado. Pero el incidente del Ojo de la tormenta había modificado en cierto modo sus sentimientos hacia Teela. En aquel momento, le había parecido menos humana que Interlocutor o Nessus. Era un mito. Los extraterrestres, en cambio, eran reales.

- Tendremos que buscarnos un nuevo objetivo - dijo Interlocutor-de-Animales -. Es preciso colocar el «Embustero» en el espacio. Pero a mí no se me ocurre nada.

- Yo he pensado algo - dijo entonces Luis.

Interlocutor pareció sorprendido.

- ¿Tan de prisa?

- Quisiera meditarlo un poco más. Ni siquiera estoy seguro de que sea una idea cuerda, y tal vez ni tan sólo sea factible. En cualquier caso, necesitaremos un vehículo. Pensemos cómo resolver este detalle.

- Un trineo, tal vez. Podríamos remolcarlo con la aerocicleta que aún nos queda. Un gran trineo, la pared de un edificio, por ejemplo.

- Creo que podemos conseguir algo mejor que eso. Estoy seguro de que lograré convencer a Halrloprillalar para que me lleve a la sala de las máquinas que hacen flotar este edificio. Tal vez el mismo edificio pueda servirnos de vehículo.

- Prueba a ver - dijo Luis.

- ¿Y tú qué harás?

- Dame un poco de tiempo.

El corazón del edificio era todo maquinaria. Parte de la misma servía para mantenerlo en el aire; también había máquinas que operaban el sistema de aire acondicionado y los condensadores de agua y las espitas de agua; y una sección aislada, parte de los generadores que alimentaban la trampa electromagnética. Nessus se puso manos a la obra. Luis y Prill le miraban, fingiendo ignorarse el uno al otro.

Interlocutor seguía encarcelado. Prill no le había permitido subir.

- Te tiene miedo - había explicado Nessus -. Sin duda, podríamos insistir. Podríamos montarte en una de las aerocicletas. Si yo me negase a subir hasta que tú estuvieras en la plataforma, no tendría más remedio que izarte.

- Tal vez me izase hasta medía altura, para luego dejarme caer. No, gracias.

Pero había aceptado admitir a Luis.

Comenzó a inspeccionarla, mientras fingía ignorarla. Tenía una boca muy fina, prácticamente sin labios. La nariz era pequeña, recta y estrecha. Estaba desprovista de cejas.

No era de extrañar que su rostro pareciera inexpresivo. Recordaba más bien el maniquí de un fabricante de pelucas.

Tras dos horas de sudores, Nessus asomó las cabezas por una trampilla de acceso.

- Imposible obtener fuerza motriz. Los campos elevadores sólo sirven para elevar el edificio. Sin embargo, he logrado desconectar un mecanismo rectificador destinado a mantenernos siempre sobre el mismo lugar. El edificio flota ahora a merced de los vientos.

Luis sonrió.

- O un remolque. Podríamos atar un cable a tu aerocicleta y remolcar el edificio detrás.

- No es necesario. La aerocicleta lleva un motor inerte. Podemos dejarla en el interior del edificio.

- Ya se te había ocurrido, ¿eh? Pero ese motor es terriblemente potente. Si la aerocicleta quedara incontrolada aquí dentro...

- Sí. - El titerote se volvió hacia Prill y comenzó a hablarle muy despacio y largo y tendido en la lengua de los dioses del Mundo Anillo. Luego le dijo a Luis:

- Hay bastante cantidad de plástico electrocoagulable. Podemos recubrir la aerocicleta de plástico y dejar sólo los mandos al descubierto.

- ¿No será un poco drástico?

- Luis, si esa aerocicleta comenzara a dar vueltas, incontrolada, podría hacerme daño.

- Bueno..., tal vez. ¿Podrás hacer aterrizar el edificio cuando sea necesario?

- Sí, existe un regulador de altitud.

- Entonces no hace falta un vehículo auxiliar. Bien. Manos a la obra.

Luis estaba descansando, sin dormir. Se había tendido boca arriba sobre el gran lecho. Tenía los ojos abiertos y estaba mirando por la claraboya semiesférica del techo.

El resplandor del halo solar asomaba sobre el borde de la pantalla cuadrada. Faltaba poco para el amanecer; el Arco seguía dibujándose azul y brillante sobre el cielo negro.

- Debo de estar loco - dijo Luis Wu. Y luego -: ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Probablemente ese dormitorio formaba parte de las dependencias del jefe. Ahora lo habían transformado en sala de mandos. Luis y Nessus habían colocado la aerocicleta en el armario empotrado, la habían recubierto de

plástico y luego, con ayuda de Prill, habían hecho pasar una corriente por el plástico. El armario empotrado tenía el tamaño adecuado.

La cama olía a viejo. Crujía cada vez que se movía.

El Puño-de-Dios - murmuró Luis en la oscuridad. Yo lo vi. Tenía más de mil quinientos kilómetros de altura. No tiene sentido que construyeran una montaña tan alta, no cuando... - prefirió dejarlo ahí.

Y de pronto se sentó en la cama como impulsado por un muelle, y gritó:

- ¡El cable que une las pantallas!

Una sombra entró en el dormitorio.

Luis se quedó inmóvil. La entrada estaba oscura. Sin embargo, los ondulantes movimientos y la distribución de las suaves sombras de sus curvas le revelaron que una mujer desnuda avanzaba hacia él.

- Una alucinación? ¿El espíritu de Teela Brown? La figura llegó a su lado antes de que lograra decidirse por una u otra alternativa. Con perfecto dominio de sí misma, se sentó en la cama. Extendió una mano, le rozó el rostro y comenzó a acariciarle una mejilla con las yemas de los dedos.

Era casi calva. Su melena se reducía a un mechón de un par de centímetros de ancho que le crecía en la base de la nuca. Sus facciones resultaban prácticamente invisibles en la oscuridad. Pero tenía un cuerpo adorable. Era la primera vez que Luis veía su figura. Era delgada y recia, como una bailarina profesional. Tenía los senos altos y turgentes.

Si la cara hubiera estado a la altura del cuerpo...

- Vete - dijo Luis sin rudeza. La cogió por la muñeca e interrumpió las caricias de sus dedos sobre su rostro. Le producía una sensación parecida al masaje de un barbero, infinitamente relajante. Se levantó, la hizo ponerse en pie suavemente, la cogió por los hombros. ¿Y si simplemente le hiciera dar media vuelta y le diera una palmadita en el trasero...?

Ella comenzó a pasarle los dedos por el cuello. Había comenzado a usar las dos manos. Luego le acarició el pecho, le dio un pellizco aquí, y otro allí, y de pronto Luis sintió una incontenible lascivia. Se aferró a sus hombros con todas sus fuerzas.

Ella dejó caer las manos. Esperó inmóvil, sin intentar ayudarlo, mientras él se quitaba el jersey. Pero en cuanto una nueva extensión de piel quedó al descubierto, volvió a acariciarle aquí y allí, no siempre en los puntos con mayor concentración de terminaciones nerviosas. Cada caricia parecía activar directamente el centro de placer de su cerebro.

Luis era todo fuego. Si ella le rechazaba ahora, recurriría a la fuerza; tenía que hacerla suya...

...Pero en algún recóndito rincón conservaba un resquicio de serenidad que le decía que esa mujer sería capaz de dejarle frío con la misma facilidad con que le había excitado. Se sentía como un joven sátiro, pero también tenía la vaga sensación de ser un muñeco.

Aunque en esos momentos no le importaba un camino.

Y el rostro de Prill seguía tan inexpresivo como siempre.

Le condujo hasta el borde del orgasmo, luego le retuvo allí, le retuvo allí... de tal forma que cuando por fin se produjo fue como caer herido por un rayo. Pero el rayo continuó y continuó, cual centelleante descarga de éxtasis.

Cuando todo terminó, casi ni advirtió que ella se marchaba.

Debía saber perfectamente hasta qué punto había sido un juguete en sus manos. Antes de que llegara a la puerta, ya se había dormido.

Y se despertó pensando: «¿Por qué lo haría?»

«No hay que ser tan analítico, nej - se replicó a sí mismo -. Se siente sola. Debe llevar muchísimo tiempo aquí. Ha logrado dominar un arte y no ha tenido oportunidad de practicarlo...»

Arte. Debía saber más anatomía que muchos profesores. ¿Un doctorado en Prostitución? La profesión más antigua del mundo era mucho más complicada de lo que podía parecer a simple vista. Luis Wu era capaz de reconocer la excelencia en cualquier terreno. Esta mujer sobresalía en el suyo.

Se tocan estos nervios en el orden adecuado y el sujeto reaccionará de tal y tal forma. Un dominio adecuado de la técnica puede convertir a un hombre en una marioneta...

...Una marioneta de la suerte de Teela...

Ya casi lo tenía. Se había aproximado tanto a la verdad, que cuando por fin la descubrió no constituyó ninguna sorpresa.

Nessus y Halrloprillalar salieron de la cámara frigorífica caminando de espaldas. Les seguía el cuerpo aderezado de un ave corredora más grande que un hombre. Nessus se había puesto un trapo en la boca, para no tener que tocar la carne muerta del muslo.



Luis sustituyó al titerote. Él y Prill comenzaron a tirar al unísono. Se vio obligado a usar las dos manos, y otro tanto tuvo que hacer ella. Le devolvió su saludo con otra inclinación de cabeza y preguntó:

- ¿Cuántos años tiene?

A Nessus no pareció extrañarle la pregunta.

- No lo sé.

- Anoche vino a mi habitación. - No, esa frase no tendría sentido para un extraterrestre -. ¿Sabes que el acto que realizamos para reproducirnos, lo practicamos también por placer?

- Ya lo sabía.

- Anoche hicimos eso. Lo hace muy bien. Tan bien que debe de haber tenido al menos mil años de práctica - dijo Luis Wu.

- No sería imposible. La civilización de Prill poseía un producto más eficaz que el extracto regenerador en cuanto a su capacidad para mantener la vida. Hoy en día, ha adquirido un valor incalculable. Cada dosis equivale a unos cincuenta años de juventud.

- ¿Y sabes cuántas dosis ha tomado ella?

- No, Luis. Pero lo que sí sé es que vino andando hasta aquí.

Habían llegado a la escalera que conducía al bloque celular cónico. El pájaro fue dando tumbos detrás de ellos.

- ¿Vino andando desde dónde?

- Desde el muro exterior.

- Trescientos mil kilómetros.

- Más o menos.

- Cuéntamelo todo. ¿Qué les pasó cuando llegaron al otro lado del muro exterior?

- Se lo preguntaré. No conozco todos los detalles.

Y el titerote comenzó a interrogar a Prill.

Poco a poco logró reconstruir la historia.

El primer grupo de salvajes con que se toparon les tomó por dioses, y otro tanto hicieron los que fueron encontrando sucesivamente, con una notable excepción.

La divinidad les sirvió para resolver eficazmente un problema. Fueron dejando al cuidado de distintos poblados los tripulantes cuyo cerebro había quedado afectado a consecuencia del accidente con el cziltang brone a medio reparar. Como dioses residentes, serían bien tratados; y su cretinez aseguraba que resultasen divinidades relativamente inofensivas.

El resto de la tripulación del «Pionero» se dividió en dos grupos. Nueve tripulantes, entre ellos Prill, se dirigieron hacia antigiro. La ciudad natal de Prill quedaba en esa dirección. Ambos grupos pensaban avanzar siguiendo el muro exterior, en busca de rastros de civilización. Cada grupo juró acudir en ayuda del otro si lograba encontrarla.

Todos los tomaron por dioses, excepto los otros dioses. Había algunos supervivientes del Derrumbamiento de las Ciudades. Algunos estaban locos. Todos tomaban el producto para prolongar la vida, si podían conseguirlo. Todos buscaban restos de civilización. A ninguno se le había ocurrido empezar a reconstruirla por su cuenta.

A medida que avanzaban hacia antigiro, otros supervivientes fueron sumándose a la tripulación del «Pionero». Pronto constituyeron un respetable panteón.

En todas las ciudades encontraron torres derrumbadas. Las torres habían sido puestas a flote cuando el Mundo Anillo ya estaba poblado, pero varios milenios antes de que se perfeccionase la droga de la juventud. Al disponer de esta droga, las nuevas generaciones fueron haciéndose más precavidas. En general, los que podían permitírselo se mantenían alejados de los edificios flotantes, a menos que se tratase de signatarios elegidos. Estos habían instalado dispositivos de seguridad, o generadores de energía.

Algunos edificios continuaban suspendidos en el aire. Sin embargo, la mayoría se habían derrumbado sobre el centro de las ciudades, todos al unísono, en el momento en que explotó el último receptor de energía.

En cierta ocasión, el panteón ambulante encontró una ciudad parcialmente recivilizada, poblada sólo en las afueras. De nada les valdría allí la comedia de los dioses. Cambiaron una fortuna en cápsulas de la juventud por un autobús autopropulsado en buen estado de funcionamiento.

No volvió a presentárselas otra oportunidad parecida hasta mucho después. Y a esas alturas ya estaban demasiado cansados. Habían perdido toda esperanza y el autobús se había estropeado. La mayor parte del panteón había quedado varado en una ciudad medio en ruinas, rodeados de otros supervivientes del Derrumbamiento de las Ciudades.

Pero Prill tenía un mapa. Su ciudad natal quedaba directamente a estribor de allí. Convenció a un hombre para que la acompañara y comenzaron a andar.

Continuaron viviendo de su divinidad. Finalmente, empezaron a cansarse el uno del otro, y Prill siguió sola su camino. Cuando no le bastaba con su divinidad, cambiaba pequeñas cantidades de droga de la juventud por comida, siempre que no hubiera más remedio. Por lo demás...

- Tenía otro sistema para dominar a la gente. Ha intentado explicármelo, pero no logro entenderlo.

- Creo que yo sí lo entiendo - dijo Luis -. Y nadie podía oponerse a que lo utilizara. Posee su versión particular del tasp.

Estaba bastante desequilibrada cuando por fin llegó a su ciudad natal. Se instaló en el cuartel de policía que había quedado varado en el suelo. Pasó cientos de horas intentando averiguar la forma de accionar la maquinaria. Por fin consiguió ponerlo a flote; en efecto, la torre disponía de su propia reserva de energía y había sido varada como medida de seguridad después del Derrumbamiento de las Ciudades. Varias veces debió de estar a punto de dejar caer la torre y matarse.

- La torre poseía un dispositivo para capturar a los conductores que cometían infracciones de tráfico - dijo Nessus -. Prill lo conectó. Espera poder capturar a un semejante, a otro superviviente del Derrumbamiento de las Ciudades. Opina que si pilota un coche, sin duda estará civilizado.

- Entonces, ¿para qué quiere tenerle atrapado e indefenso en ese mar de metal oxidado?

- Por si acaso, Luis. Sería una señal de que comenzaba a recuperar el juicio.

Luis frunció el entrecejo y miró el bloque de celdas que tenían debajo. Habían descendido el cuerpo del pájaro sobre los restos de un coche metálico y en esos momentos Interlocutor daba cuenta de él.

- Podríamos aligerar el peso del edificio - dijo Luis -. Podríamos reducirlo prácticamente a la mitad.

- ¿Cómo?

- Desprendiéndonos del sótano. Pero primero tendremos que sacar a Interlocutor de ahí. ¿Crees que podrás convencer a Prill?

- Lo intentaré.

## 22. Caminante

Halrloprillalar le tenía verdadero terror a Interlocutor. Por su parte, a Nessus le inspiraba ciertos recelos la idea de dejarla libre de la influencia del tasp; el titerote aseguraba que le daba una buena sacudida con el tasp cada vez que veía a Interlocutor, de modo que a la larga acabaría aficionándose a su presencia. Mientras tanto, ambos eludían la compañía del kzin.

En consecuencia, Prill y Nessus esperaron en otro lado, mientras Luis e Interlocutor, tendidos boca abajo sobre la plataforma de vigilancia, oteaban la penumbra de la mazmorra.

- Adelante - dijo Luis.

El kzin disparó los dos rayos.

Se oyó retumbar un trueno que fue rebotando en las paredes de la mazmorra. Un punto brillante del color de los relámpagos apareció en lo alto de la pared, justo debajo del techo.

Avanzó lentamente, dejando un débil rastro de resplandor rojizo.

- Corta por partes - sugirió Luis -. Si nos desprendemos de semejante masa de un solo golpe, saldremos disparados.

Interlocutor aceptó la sugerencia y varió el ángulo de corte.

Pese a esta precaución, el edificio dio una sacudida cuando se desprendieron del primer bloque. Luis se agarró al suelo. A través del boquete recién abierto vio la luz del día, y la ciudad, y la gente.

No obtuvo una buena perspectiva hasta que se hubieron desprendido de media docena de bloques parecidos.

Entonces pudo ver un altar de madera y un modelo de metal plateado en forma de rectángulo plano, sobre el que se alzaba un arco parabólico. Lo distinguió un breve instante, luego un bloque de celdas fue a estrellarse a su lado y los fragmentos salieron despedidos en todas direcciones. Un instante más tarde sólo quedó un mantoncito de serrín y unos trozos de latón retorcido. Pero la gente ya había huido mucho antes.

- ¡Gente! - le dijo a Nessus en son de queja -. ¡En el centro de una ciudad vacía, a varios kilómetros de los campos de cultivo! Deben tardar al menos un día en llegar hasta aquí. ¿Para qué vendrán?

- A adorar a la diosa Halrloprillalar. Eran los proveedores de alimentos de Prill.

- Ah. Ofrendas.
- Naturalmente. ¿Por qué te alteras tanto, Luis?
- Podríamos haberlos herido.
- Tal vez le hayamos dado a alguno.
- Me pareció ver a Teela ahí abajo. Sólo un breve instante.
- Tonterías, Luis. ¿Quieres probar nuestro propulsor?

La aerocicleta del titerote estaba incrustada en un montículo gelatinoso de plástico translúcido. Nessus se situó junto al panel de mandos que habían dejado al descubierto. Por la claraboya se divisaba una imponente panorámica de la ciudad: los muelles, las torres de paredes lisas del Centro Cívico, la exuberante selva que seguramente había sido un parque. Todo ello varios centenares de metros más abajo.

Luis se quedó en posición de firmes. Gran ejemplo para su tripulación, el heroico comandante permanece firme en el puente. Los reactores averiados pueden explotar al menor impulso; pero es preciso intentarlo. ¡Es preciso detener a los acorazados kzinti antes de que consigan llegar a la Tierra!

- Jamás lo conseguiremos - dijo Luis Wu.
- ¿Por qué no, Luis? El campo de fuerzas no debería ser más potente...
- ¡Un castillo volante, por Finagle! Sólo ahora he empezado a comprender lo alucinante del proyecto! ¡Debemos estar locos! Regresar alegremente a casa montados en la mitad superior de un rascacielos... - El edificio empezó a moverse y Luis dio un traspié. Nessus había puesto en marcha el motor.

La ciudad fue deslizándose bajo la ventana, cada vez a mayor velocidad. La aceleración disminuyó. En ningún momento había sido superior a treinta centímetros por segundo al cuadrado. La velocidad máxima parecía ser de unos ciento cincuenta kilómetros por hora y el castillo se mantenía estable como una roca.

- Hemos centrado correctamente la aerocicleta - comentó Nessus -. El suelo no se ha inclinado, como habréis observado, y la estructura no manifiesta ninguna tendencia a girar sobre sí misma.
- Sigue pareciéndome una locura.
- Nada que funcione es una locura. Y ahora, ¿dónde vamos?

Luis guardó silencio.

- ¿Dónde vamos, Luis? Interlocutor y yo no tenemos ningún plan. ¿Qué rumbo tomo, Luis?

- A estribor.

- Muy bien. ¿Directamente a estribor?

- Exactamente. Tenemos que atravesar el Ojo de la tormenta. Luego torceremos unos cuarenta y cinco grados aproximadamente hacia antigiro.

- ¿Deseas dirigirte a la ciudad de la torre llamada Cielo?

- Sí. ¿Sabrías localizarla?

- No debe plantear mayores dificultades, Luis. Tres horas de vuelo nos bastaron para llegar hasta aquí; deberíamos poder regresar en unas treinta horas. ¿Y a partir de allí?

- Depende.

La imagen parecía tan real. Todo era cuestión de práctica e imaginación, pero... tan real. Luis Wu soñaba en color y también despierto.

Parecía tan real. Pero, ¿lo era?

Le asustaba pensar con qué rapidez había perdido toda confianza en la torre volante. Sin embargo, la torre volaba. La fe de Luis Wu era superflua para su buen funcionamiento.

- El herbívoro parece haber aceptado tu guía sin rechistar - comentó Interlocutor.

La aerocicleta zumbaba suavemente para sus adentros a un par de metros de ellos. El paisaje se iba deslizado bajo la claraboya. A lo lejos y bastante desplazado hacia un lado, se divisaba el ojo de la tormenta, con su gran mirada gris y amenazadora.

- El herbívoro ha perdido el juicio - dijo Luis -. Espero que tú conserves un poco más de sensatez.

- Nada de eso. Tú tienes un objetivo y estaré muy satisfecho de secundarte. Pero si hay posibilidad de enfrentamientos, me gustaría estar mejor informado.

- Humm...

- En cualquier caso preferiría estar mejor informado, para poder decidir si hay riesgo de enfrentamientos.

- Muy bien dicho.

Interlocutor esperaba una respuesta.

- El primer paso es conseguir el alambre que une las pantallas cuadradas - le explicó Luis -. Es el cable contra el que chocamos cuando las defensas antimeteoritos derribaron nuestra nave, ¿recuerdas? Luego comenzó a caer sobre la ciudad de la torre flotante, metros y metros de él, en ininterrumpida sucesión. Debe haber miles de kilómetros de ese cable, más que suficiente para mi pequeño proyecto.

- ¿Qué proyecto es ése, Luis?

- En primer lugar, apoderarnos del alambre de las pantallas. Es probable que los nativos nos lo cedan sin resistencia, si Prill se lo pide amablemente y Nessus emplea su tasp.

- ¿Y luego?

- Luego sabremos hasta dónde alcanza mi locura.

La torre iba avanzando hacia estribor como un trasatlántico de los aires. Las naves interestelares no alcanzaban nunca esas dimensiones. Y por lo que respecta a las aeronaves, en el espacio conocido no había ninguna comparable a esa torre. ¡Seis cubiertas de paseo! ¡Vaya lujo!

Sin embargo, faltaban otros lujos. La reserva de alimentos del rascacielos volante consistía principalmente en carne congelada, frutas frescas y la cocinilla de la aerocicleta de Nessus. El alimento para titerotes era poco nutritivo para los humanos, según decía Nessus. Conque Luis desayunaba y cenaba carne asada con la linterna de rayos laser y alguno de esos frutos rojos y llenos de protuberancias.

Y no había agua.

Ni café.

Lograron convencer a Prill para que les consiguiera un par de botellas de una bebida alcohólica. Celebraron un bautizo algo tardío en la sala de mandos, con Interlocutor cortésmente apartado en un rincón y Prill nerviosamente apostada muy cerca de la puerta. Nadie aceptó el nombre que sugirió Luis, «Improbable», conque acabaron bautizándolo de cuatro maneras distintas, cada uno en su lengua.

La bebida era... bueno, amarga. A Interlocutor se le atraganto, y Nessus no quiso ni probarla. Sin embargo, Prill se tomó una botella, selló las demás y las guardó celosamente.

El bautizo de la torre volante se convirtió en una clase de idiomas. Luis aprendió los primeros rudimentos de la lengua de los Ingenieros del Anillo. Pronto comprobó que Interlocutor aprendía con mucha mayor facilidad que él. No era de extrañar. Tanto Interlocutor como Nessus habían sido adiestrados para dominar las lenguas humanas, así como las estructuras lógicas y las limitaciones de pronunciación y audición de los humanos. Les bastaba aplicar las técnicas ya adquiridas.

Se separaron para comer. Nessus comió un bloque de la cocinilla de su aerocicleta, mientras Luis y Prill consumían carne asada e Interlocutor la tomaba cruda en un lugar algo apartado de donde se encontraban ellos.

Luego prosiguieron con la clase de lengua. Luis en seguida se cansó. Los otros progresaban con tanta rapidez que le hacían sentirse como un cretino.

- Pero Luis, tenemos que aprender su lengua. Avanzamos con bastante lentitud y será preciso conseguir comida. Posiblemente tengamos que establecer contacto con los nativos.

- Ya lo sé. Pero nunca me gustaron las lenguas.

De pronto oscureció. Aun a esa distancia del Ojo de la tormenta, el cielo estaba completamente encapotado y la noche parecía el interior de la boca de un dragón. Luis puso fin a la clase de lengua. Se sentía fatigado e irritable y muy poco seguro de sí mismo. Los demás le dejaron descansar tranquilo.

Sólo faltaban diez horas para llegar al Ojo de la tormenta.

Había caído en un letargo inquieto y poco profundo cuando oyó regresar a Prill. Sintió la sugerente caricia de sus manos y quiso cogerla en sus brazos.

Ella esquivó su abrazo. Hablaba en su propia lengua, pero simplificando mucho la gramática para que Luis pudiera comprenderla.

- ¿Eres el jefe?

Con ojos legañosos, Luis se quedó pensando un momento.

- Sí - dijo, tras constatar que la presente situación sería demasiado difícil de explicar.

- Dile al de las dos cabezas que me entregue su aparato.

- ¿Qué? - Luis se debatía en un mar de palabras extrañas -. ¿Su qué?

- Su aparato para hacerme feliz. Lo quiero para mí. Tienes que quitárselo.

Luis rió; por fin le parecía comprender lo que intentaba decirle la muchacha.



- Si quieres tenerme a mí, tendrás que quitarle el aparato - insistió Prill, enojada.

El titerote tenía algo que ella deseaba. No tenía forma de coaccionarlo, pues no era un hombre. Luis Wu era el único hombre disponible. Estaba decidida a emplear sus poderes ocultos para doblegarlo a su voluntad. Siempre le había salido bien hasta entonces; ¿no era acaso una diosa?

Tal vez se hubiera dejado engañar por el pelo de Luis. Debía de haberle tomado por un miembro de la peluda casta inferior, tal vez medio Ingeniero pues tenía el rostro lampiño, pero nada más. En ese caso, debía de haber nacido después del Derrumbamiento de las Ciudades. Sin droga de la juventud. Debía de estar en plena efervescencia juvenil.

- Tienes toda la razón - dijo Luis en su propia lengua. Prill apretó los puños furiosa, pues su tono sarcástico se traslucía claramente -. En tus manos, un hombre de treinta años se derritiría como la cera. Pero yo soy bastante más viejo. - Y volvió a reír.

- La máquina. ¿Dónde la tiene?

Se inclinó sobre él en la oscuridad, toda sugerentes y adorables sombras. El cráneo despedía un ligero resplandor; el negro cabello le caía en cascada sobre el hombro. Luis sintió un nudo en la garganta.

Por fin encontró la manera de explicarlo:

- Pegada al hueso, bajo la piel. En una cabeza.

Prill hizo un sonido parecido a un gruñido. Debía de haber comprendido que el aparatito estaba quirúrgicamente implantado. Dio media vuelta y se marchó.

Por un instante, Luis pensó en seguirla. La deseaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Pero la muchacha se apropiaría de su voluntad si él se lo permitía.

El silbido del viento comenzó a hacerse más intenso. El sueño de Luis era muy poco profundo... y estaba impregnado de fantasías eróticas.

Abrió los ojos.

Prill estaba arrodillada frente a él y le había montado como un súcubo. Sus dedos se deslizaban ágiles sobre la piel de su torso y su vientre. Empezó a mover rítmicamente las caderas y Luis se acopló al movimiento. Esa muchacha le hacía vibrar como si fuese un instrumento musical.

- Cuando terminemos, estarás a mi merced - anunció ella. Su voz traslucía placer, pero no era el placer de una mujer que está gozando con un hombre. Era la emoción de saberse poderosa.

Sus caricias tenían un regusto denso como jarabe. Había descubierto un secreto antiquísimo: que cada mujer nace con un tarp y que su poder puede ser ilimitado si su poseedora es capaz de utilizarlo correctamente. Estaba dispuesta a emplearlo y luego negarlo, emplearlo y negarlo, hasta que Luis le suplicase que le permitiera ser su esclavo...

De pronto experimentó una transformación. Su rostro no tenía capacidad de expresión; pero Luis oyó el gemido que anunciaba su placer y advirtió un cambio en sus movimientos. Hizo un gesto y sus cuerpos se unieron y el espasmo que los recorrió pareció absolutamente subjetivo.

Prill permaneció a su lado toda la noche. Se despertaron un par de veces e hicieron el amor, luego volvieron a dormirse. si Prill quedó defraudada alguna de estas ocasiones, no lo demostró, o al menos Luis no lo notó. Lo único que sabía con certeza es que ya no le estaba haciendo vibrar como si fuese un instrumento. Ahora tocaban a dúo.

La mañana amaneció gris y tormentosa. El viento ululaba en torno al viejo edificio. La lluvia golpeaba la ventana de la sala de mandos e irrumpía a través de las ventanas rotas de los pisos superiores. El «Improbable» se aproximaba al Ojo de la tormenta.

Luis se vistió y salió de la sala de mandos.

Encontró a Nessus en el pasillo.

- ¡Ven aquí! - gritó.

- Dime, Luis - dijo el titerote algo atemorizado.

- ¿Qué le hiciste a Prill anoche?

- Deberías estarme agradecido, Luis. Se había propuesto controlarte, condicionarse para que fueras su esclavo. Lo oí todo.

- ¡Le aplicaste el tarp!

- Le lancé una descarga de tres segundos a mediana intensidad mientras estabais dedicados a vuestra actividad reproductora. Ahora la que está condicionada es ella.

- ¡Monstruo! ¡Monstruo egoísta!

- No te acerques, Luis.

- ¡Prill es una mujer humana, con derecho al libre albedrío!

- ¿Y qué me dices de tu libre albedrío?

- ¡No corría ningún peligro! ¡No puede controlarme!

- ¿Algún otro problema? Luis, no es la primera vez que veo a una pareja humana entregada a la actividad reproductora. Consideramos que debíamos conocer vuestra especie con la mayor exactitud. No te acerques, Luis.

- ¡No tenías derecho a hacer eso!

La verdad es que Luis no tenía la menor intención de hacerle daño al titerote. Apretó los puños con rabia, pero sin la menor intención de hacer uso de ellos. Comenzó a avanzar furioso.

De pronto se encontró en la gloria.

En medio de la más pura satisfacción que jamás había experimentado, Luis comprendió que Nessus le estaba aplicando el tasp. Sin pararse a pensar en las posibles consecuencias, Luis dio un puntapié apuntando hacia arriba y hacia delante.

Concentró en él todas las fuerzas que pudo robar a su goce. No eran muchas, pero hizo uso de ellas y le dio un puntapié al titerote en la laringe, justo debajo de la mandíbula izquierda.

Las consecuencias fueron terribles. Nessus hizo «¡Glup!», dio un traspíe y desconectó el tasp.

Luis Wu se vio agobiado bajo el peso de todos los dolores que son legado de la humanidad. Sin decir palabra, le dio la espalda al titerote y se alejó. Tenía ganas de llorar; pero aún eran mayores sus deseos de impedir que el titerote pudiera verle la cara.

Estuvo dando vueltas sin rumbo fijo, atento sólo a su propia miseria interna. Por mera casualidad, llegó a la escalera.

Desde el primer momento, había sabido perfectamente el efecto que ello tenía en Prill. Cuando estaba ahí suspendido en el aire a treinta metros del fondo de la fosa, no le había molestado en absoluto que Nessus le aplicara el tasp a Prill. Había visto adictos a la electricidad; sabía cuáles eran los efectos.

¡Condicionada! ¡Como un animalito experimental! ¡Y ella lo sabía! La noche pasada había realizado una última valerosa tentativa para sustraerse al imperio del tasp.

Ahora Luis había experimentado aquello contra lo cual se debatía la muchacha.

- Fue un error - dijo Luis Wu -. Me retracto. - Pese a la negra desesperación que le embargaba, no pudo evitar ver el lado cómico de la situación. Hay cosas de las que no es posible retractarse.

Fue pura casualidad que bajara las escaleras en vez de subir. O tal vez su subconsciente había recordado un espasmo apenas percibido a nivel consciente.

Cuando llegó a la plataforma, el viento rugió a su alrededor, salpicándole de lluvia por todos lados. Ello le ayudó a concentrarse en otra cosa que no fuesen sus propias cuitas. Poco a poco fue desprendiéndose del dolor que le causara la pérdida del tasp.

En cierta ocasión, Luis Wu había jurado vivir eternamente.

Ahora, muchos años más tarde, comprendía qué esa decisión llevaba implícitas ciertas obligaciones.

- Tengo que curarla - dijo -. ¿Cómo? La abstinencia no provoca síntomas físicos... pero esto será un triste consuelo si decide arrojarse por una ventana. ¿Y cómo me las arreglaré para curarme yo mismo?

En algún recóndito rincón seguía anhelando el tasp, y ese deseo no cesaría nunca.

La adicción no era mas que un recuerdo subliminal. Bastaría dejarla abandonada en algún lugar con su reserva de droga de la juventud, y el recuerdo se iría desvaneciendo lentamente...

- Pero, la necesitamos, ¡nej!

Sus conocimientos sobre la sala de máquinas del «Improbable» eran muy valiosos. Imposible prescindir de ella.

No tendría más remedio que convencer a Nessus para que dejara de aplicarle el tasp. Y vigilarla durante el primer período. Al principio se sentiría terriblemente deprimida...

De pronto, el cerebro de Luis captó lo que sus ojos ya estaban observando desde hacía rato.

El coche estaba suspendido a unos seis metros de la plataforma de vigilancia. Era una saeta color castaño-rojizo de perfecto diseño con estrechas hendiduras a modo de ventanas y flotaba inerte en medio del viento embravecido, atrapado en un campo electromagnético que nadie se había acordado de desconectar.

Luis volvió a mirar, atentamente, para no tener dudas de que realmente había un rostro detrás del parabrisas. Luego subió corriendo en busca de Prill.

Ignoraba las palabras adecuadas. Conque se limitó a cogerla por el brazo, arrastrándola escaleras abajo para mostrarle lo que había visto. Ella asintió y volvió a subir para manipular los controles de la trampa policíaca.

La saeta castaño-rojiza se situó junto a la plataforma. El primer ocupante salió a gatas, aferrándose con ambas manos, pues hacía un viento infernal.

Era Teela Brown, lo cual no sorprendió a Luis.

Y el segundo ocupante era tan absolutamente típico de su especie que no pudo contener una carcajada. Teela le miró extrañada y un poco ofendida.

Estaban cruzando el Ojo de la tormenta. El viento subía zumbando por la escalera que conducía a la plataforma de observación. Silbaba por los pasillos del primer piso y ululaba a través de las ventanas rotas de los pisos superiores. Todo estaba inundado de lluvia.

Teela y su acompañante y la tripulación del «Improbable» se habían sentado en el suelo del dormitorio de Luis, que también era la sala de mandos. El musculoso acompañante de Teela hablaba muy serio con Prill en un rincón; la muchacha no obstante seguía vigilando con un ojo a Interlocutor-de-Animales, del que aún desconfiaba, mientras oteaba con el otro por la claraboya. Los demás se habían sentado en torno a Teela para escuchar su relato.

El campo magnético de la policía había destruido la mayor parte de la maquinaria de su aerocicleta. El localizador, el intercom, la envoltura sónica y la cocinilla, todo había fallado al mismo tiempo.

Teela había logrado salir con vida gracias a una característica estabilizadora incorporada a la envoltura sónica. En cuanto advirtió el fuerte viento, apretó el retroactivador, antes de que el huracán que soplaba a una velocidad de 2 Mach pudiera arrancarle la cabeza. Tardó escasos segundos en situarse por debajo del límite máximo de velocidad permitido en la ciudad. El campo magnético estaba a punto de destrozarle el motor; pero no actuó. Cuando el viento consiguió penetrar el efecto estabilizador de la envoltura sónica, su velocidad ya era tolerable.

Pero Teela se hallaba en un estado de nervios lamentable. Había rozado la muerte muy de cerca en el Ojo de la tormenta. El segundo ataque se había producido antes de que tuviera tiempo de recuperarse del anterior. Hizo planear la aerocicleta, mientras intentaba hallar un lugar adecuado para aterrizar en medio de la oscuridad.

Descubrió un paseo cubierto flanqueado de tiendas. Estaba iluminado: las puertas ovaladas despedían un brillante resplandor anaranjado. El vehículo aterrizó de un modo algo brusco, pero a ella ya poco le importaba. Por fin estaba en tierra.

Aún no había terminado de desmontar cuando la aerocicleta comenzó a elevarse otra vez. El movimiento la hizo rodar por el suelo. Se puso de cuatro patas y meneó la cabeza intentando despejarse. Cuando levantó la mirada, la aerocicleta ya casi se había perdido de vista.

Teela se echó a llorar.

- Seguramente aparcaste en un lugar prohibido - dijo Luis.

- Lo de menos era el porqué. Me sentía... - No sabía cómo explicarlo, pero lo intentó -. Quería decirle a alguien que me había perdido. Pero no había nadie. Conque me senté en uno de los bancos de piedra y me eché a llorar. Estuve horas llorando. No me atrevía a moverme de allí, pues sabía que vendrías a buscarme. Entonces... apareció él. - Teela señaló a su acompañante -. Le sorprendió encontrarme allí. Me preguntó no sé qué... No comprendía su lengua. Al menos intentó consolarme. Me alegró tenerle a mi lado.

Luis asintió. Teela confiaba en todo el mundo. Era inevitable que buscara protección o apoyo en el primer desconocido que se presentara. Y ese proceder en nada podía perjudicarla.

Su acompañante era un ser, que se salía de lo corriente.

Era un héroe. Saltaba a la vista. No era preciso verle luchando contra un dragón. Bastaba observar los músculos, la estatura, la negra espada de metal. Las vigorosas facciones, inquietantemente parecidas a las de la escultura de alambre del castillo llamado Cielo. Su actitud cortés mientras hablaba con Prill, aparentemente indiferente al hecho de que ella perteneciera al sexo opuesto. ¿Tal vez porque era la mujer de otro hombre?

Iba perfectamente afeitado. No, no parecía probable. Más bien debía ser medio Ingeniero. Tenía el cabello largo, de un rubio ceniciento y no demasiado limpio, y su nacimiento dejaba al descubierto una noble frente. Llevaba una especie de taparrabos atado a la cintura, la piel de algún animal.

- Me dio de comer - dijo Teela -. Cuidó de mí. Anoche cuatro hombres intentaron atacarnos, ¡y los rechazó sin más arma que su espada! Y ha aprendido muchas palabras de intermundo durante esos dos días.

- ¿En serio?

- Está acostumbrado a hablar otras lenguas.

- Es el peor desaire que podía hacerme.

- ¿Cómo dices?

- No tiene importancia. Sigue.

- Es viejo, Luis. Tomó una enorme dosis de algo parecido al extracto regenerador, hace ya mucho tiempo. Dice que se lo dio un brujo malo. Es tan viejo que sus padres recuerdan el Derrumbamiento de las Ciudades. ¿Y sabes qué ha decidido hacer? - Su sonrisa era casi insultante -. Ha iniciado una especie de búsqueda. Hace mucho tiempo hizo la promesa de caminar hasta la base del Arco. Y eso es lo que está haciendo. Lleva varios siglos caminando.

- ¿La base del Arco?

Teela asintió. Les sonreía con mucha gracia y sin duda le divertía la situación, sin embargo en sus ojos se adivinaba algo más.

Luis había visto amor en la mirada de Teela, pero nunca ternura.

- ¡Y te sientes orgullosa de él por lo que está haciendo! Pobre idiota, ¿no sabes que no hay ningún Arco?

- Ya lo sé, Luis.

- ¿Por qué no se lo dices, pues?

- Te odiaré eternamente si te atreves a decírselo. Ha dedicado casi toda su vida a esta búsqueda. Y, entre tanto, ha hecho mucho bien. Conoce algunos oficios simples y los va difundiendo por el Mundo Anillo mientras avanza en la dirección de giro.

- No creo que sea capaz de transmitir demasiada información. No parece muy inteligente.

- No, no lo es. - Por la manera como lo dijo, se notaba que para ella ése era un detalle sin importancia -. Pero si yo le acompaño podré enseñar muchísimas cosas a mucha gente.

- Ya me lo esperaba - dijo Luis. Pero, aun así le molestó. ¿Habría advertido ella que estaba dolido? En cualquier caso, esquivó su mirada.

- Llevábamos un par de días en el paseo cubierto cuando de pronto caí en la cuenta de que seguiríais a mi aerocicleta, no a mí. El ya me había hablado de Hal... Hal... de la diosa y de la torre flotante que atrapaba los vehículos. Conque allí nos dirigimos. Nos situamos junto al altar, con la esperanza de localizar vuestras aerocicletas. Luego el edificio comenzó a desmoronarse. Entonces, Caminante...

- ¿Caminante?

- Se hace llamar así. Cuando alguien le pregunta por qué, ello le da pie a explicar que se dirige a la base del Arco y contarles las aventuras que ha tenido por el camino... ¿comprendes?

- Sí.

- Comenzó a probar los motores de todos los coches viejos. Dijo que los conductores solían parar el motor cuando el campo magnético de la policía los atrapaba, a fin de evitar que se quemasen.

Los tres se miraron. ¡Tal vez la mitad de esos coches suspendidos estaban aún en perfectas condiciones!

- Encontramos un coche que funcionaba - siguió explicando Teela -. Os estuvimos buscando, pero no logramos encontrarlos a causa de la oscuridad. Por suerte la policía volvió a atraparnos por exceso de velocidad.

- Sí, fue una suerte. Anoche me pareció oír una explosión, pero no estoy seguro - dijo Luis.

Caminante había dejado de hablar. Cómodamente apoyado contra la pared del dormitorio del jefe, contemplaba a Interlocutor-de-Animales con una leve sonrisa en los labios. Interlocutor le devolvió la mirada. Luis tuvo la impresión de que ambos estaban calibrando el posible desenlace de un enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Prill en cambio seguía mirando por la ventana y en su rostro se reflejaba el pavor. Cuando el ulular del viento se trocó en chillido, todo su cuerpo se estremeció.

Tal vez ya había visto formaciones parecidas al Ojo de la tormenta. Pequeñas rupturas producidas por algún asteroide, rápidamente reparadas, siempre en algún otro lugar, y siempre prontamente fotografiadas para los noticiarios o su equivalente en el Mundo Anillo. El Ojo de la tormenta constituía siempre un suceso temible. El aire se escapaba a chorros hacia el espacio interestelar. A su alrededor se formaba un huracán horizontal, con un punto de succión en el fondo, de efectos tan definitivos como el desagüe de una bañera, si uno era atrapado por el torbellino.

Durante unos segundos se intensificaron los aullidos del viento. Teela frunció el entrecejo preocupada.

- Espero que el edificio sea lo bastante resistente - dijo.

Luis la miró sorprendido. «¡Cómo ha cambiado!» El Ojo de la tormenta había amenazado directamente su vida la última vez que lo atravesó...

- Tienes que ayudarme - dijo Teela -. Quiero a Caminante, ¿sabes?

- Ya veo.

- El también me quiere, pero posee un extraño concepto del honor. Intenté explicarle quién eras tú, Luis, cuando quería convencerle para que me condujera al edificio volante. Se incomodó mucho y ya no quiso acostarse más conmigo. Cree que soy tuya, Luis.



- ¿Esclavitud?

- Esclavitud para las mujeres, creo. Le dirás que no soy tuya, ¿lo prometes?

Luis sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

- Podríamos ahorrarnos muchas explicaciones si me limitara a venderte a él. Si así lo deseas.

- Tienes razón. Y es lo que deseo. Quiero acompañarle en su peregrinaje por el Mundo Anillo. Le amo, Luis.

- No lo dudo. Estáis hechos el uno para el otro - dijo Luis Wu -. El destino ha querido que os encontraseis. Se cuentan por billones las parejas que han sentido exactamente lo mismo...

Ella se le quedó mirando con expresión de gran desconfianza.

- ¿No será... un sarcasmo, eh, Luis?

- Hace un mes no hubieras sido capaz de distinguir un sarcasmo de un carámbano. No, lo curioso es que no es ningún sarcasmo. Los billones de otras parejas no tienen importancia, pues no formaban parte de un experimento de procreación planificada ideado por algún neij de titerote.

De pronto se convirtió en el centro de atención. Hasta Caminante se le quedó mirando para averiguar qué había despertado el interés de los demás.

Pero Luis sólo tenía ojos para Teela Brown.

- Nos estrellamos contra el Mundo Anillo - le explicó pausadamente -, porque éste es tu medio ideal. Tenías que descubrir cosas que no podías aprender en la Tierra, ni en ningún otro lugar del espacio conocido, según parece. Tal vez existan otras razones: un extracto regenerador más perfeccionado, por ejemplo, y más espacio vital; pero el motivo principal de que estés aquí es para aprender.

- ¿Aprender qué?

- A sentir dolor, diría yo. Miedo. Nostalgia. Eres otra mujer desde que llegamos aquí. Antes eras una especie de... abstracción. ¿Te habías golpeado alguna vez el dedo gordo del pie?

- Qué palabra más rara. No, creo que no.

- ¿Te habías quemado alguna vez los pies?

Ella le lanzó una mirada centelleante. Había comprendido.

- El «Embustero» se estrelló para que tú pudieras llegar aquí. Recorrimos miles de kilómetros para traerte junto a Caminante. Tu aerocicleta te llevó justo donde él estaba y se dejó atrapar por el campo magnético de la policía en el sitio preciso, porque Caminante es el hombre que te estaba destinado.

Teela sonrió al oír esto, pero Luis no le devolvió la sonrisa.

- Tu suerte exigía que tuvieras tiempo de hacer amistad con él - siguió diciendo -. Conque Interlocutor-de-Animales y yo estuvimos colgando cabeza abajo...

- ¡Luis!

- ...durante unas veinte horas, suspendidos sobre treinta metros de espacio vacío. Y aún no ha llegado lo peor.

El kzin gruñó:

- Todo depende de cómo se mire.

Luis no le prestó la menor atención.

- Teela, te enamoraste de mí para tener un motivo para unirme a la expedición al Mundo Anillo. Has dejado de amarme porque ya no es necesario. Ya estás aquí. Y yo me enamoré de ti por el mismo motivo, porque la suerte de Teela Brown me convirtió en una marioneta... Pero la verdadera marioneta eres tú. Pasarás el resto de tu vida pendiente de los hilos de tu propia suerte. Sólo Finagle sabe si realmente posees un libre albedrío. En cualquier caso, te costará ejercerlo.

Teela se había puesto muy pálida y tenía los hombros muy erguidos y rígidos. Sólo un evidente esfuerzo de voluntad le impedía romper a llorar. Antes carecía de esa capacidad de controlarse.

En cuanto a Caminante, se había puesto de rodillas y les miraba fijamente a los dos, mientras acariciaba el filo de su negra espada de hierro con el pulgar. Difícilmente podía ignorar que Teela estaba sufriendo. Debía de estar convencido de que la joven era propiedad de Luis Wu.

Y Luis se volvió hacia el titerote. No le sorprendió encontrar a Nessus hecho una bola, con la cabeza escondida bajo el vientre, completamente al abrigo del universo.

Luis agarró al titerote por el tobillo de la pierna trasera. No le costó mucho obligarle a tenderse de espaldas. Nessus pesaba prácticamente lo mismo que Luis Wu.

Y su proceder no fue del agrado del titerote. El tobillo temblaba en la mano de Luis.

- Todo ha sido culpa tuya - dijo Luis Wu -, culpa de tu monstruoso egoísmo. Este egoísmo me preocupa casi tanto como los monstruosos errores que has cometido. Cómo se puede ser tan poderoso, y tan osado, y al mismo tiempo tan estúpido, es algo que escapa a mi capacidad de comprensión. ¿Te has dado cuenta al fin de que todo lo que nos ha ocurrido hasta el momento ha sido un efecto secundario de la suerte de Teela?

Nessus se encogió aún más en su ovillo. Caminante lo observaba todo fascinado.

- Cuando lo hayas comprendido podrás volver junto a tus congéneres titerotes y decirles que entrometerse en los hábitos de procreación de los humanos puede ser peligroso. Que un número suficiente de Teelas Browns podrían dar al traste con todas las leyes de la probabilidad. Incluso la física básica no es más que probabilidad a nivel atómico. Podrás explicarles que el universo es un juguete demasiado complicado y que los seres sensatos y precavidos se abstienen de jugar con él. Podrás decirles todo eso y mucho más cuando yo haya regresado a casa - dijo Luis Wu -. Mientras tanto, empieza a salir de ahí, rápido. Necesito el alambre que une las pantallas cuadradas y tú vas a conseguírmelo. Ya casi estamos fuera del Ojo de la tormenta. Sal de ahí, Nessus...

El titerote se desenrolló y se puso de pie.

- Me has ofendido, Luis - comenzó a decir.

- ¿Y aún te atreves a decirlo?

El titerote no replicó. Luego se dirigió a la ventana y se puso a contemplar la tormenta.

### 23. Jugando a ser dioses

Los nativos que adoraban el Cielo, se encontraron de pronto con dos torres suspendidas en el aire.

Como en la anterior ocasión, la pieza del altar estaba inundada de floridos rostros dorados.

- Hemos vuelto a llegar en día festivo - dijo Luis. E intentó localizar al director del coro con la cabeza afeitada, pero no lo consiguió.

Nessus no dejaba de mirar con ojos codiciosos la torre llamada Cielo situada a su lado. La sala de mandos del «Improbable» había quedado a la misma altura de la sala de cartografía del castillo.

- La otra vez no tuve oportunidad de explorar este lugar. Ahora está fuera de mi alcance - se lamentó el titerote.

- Podríamos abrir un boquete con el desintegrador y bajarte atado a una cuerda o por una escalera - sugirió interlocutor,

- Otra oportunidad perdida.

- No sería más arriesgado que muchas otras cosas que has hecho aquí.

- Siempre que me he arriesgado ha sido con el propósito de aprender algo. Ahora ya poseo toda la información sobre el Mundo Anillo que puede necesitar mi especie. Sólo arriesgaré mi vida para poder regresar a casa con esos conocimientos. Luis, ahí está el alambre que deseas.

Luis asintió sin inmutarse.

La zona de la ciudad situada en la dirección de giro estaba cubierta por una nube de humo negro. Por la manera en que aprisionaba los edificios se adivinaba que tenía que ser denso y también pesado. Entre la masa asomaba un obelisco con ventanas, situado cerca del centro. El resto permanecía oculto bajo su peso.

Tenía que ser el alambre que unía las pantallas cuadradas. ¡Pero había tal cantidad!

- ¿Y cómo transportaremos todo eso?

- No tengo ni idea. Bajemos a echarle un vistazo - fue todo lo que pudo decir Luis.

Posaron su cuartel de policía desmantelado hacia giro de la plaza del altar.

Nessus no paró los motores elevadores. Apenas tocaban el suelo. Lo que había sido la plataforma de observación para vigilar las celdas de la cárcel se convirtió en rampa de aterrizaje del «Improbable». La masa del edificio la habría aplastado si hubieran parado los motores.

- Tendremos que buscar la forma de manipular ese material - dijo Luis -. Un guante tejido con el mismo tipo de fibra podría servir. O también podríamos enrollarlo en torno a un carrete de material base del Anillo.

- No poseemos ni lo uno ni lo otro. Tendremos que hablar con los nativos - dijo Interlocutor -. Tal vez conozcan alguna antigua leyenda o posean viejas

herramientas, viejas reliquias sagradas. Además, tienen tres días de práctica en el manejo de este cable.

- Entonces, tendré que acompañaros. - El temor del titerote se manifestó en un repentino temblor -. Interlocutor, aún no dominas suficientemente bien la lengua. Tendremos que dejar a Halrloprillalar a cargo del edificio para que lo eleve si es necesario. A menos que... Luis, ¿podríamos convencer al amante nativo de Teela para que negociara en nombre nuestro?

A Luis le molestó oír hablar de Caminante en esos términos.

- Incluso Teela reconoce que no es un genio - dijo -. No confío en que sea capaz, de llevar a buen término las negociaciones.

- Ni yo. Luis, ¿crees que necesitamos ese alambre?

- No lo sé. Si no estoy alucinado, lo necesitaremos. De lo contrario...

- No tiene importancia, Luis. Iré con vosotros.

- No tienes por qué confiar en mi criterio...

- Os acompañaré. - El titerote se había puesto a temblar otra vez. Lo más curioso de la voz de Nessus era que pudiese resultar a la vez tan clara, tan precisa, y sin embargo tan absolutamente desprovista de emoción -. Sé que necesitamos ese alambre. ¿Por qué coincidencia ha venido a caer justo en nuestro camino? Todas las coincidencias nos llevan a Teela Brown. Si no necesitásemos ese alambre, no estaría aquí.

Luis respiró más tranquilo. No porque el razonamiento le convenciera, pues no le veía el sentido. Pero, aun así, venía a corroborar las vagas conclusiones a que había llegado el propio Luis. Conque se aferró a ese ligero consuelo y no se molestó en decirle al titerote que todo lo que estaba diciendo no eran más que tonterías.

Bajaron la rampa en fila india y emergieron bajo la sombra del «Improbable». Luis llevaba una linterna de rayos laser. Interlocutor-de-Animales blandía el desintegrador. Al andar, todos sus músculos se movían como si fuesen fluidos; se dibujaban claramente bajo el centímetro de nueva piel anaranjada que hacía poco había empezado a crecerle. Nessus iba aparentemente desarmado. Prefería usar el tasp y ocupar el último lugar.

Caminante avanzaba junto a ellos, con la negra espada de hierro desenvainada. Sus grandes y pesados pies encallecidos estaban descalzos y también llevaba el resto del cuerpo al descubierto a excepción del taparrabos de piel amarilla. Sus músculos se dibujaban bajo la piel como los del kzin.

Teela les seguía desarmada.

Los dos seguramente se habrían quedado esperando a bordo del «Improbable» de no ser por el trato que había tenido lugar esa mañana. Todo era culpa de Nessus. Luis le había utilizado como intérprete para ofrecer a Teela Brown en venta al aguerrido Caminante.

Caminante había asentido muy serio y había ofrecido una cápsula de droga de la juventud, equivalente a unos cincuenta años de vida.

- Acepto - había dicho Luis. Era una buena oferta, aunque Luis no tenía la menor intención de ingerir ese producto. Sin duda nunca debían haberse estudiado sus efectos sobre una persona que llevaba ciento setenta años tomando extracto regenerador, como era su caso.

Como le explicaría luego Nessus en intermundo:

- No quería insultarle, Luis, o dar a entender que Teela tenía escaso valor para ti. Le he hecho aumentar la oferta. Ahora él tiene a Teela y tú tienes la cápsula y podrás hacerla analizar cuando regresemos a la Tierra, si conseguimos regresar. Además, Caminante será nuestro guardaespaldas y nos protegerá de cualquier posible enemigo hasta que logremos apoderarnos del cable.

- ¿Va a protegernos a todos con ese cuchillo de cocina?

- Sólo pretendía halagarle, Luis.

Teela había insistido en acompañarle, como es lógico. Era su hombre y podía correr peligro. Luis se preguntó si el titerote también habría calculado ese detalle. Teela era el amuleto particular de Nessus.

El cielo estaba despejado cerca del Ojo de la tormenta. Comenzaron a avanzar bajo la luz gris-blancuzca del mediodía en dirección a la negra nube.

- No lo toquéis - les advirtió Luis, pues acababa de recordar el comentario del sacerdote en su última visita a la ciudad. Una muchacha se había cercenado los dedos al intentar coger el alambre.

De cerca, seguía pareciendo una nube de humo negro. A través de él se distinguía la ciudad en ruinas, las casitas en forma de colmena y unas cuantas torres de vidrio que serían grandes almacenes si estuvieran en un mundo del espacio humano. La nube lo cubría todo, como si dentro hubiera un incendio.

A pocos centímetros de distancia se distinguía el alambre; pero pronto comenzaban a llover los ojos y el alambre se esfumaba. Era tan delgado que prácticamente resultaba invisible. Se parecía mucho, demasiado, al monofilamento de Sinclair: y el monofilamento de Sinclair era peligroso.

- Prueba con el desintegrador - dijo Luis -. A ver si puedes cortarlo, Interlocutor.

La nube se llenó de destellos.

Sin duda debía de ser una blasfemia. ¿Lucháis con luz? Pero los nativos ya debían de haber decidido destruir a los extranjeros mucho antes de eso. Cuando la nube de cable negro se llenó de lucecitas como un árbol de Navidad, terribles gritos sonaron por todos lados. De los edificios circundantes comenzaron a salir hombres cubiertos con mantas de indefinidos colores, que aullaban y blandían... ¿espadas o porras?

«Pobres ilusos», pensó Luis. Ajustó el rayo láser a alta intensidad y muy aguzado.

Las espadas de luz, las armas de rayos láser, eran de uso corriente en todos los mundos. Luis había recibido su instrucción militar hacía más de un siglo y la guerra para la que se había preparado por fin no había tenido lugar. Pero las normas eran simples y casi imposibles de olvidar.

Cuanto más breve el movimiento, más profunda será la herida.

Sin embargo, Luis comenzó a mover el rayo con rápidas y amplias oscilaciones. Los hombres comenzaron a retroceder, apretándose el abdomen, aunque nada se traslucía en sus rostros cubiertos de dorado pelaje. Cuando el Enemigo es numeroso, se emplean gestos rápidos. Abrir heridas de dos centímetros de profundidad, herir a muchos. ¡Hay que detenerlos!

Luis sintió compasión. Los fanáticos sólo iban armados con espadas y porras. Estaban perdidos...

Sin embargo, uno consiguió golpear a Interlocutor en el brazo que sostenía el desintegrador, la espada golpeó con fuerza suficiente para herirle. Interlocutor dejó caer el arma. Otro hombre se apoderó de ella y la arrojó lejos de sí. Murió en el acto, pues Interlocutor se lanzó sobre él con la mano sana y le arrancó la espina dorsal de un zarpazo. Un tercer hombre cogió el arma al vuelo, dio media vuelta y echó a correr. No intentó hacer uso ella. Se limitó a echar a correr con el arma en los brazos. Luis no pudo darle con el rayo laser; otros estaban intentando matarle a él.

Apuntar siempre al torso.

Luis aún no había matado a nadie. Por fin, aprovechó un breve titubeo del enemigo para matar los dos hombres más próximos a él. No permitir que el enemigo se acerque.

¿Qué tal se las arreglarían los demás?

Interlocutor-de-Animales estaba matando con las manos desnudas, la mano sana, toda garras, le servía para desgarrar, la mano vendada resultaba eficaz como pesada maza. Tenía una especial habilidad para esquivar la punta de una espada mientras tendía el brazo para golpear al hombre que avanzaba detrás. Estaba rodeado, pero los nativos conservaban cierto respeto hacia él. Era una extraña muerte naranja, de casi tres metros de altura, con aguzados dientes.

Caminante se mantenía en guardia con la negra espada de hierro en la mano. Había derribado a tres hombres ante sí, los demás se mantenían a una prudente distancia y su espada chorreaba sangre. Caminante era un peligroso y diestro espadachín. Los nativos entendían de espadas. Teela permanecía detrás suyo, a salvo por el momento, y lo observaba todo con expresión preocupada, como una heroína buena.

Nessus había emprendido la huida hacia el «Improbable», con una cabeza baja y extendida hacia delante y la otra muy erguida. La primera le servía para otear por las esquinas, la segunda para mirar a lo lejos.

Luis seguía indemne, derribando enemigos a medida que se iban presentando. Agitaba la linterna de rayos laser sin dificultad, cual varita mágica de mortífera luz verde.

No apuntar nunca a un espejo. Las armaduras brillantes podían jugar una mala pasada a un artista del laser. Aparentemente, aquí habían olvidado ese ardid.

Un hombre cubierto con una manta verde se lanzó sobre Luis Wu, con un pesado martillo en una mano, gritando y haciendo todo lo posible por adoptar un aire amenazador. Una bola de pelo dorado con ojos... Luis agitó el rayo laser de luz verde y el hombre siguió avanzando...

Aterrado, Luis se puso firme y apuntó el laser sin moverlo. El hombre comenzaba a blandir su arma sobre la cabeza de Luis, cuando por fin se encendió un punto de la manta con una pequeña llamarada verde y cayó redondo con el corazón perforado.

Las ropas del mismo color que el rayo del arma pueden ser tan peligrosas como una armadura brillante. ¡Quiera Finagle que no vengan otros vestidos igual! Luis apuntó la luz verde a la nuca del hombre...

Un nativo le cortó la huida a Nessus. Debía ser muy valiente para atacar a un monstruo tan extraño. Luis no consiguió darle de lleno, pero el hombre murió de todos modos, pues Nessus dio media vuelta, soltó una coz, acabó de dar la vuelta y siguió corriendo. Entonces...

Luis lo presencié todo. El titerote entró en un cruce a toda velocidad, con una cabeza muy levantada y la otra baja. De pronto la cabeza que llevaba erguida se desprendió y salió rodando y dando botes. Nessus se detuvo, dio media vuelta y se quedó inmóvil.

Su cuello acababa en un liso muñón y del muñón comenzó a manar sangre tan roja como la de Luis.

Nessus soltó un gemido, una nota aguda y tétrica.

Los nativos le habían tendido una trampa con el alambre de las pantallas.



Luis tenía doscientos años de edad. No era la primera vez que se veía en el trance de perder a un amigo, Continuó combatiendo, blandiendo su espada de rayos laser casi por instinto. «Pobre Nessus. Pero yo puedo ser el próximo...»

Los nativos habían iniciado la retirada. Sus bajas debían de ser aterradoras desde su propio punto de vista. Teela se había quedado mirando al titerote moribundo, con los ojos muy abiertos, mordiéndose los nudillos. Interlocutor y Caminante habían empezado a retroceder hacia el «Improbable».

Aguardad un momento. ¡Aún le queda otra!

Luis corrió hacia el titerote. Cuando pasó junto a Interlocutor, el kzin le cogió la linterna de rayos laser de las manos. Luis se agachó para esquivar el alambre, siguió avanzando agachado y empujó a Nessus con el hombro para hacerlo caer. Por un momento, le pareció que el titerote, aterrado, estaba a punto de echar a correr.

Luis sujetó al titerote e intentó sacarse el cinturón.

No llevaba cinturón.

¡Pero tenía que tener un cinturón!

¡Y Teela le tendió un pañuelo!

Luis se lo arrancó de las manos, hizo un lazo con él, lo pasó por el cuello cortado del titerote. Nessus miraba horrorizado el muñón y la sangre que manaba a borbotones de la única arteria carótida. Luego levantó el ojo hacia el rostro de Luis; el ojo se cerró y Nessus cayó desmayado.

Luis apretó el nudo. El pañuelo de Teela se cerró en torno a la única arteria, las dos venas principales, la laringe, el esófago, todo en definitiva.

¿Le ha hecho un torniquete en torno al cuello, doctor? Pero la hemorragia había cesado.

Luis se inclinó y se cargó el titerote a la espalda, dio media vuelta y echo a correr hacia la sombra del cuartel de policía, Caminante le abrió paso, cubriéndole con su negra espada que no dejaba de remolinear en busca de cualquier posible enemigo. Nativos armados les seguían con la mirada pero no les atacaron.

Teela iba detrás de Luis. Interlocutor-de-Animales cerraba la comitiva, lanzando verdes destellos hacia cualquier lugar donde podría haber algún hombre agazapado. Cuando llegaron junto a la rampa el kzin se detuvo, esperó hasta que Teela hubo llegado sana y salva arriba, luego... Luis logró ver fugazmente cómo desaparecía.

¿Por qué habría hecho eso?

No podían perder tiempo averiguándolo. Luis comenzó a subir las escaleras. Cuando consiguió llegar a la sala de mandos, el cuerpo del titerote ya comenzaba a resultar increíblemente pesado. Depositó a Nessus junto a la aerocicleta, cogió el botiquín de urgencia y frotó el cuello del titerote con el parche para diagnósticos, justo debajo del torniquete. El botiquín del titerote seguía unido a la aerocicleta por un cordón umbilical y Luis no se equivocaba al imaginar que poseía un mecanismo más elaborado que el suyo.

Los mandos de la cocinilla comenzaron a girar por sí solos. Al cabo de pocos segundos, del panel de mandos salió serpenteando una sonda: cuando ésta tocó el cuello del titerote, pareció palpar la piel, localizó un lugar adecuado y se hundió en la carne.

Luis se estremeció. Sin embargo... Alimentación intravenosa. Nessus debía seguir con vida.

El «Improbable» estaba en el aire, aunque Luis no había notado que despegasen. Interlocutor estaba sentado en el último peldaño justo encima de la rampa de aterrizaje, y contemplaba la torre del Cielo que se alzaba a sus pies. Sostenía cuidadosamente algo entre ambas manos.

- ¿Ha muerto el titerote? - preguntó.

- No. Ha perdido muchísima sangre. - Luis se sentó junto al kzin. Le dolían todos los huesos y se sentía terriblemente deprimido -. ¿Puede sufrir un colapso un titerote?

- ¿Cómo quieres que lo sepa? El colapso ya es un mecanismo curioso de por sí. Necesitamos varios siglos de estudios para llegar a averiguar por qué los humanos moríais con tanta facilidad durante las torturas. - Era evidente que el kzin pensaba en otra cosa. Sin embargo preguntó -: ¿Otra consecuencia de la suerte de Teela Brown?

- Yo diría que sí - respondió Luis.

- ¿Por qué? ¿De qué puede servirle a Teela que el titerote esté herido?

- Tendrías que verlo desde mi punto de vista - dijo Luis -. Cuando la conocí, tenía una visión muy subjetiva de las cosas. Era como, en fin... - De pronto consiguió plasmar la idea en una imagen y dijo -: Había un cuento de una muchacha. El héroe era un hombre de mediana edad Y muy cínico y deseaba conocer a esa muchacha a causa del mito que se había formado en torno a ella. Y cuando la encontró, aún seguía dudando de la veracidad del mito. Hasta que ella le dio la espalda. Entonces comprobó que detrás no tenía nada: era la máscara de una muchacha, una máscara flexible que representaba toda la cara anterior de una mujer en vez de sólo el rostro. Era imposible hacerla sufrir, Interlocutor. Y eso era justo lo que quería ese hombre. Las demás mujeres de

su vida siempre sufrían y él no podía dejar de pensar que era culpa suya, hasta que llegó un momento en que se sintió incapaz de soportarlo.

- No entiendo nada, Luis.

- Cuando llegamos aquí, Teela era como la máscara de una muchacha. Jamás había sufrido. Su personalidad no era humana.

- ¿Y eso qué tiene de malo?

- Nada, excepto que su destino era ser humana, hasta que Nessus la convirtió en otra cosa. ¡nej con el titerote! ¿Te das cuenta de lo que hizo? Intentó crear a dios a su propia imagen, su imagen idealizada, y lo que obtuvo fue Teela Brown. Ella es exactamente lo que quisiera ser cualquier titerote. No puede sufrir ningún daño. Ni siquiera puede estar incómoda, a menos que sea por su propio bien. Y por eso tuvo que venir aquí. El Mundo Anillo es un buen lugar para ella, pues aquí puede pasar por toda la gama de experiencias necesarias para llegar a ser plenamente humana. Dudo de que las Loterías de Derechos de Procreación produjesen a muchas personas como ella. Hubieran debido tener la misma suerte. Hubieran debido embarcarse en el «Embustero», pero Teela fue más afortunada que ninguna. Aun así..., ¡deben de quedar cientos como ella repartidas por toda la Tierra! El futuro será un poco extraño cuando comiencen a descubrir su increíble poder. Los demás tendremos que aprender a esfumarnos en cuanto aparezcan.

- ¿Y la cabeza del herbívoro? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

- Es incapaz de sentir simpatía por el sufrimiento de los demás - explicó Luis -. Tal vez necesitaba ver sufrir a un buen amigo. A la suerte de Teela le es indiferente lo que ello pueda suponer para Nessus. ¿Sabes quién me ayudó a hacer el torniquete? Teela advirtió lo que necesitaba y me tendió un pañuelo que podía servirme. Probablemente ha sido la primera vez en su vida que supo cómo reaccionar ante una emergencia.

- Tampoco tiene por qué hacerlo. Su suerte ya la protege en caso de emergencia.

- Hasta ahora ignoraba que era capaz de reaccionar ante una emergencia. Nunca había tenido verdaderos motivos para confiar en sí misma. Hasta ahora nada justificaba su aplomo.

- Debo confesar que no lo entiendo.

- Descubrir las propias limitaciones forma parte del proceso de maduración. Teela era incapaz de madurar, no podía convertirse en una verdadera persona adulta sin haber tenido que hacer frente a algún tipo de emergencia física.

- Debe de ser una característica muy humana - dijo Interlocutor. Luis interpretó el comentario como una confesión de absoluta incomprensión. No intentó seguir explicándoselo. El kzin añadió: - Me había estado preguntando si no

habría sido un error aparcar el «Improbable» más alto que la torre que los nativos llaman Cielo. Tal vez lo consideraron una blasfemia. Pero todas estas reflexiones resultan fútiles, si partimos de la base de que todo depende de la suerte de Teela Brown.

Luis aún no había conseguido ver qué era eso que el kzin sostenía con tanto cuidado.

- ¿Volviste a recoger la cabeza? De ser así, has perdido el tiempo. Será imposible congelarla a una temperatura lo suficientemente baja y con la rapidez necesaria.

- No, no es eso, Luis. - Interlocutor le mostró un objeto del tamaño de un puño en forma de peonza -. No lo toques. Podrías quedarte sin dedos.

- ¿Sin dedos?

El extremo aguzado de la peonza acababa en un punzón, cuya punta se iba afilando hasta convertirse en el alambre negro que unía las pantallas cuadradas.

- Comprendí que los nativos habían conseguido manipular el cable - explicó Interlocutor -. Tenían que haberlo tocado para tender la trampa que hirió a Nessus. Regresé para averiguarlo. Resulta que encontraron un extremo del cable. Supongo que en el otro extremo no habrá más que cable desnudo; seguramente el cable se partió por la mitad cuando chocamos contra él con el «Embustero» y esta punta se zafó de la correspondiente ranura en una de las pantallas. Ha sido una suerte poder conseguir al menos un extremo.

- Y que lo digas. Podremos arrastrarlo detrás. No creo que se enrede en algo que luego no pueda cortar.

- ¿A dónde vamos ahora, Luis?

- Hacia estribor. Regresaremos al «Embustero».

- Evidentemente. Tenemos que proporcionar a Nessus los cuidados médicos necesarios. ¿Y luego?

- Ya veremos.

Utilizaron plástico electrocoagulante para unir a una pared el cabo en forma de peonza. Pero no hubo forma de aplicarle la corriente. El desintegrador podría haberles sido útil, pero lo habían perdido. Cuando la situación ya era desesperada, Luis descubrió que la batería de su encendedor podía proporcionarles la corriente suficiente para coagular el plástico.

Dejaron el extremo aguzado de la peonza al descubierto y apuntando en dirección a babor.

- Si no me equivoco, la sala de mandos miraba hacia estribor - dijo Interlocutor -. De lo contrario, tendremos que repetir toda la operación. El cable tiene que colgar detrás nuestro.

- Espero que salga bien - dijo Luis. No tenía demasiada confianza... pero lo cierto era que no podían cargar el alambre en el edificio. Tenían que llevarlo colgado detrás.

Encontraron a Teela y Caminante en la sala de máquinas en compañía de Prill, que estaba operando los elevadores.

- Tendremos que separarnos - dijo bruscamente Teela -. Esta mujer dice que puede dejarnos junto al castillo flotante. Intentaremos entrar en el salón de banquetes a través de alguna ventana rota.

- ¿Y luego qué? Quedaréis incomunicados, a menos que consigáis controlar los elevadores del castillo.

- Caminante dice que sabe un poco de magia. Estoy segura de que encontrará alguna solución.

Luis no intentó disuadirla. Desviar a Teela Brown del camino que se había trazado, le inspiraba tanto recelo como enfrentarse a un bandersnatch enfurecido, sin otra arma que sus puños desnudos.

- Si no conseguís hacer funcionar los elevadores, pulsad los mandos al azar.

- Lo tendré en cuenta - le aseguró ella con una sonrisa. Luego añadió, más seria -: Cuidad de Nessus.

Cuando Caminante y Teela desembarcaron del «Improbable» veinte minutos más tarde, ésa fue toda su despedida. Luis había pensado decirle algunas cosas, pero al final las calló. ¿Qué podía decirle sobre sus propios poderes? Tendría que irlos descubriendo por sí sola, a fuerza de errores, mientras su buena fortuna protegía su vida.

En las próximas horas, el cuerpo del titerote se fue enfriando y por fin se quedó como muerto. Las luces del botiquín continuaban centelleando, aunque de un modo incomprensible. Seguramente el titerote debía de estar en cierto estado de vida latente.

El «Improbable» avanzaba hacia estribor, arrastrando tras sí el alambre de las pantallas, ora tenso, ora flácido. Antiguos edificios fueron derrumbándose

sobre la ciudad, varias veces cercenados por el cable que se había quedado enrollado a su alrededor. Pero el cabo permaneció fijo bajo la envoltura de plástico electrocoagulado.

A lo largo de los días que siguieron, la ciudad del castillo flotante fue haciéndose cada vez más diminuta, luego se fue difuminando y por fin se hizo invisible.

Prill permanecía sentada junto a Nessus, incapaz de ayudarlo, incapaz de dejarle. Era evidente que sufría.

- Tenemos que ayudarla - dijo Luis -. Se ha vuelto adicta al tasp y ahora se lo han suprimido. Si no se suicida, puede matar a Nessus, ¡o a mí!

- Luis, no esperarás que yo te aconseje.

- No. No, supongo que no.

La mejor forma de ayudar a un ser humano doliente es ser un buen confidente. Luis intentó serlo; pero le faltaban palabras para ello, y Prill parecía poco dispuesta a hablar. Cuando quedaba solo se mordía los puños; pero no dejaba translucir su desánimo en presencia de Prill.

Siempre la tenía ante sí. Tal vez su mala conciencia se hubiera apaciguado de mantenerse alejado de ella, pero la muchacha se negaba a abandonar la sala de mandos.

Poco a poco, fue aprendiendo su lengua y lentamente Prill comenzó a hablar. Luis intentó hablarle de Teela, y de Nessus, y de cómo había querido erigirse en dios...

- Yo también creí ser una diosa - dijo ella -. De verdad. Aunque no sé por qué. Yo no construí el Anillo. El Anillo es mucho más viejo que yo.

Prill también estaba aprendiendo cosas. Hablaba en una forma simplificada de su lengua obsoleta: sólo dos tiempos verbales, prácticamente ningún mortificante, una pronunciación exagerada.

- Era lo que te habían dicho - dijo Luis.

- Pero yo sabía.

- Todos queremos ser dioses. «Queremos el poder sin las responsabilidades»; pero Luis ignoraba esas palabras.

- Entonces se presentó él. Dos Cabezas. ¿Tenía la máquina?

- Tenía la máquina tasp.

- Tasp - repitió ella muy lentamente -. Tuve que adivinarlo. Con el tasp era dios. Cuando perdió el tasp, dejó de ser dios. ¿Ha muerto Dos Cabezas?

No era fácil determinarlo.

- En su opinión, morir sería una estupidez - dijo Luis.

- Lo estúpido es dejarse cortar la cabeza - dijo Prill. Un chiste. Había intentado hacer un chiste.

Prill comenzó a interesarse por otras cosas: las relaciones sexuales y las clases de lengua y el paisaje del Mundo Anillo. Sobrevolaron algunos girasoles. Prill los desconocía. Procurando esquivar los frenéticos ataques de las plantas que intentaban quemarlos con sus rayos, consiguieron desenterrar un brote de medio metro de longitud y lo replantaron en el techo del edificio. Luego torcieron por completo hacia giro para evitar mayores concentraciones de girasoles.

Cuando se quedaron sin comida, Prill perdió todo interés por el titerote. Luis la dio de alta.

Interlocutor y Prill intentaron hacerse pasar por dioses en el próximo poblado nativo. Luis les esperó arriba muy preocupado, preguntándose si Interlocutor conseguiría dar el pego, dudando si no sería mejor que se afeitara la cabeza. De todos modos, haría un triste papel como acólito. Además, dominaba muy poco la lengua.

Por fin los dos regresaron con las ofrendas. Comida.

A medida que los días se iban convirtiendo en semanas volvieron a repetir varias veces la comedia. Lo hacían muy bien.

La piel de Interlocutor empezaba a crecer y volvía a ser la pantera de piel anaranjada de los buenos tiempos, «una especie de dios de la guerra». Siguiendo los consejos de Luis, mantenía sus orejas plegadas y aplastadas contra la cabeza.

Su papel de Dios tuvo un extraño efecto en Interlocutor. Una noche se lo confesó a Luis.

- No me importa hacer de dios - le dijo -. Pero me molesta hacerlo mal.

- ¿Qué quieres decir?

- Nos hacen preguntas, Luis. Las mujeres interrogan a Prill Y ella les contesta; y en general soy incapaz de comprender tanto el problema como la solución. Los hombres también deberían preguntarle a Prill, pues es humana y yo no. Sin embargo, se dirigen a mí. ¡A mí! ¿Por qué tienen que acudir a mí, un ser de otra especie, para que les ayude a resolver sus problemas personales?

- Eres un macho. Un dios es una especie de símbolo - dijo Luis -, aunque sea de carne y hueso. Tú eres un símbolo masculino.

- Pero eso es absurdo. Ni siquiera poseo genitales externos, como supongo debes de tener tú.

- Eres alto y fornido y tienes un aspecto amenazador. Ello convierte en un símbolo viril. No creo que pudieras deshacerte de esas características sin perder todas tus propiedades divinas.

- Lo que necesitamos es un sistema de micrófonos, para que tú puedas ayudarme a contestar las preguntas extrañas o embarazosas.

Prill les reservaba una sorpresa. El «Improbable» había sido un cuartel de policía. En uno de los armarios, Prill encontró un sistema de intercomunicación múltiple provisto de baterías que se cargaban conectándolas a la reserva de energía del edificio.

Consiguieron reparar dos de los seis equipos.

- Eres más lista de lo que creía - le dijo Luis a Prill esa noche. Permaneció indeciso un momento; sus conocimientos lingüísticos eran insuficientes para poder expresarse con tacto. - Nunca imaginé que una ramera espacial supiera tantas cosas.

Prill rió:

- ¡Tontuelo! Tú mismo me has dicho que vuestras naves se mueven muy de prisa en comparación con las nuestras.

- Así es - dijo Luis -. Su velocidad es superior a la de la luz.

- Cada vez adornas más la cosa - rió ella -. Nuestra teoría dice que eso es imposible.

- Tal vez usemos teorías distintas.

Pareció un poco desconcertada. Luis habría aprendido a interpretar sus reacciones musculares involuntarias en vez de prestar atención a sus facciones prácticamente inexistentes.

- El aburrimiento puede ser peligroso cuando una nave tarda años en cubrir el trayecto entre dos mundos - siguió explicando ella -. Es preciso contar con distracciones. Las rameras de las naves deben poseer conocimientos de medicina del cuerpo y del alma, ser capaces de amar a hombres muy distintos y estar dotadas de especial habilidad para la conversación. También debemos tener ciertas nociones sobre el funcionamiento de la nave, para no provocar accidentes. Tenemos que estar sanas. Y una norma del gremio exige que sepamos tocar un instrumento.



Luis tragó saliva. Prill soltó un musical gorgojeo y comenzó a acariciarle aquí y allí...

El sistema de intercomunicación funcionaba perfectamente, a pesar de que los auriculares estaban diseñados para los oídos humanos, no kzinti. Luis llegó a ser experto en el arte de pensar sobre la marcha, en su papel de apuntador del dios de la guerra. Cuando cometía algún error, siempre le quedaba el consuelo de pensar que el «Improbable» seguía siendo más veloz que el sistema más rápido de difusión de noticias del Mundo Anillo. Cada contacto era el primer contacto.

Pasaron los meses. Poco a poco el terreno se hizo más desértico. El Puño-de-Dios ya era visible a la luz del sol y se hacía más alto de día en día. La mente de Luis ya se había habituado a la rutina de esos meses. Tardó un tiempo en reaccionar ante estos hechos.

Era pleno día cuando Luis decidió hablar con Prill:

- ¿Has oído hablar de corrientes inducidas? - le dijo. Y le explicó lo que eran.

Y luego:

- Es posible aplicar una corriente de muy baja intensidad al cerebro y producir directamente placer o dolor.

También le explicó el significado exacto de estas palabras. Y por último:

- Pues así actúa el tasp.

- Ya sabía que tenía una máquina. ¿De qué me sirve conocer ahora su funcionamiento? - dijo Prill.

- Estamos abandonando la zona civilizada. No creo que encontremos muchos más poblados, ni lugares donde abastecernos de alimentos, hasta que lleguemos a nuestra nave espacial. Quería que supieras lo que es el tasp antes de tomar una decisión.

- ¿Qué decisión?

- ¿Quieres que te dejemos en el próximo poblado? ¿O prefieres venir con nosotros hasta el «Embustero» y seguir luego en el «Improbable»? Podremos darte comida cuando lleguemos a nuestra nave.

- Tenéis sitio para mí en el «Embustero» - dijo ella con gran aplomo.

- Desde luego, pero...

- Estoy harta de salvajes. Deseo ir a un lugar civilizado.

- Tal vez te cueste adaptarte a nuestras costumbres. Para empezar, todos tienen mucho pelo, como yo. - A Luis le había crecido una larga y espesa cabellera. Se había cortado la coleta -. Tendrás que usar peluca.

Prill hizo una mueca:

- Ya me acostumbraré.

Luego soltó una carcajada:

- ¿Te crees capaz de hacer todo el viaje de regreso sin mí? Ese grandullón anaranjado no puede sustituir a una mujer.

- Es un argumento que nunca falla.

- Puedo ser útil en tu mundo, Luis. Sois muy ignorantes en materia sexual.

Una afirmación que Luis prefirió pasar por alto.

## 24. El Puño-de-Dios

La tierra fue tornándose árida y el aire empezó a enrarecerse. El Puño-de-Dios parecía huir de ellos. Se les había terminado la fruta y la reserva de carne comenzaba a menguar. Habían entrado en la pendiente desértica que culminaba en el propio Puño-de-Dios, un desierto que en su momento Luis había estimado más extenso que toda la Tierra.

El viento silbaba en torno al «Improbable». Ya se habían situado casi directamente en dirección a giro de la gran montaña. El Arco se dibujaba azul y nítido, las estrellas constituían puntos de un brillo intenso y bien definido.

Interlocutor estaba escrutando el cielo a través de la claraboya de la sala de mandos.

- Luis, ¿serías capaz de localizar el núcleo de la galería desde aquí?

- ¿Para qué? Ya sabemos dónde estamos.

- Inténtalo de todos modos.

En los meses que habían pasado bajo ese cielo, Luis había intentado identificar algunas estrellas, había imaginado la distorsión que debían presentar algunas constelaciones desde esa perspectiva.

- Ahí, diría yo. Detrás del Arco.

- Exactamente. El núcleo de la galaxia está situado en el mismo plano que el Mundo Anillo.

- Evidentemente.

- Recordarás que el material base del Mundo Anillo intercepta los neutrinos. Es muy posible que también intercepte otras partículas subatómicas, Luis.

Era evidente que el kzin tenía algo en mente.

Claro. ¡Cómo no se me había ocurrido! ¡El Mundo Anillo es totalmente inmune a la explosión del Núcleo! ¿Cuándo lo descubriste?

- Ahora mismo. Ya hace un tiempo que había conseguido localizar el Núcleo.

- Algunas partículas se dispersarán. La radiación será intensa en las proximidades de los muros exteriores.

- Pero la suerte de Teela Brown la mantendrá alejada de los muros exteriores cuando llegue el frente expansivo.

- Veinte mil años... - Luis estaba anonadado -. ¡Bendito sea Finagle! ¿Cómo es posible que alguien pueda razonar en esos términos?

- La enfermedad y la muerte siempre constituyen una mala suerte, Luis. Partiendo de nuestros supuestos, Teela Brown vivirá eternamente.

- Pero ella no piensa en esos términos. Es su suerte, que nos tiene atrapados a todos como un maestro titiritero...

Nessus ya llevaba dos meses convertido en un cadáver conservado a temperatura ambiente. Su cuerpo no se había descompuesto. Las luces de su botiquín de primeros auxilios continuaban encendidas e incluso cambiaban de vez en cuando. Era la única señal de que tal vez siguiera con vida.

Luis estaba observando al titerote Y, de pronto, estableció una conexión entre las dos ideas.

- Titerote - murmuró en voz baja.

- ¿Luis?

- Estaba pensando si los titerotes no habrían recibido su nombre por su tendencia a erigirse en dioses de las especies que les rodean. Han tratado a los humanos Y los kzinti como si fuesen títeres, es harto evidente.

- Pero la suerte de Teela convirtió a Nessus en un títere.

- Todos hemos estado jugando a ser dioses, cada uno a nuestra manera. - Luis señaló a Prill; la muchacha estaba escuchando y seguramente debía entender una palabra de cada tres -. Prill tú y yo. ¿Qué te pareció la experiencia, Interlocutor? ¿Crees haber sido un buen o un mal dios?

- No sabría decírtelo. No se trataba de seres de mi propia especie, pese a que he estudiado detenidamente a los humanos. Al menos, he conseguido detener una guerra. Bastó explicarle a cada bando que tenía todas las de perder. Hará de eso unas tres semanas.

- Sí. Fue idea mía.

- Evidentemente.

- Ahora tendrás que volver a erigirte en dios. Ante los kzinti - declaró Luis.

- No te entiendo.

- Nessus y los demás titerotes han estado manipulando la reproducción de los humanos y los kzinti. Crearon deliberadamente una situación en la cual la selección natural debía favorecer la aparición de un kzin pacífico, ¿no es así?

- Así es.

- ¿Qué ocurriría si el Patriarca se enterara?

- Sería la guerra - respondió el kzin -. Una flota bien aprovisionada atacaría los mundos de los titerotes tras una travesía de dos años. Es posible que la humanidad se uniera a la expedición. Los titerotes os han ofendido tan gravemente como a nosotros.

- No cabe duda. ¿Y luego?

- Luego los herbívoros exterminarían a mi especie hasta el último cachorro. Luis, no pienso decir ni media palabra a nadie sobre los señuelos para atraer a los vástagos de las estrellas y los planes de reproducción selectiva de los titerotes. ¿Te avendría a guardar igualmente silencio?

- Puedes contar conmigo.

- ¿A esto te referías cuando hablabas de erigirme en dios ante mi especie?

- A esto y a algo más - dijo Luis -. El «Tiro Largo», ¿continúas decidido a apoderarte de él?

- Aún no lo sé - respondió el kzin.

- No lo conseguirías - dijo Luis -. Pero supongamos que sea posible. ¿Qué ocurriría entonces?

- Entonces el Patriarca poseería un hiperreactor de quantum II.

- ¿Y luego?

Prill parecía comprender que se estaba debatiendo algo crucial. Les miraba atentamente y parecía dispuesta a interrumpir una pelea en cuanto ésta se produjera.

- Pronto dispondríamos de naves de guerra capaces de recorrer un año luz en un minuto y cuarto. Dominaríamos el espacio, esclavizaríamos a todas las especies a nuestro alcance.

- ¿Y luego?

- Luego no hay más. Ésa es nuestra última ambición, Luis.

- No. Continuaríais la conquista. Con un motor de esas características, os iríais expandiendo en todas direcciones, os dispersaríais, os apoderaríais de cuantos mundos hallaseis. Conquistaríais más de lo que seríais capaces de administrar... y en el ámbito de ese espacio tan enorme sin duda os toparíais con algo realmente peligroso. La flota de los titerotes. Otro Mundo Anillo, pero en su momento de máximo apogeo. Bandersnatch provistos de manos, grogs con pies, kdatlynos armados...

- Meras fantasías.

- Has visto el Mundo Anillo. Has visto los mundos de los titerotes. En un espacio como el que podríais cubrir con el hiperreactor de los titerotes, debe haber necesariamente otros mundos parecidos.

El kzin se quedó callado.

- Piénsalo con calma - continuó Luis -. Reflexiona. De todos modos, tampoco conseguirías apoderarte del «Tiro Largo». Todos moriríamos si lo intentaras.

Al día siguiente, el «Improbable» cruzó una larga fosa completamente recta abierta por un meteorito en su caída. Torcieron rumbo a antigiro y enfilaron directamente hacia el Puño-de-Dios.

La montaña del Puño-de-Dios había ido creciendo sin que pareciera estar más próxima. Mayor que cualquier asteroide, de forma aproximadamente cónica,

recordaba un pico nevado ampliado a unas dimensiones de pesadilla. Y la pesadilla continuaba, pues el Puño-de-Dios seguía aumentando de tamaño.

- No lo entiendo - dijo Prill. Se la veía desconcertada y un poco preocupada -. No conocía esta formación. ¿Por qué debieron construirla? En los bordes del Anillo ya hay montañas de estas dimensiones, igualmente decorativas y además muy útiles, pues sirven para impedir que se escape el aire.

- Exactamente lo que había pensado yo - dijo Luis Wu. Y no quiso añadir nada más.

Encontraron el «Embustero» tal como lo habían dejado: boca arriba sobre una superficie libre de rozamiento. Mentalmente, Luis decidió aplazar los festejos. Aún no podían considerarse a salvo.

Finalmente, Prill tuvo que mantener el «Improbable» en una curiosa posición a fin de que Luis pudiera pasar directamente a la nave desde la rampa de aterrizaje. Localizó los controles necesarios para abrir los dos portillos de la compuerta al mismo tiempo. Sin embargo, no pudieron evitar que el aire zumbara a su alrededor durante el tiempo que tardaron en trasladar el cuerpo de Nessus. No podían reducir la presión de la cabina sin ayuda de Nessus, y éste estaba muerto, a todos los efectos.

Sin embargo, le trasladaron al médico automático. Era un ataúd en forma de titerote, especialmente adaptado al cuerpo de Nessus, y bastante grueso. Los cirujanos y mecánicos titerotes debían de haberlo programado para que fuera capaz de hacer frente a cualquier eventualidad. Pero ¿habrían pensado en la decapitación?

Lo habían previsto. El médico automático iba provisto de dos cabezas de recambio, y otras dos con sus correspondientes cuellos, y suficientes órganos y partes del cuerpo para construir varios titerotes completos. Probablemente, habían sido producidos a partir del propio organismo de Nessus; los rostros de las cabezas tenían un aire familiar.

Prill subió a bordo y cayó de cabeza. Pocas veces había visto Luis tal reacción de sorpresa. No le había explicado que la nave iba provista de gravedad inducida. Cuando se levantó, tenía el rostro tan inexpresivo como de costumbre, pero su actitud... Había quedado muda de asombro.

En medio del silencio fantasmagórico que acompaña todo retorno al hogar, se oyó de pronto el grito de guerra de Luis Wu.

- ¡Café! - aulló. Y - ¡Agua caliente! - Irrumpió en el camarote que había compartido con Teela Brown. Segundos más tarde, asomaba la cabeza para gritar - ¡Prill!

Prill acudió a su llamada.

A Prill el café le pareció detestable. En su opinión, Luis debía de estar loco para tomarse ese amargo brebaje, y así se lo dijo.

En cambio, en cuanto Luis le explicó cómo funcionaban los mandos, apreció la ducha como un lujo largo tiempo perdido y terriblemente añorado.

Las placas sómnicas la entusiasmaron.

Interlocutor estaba celebrando el retorno a su manera. Luis no conocía todos los detalles de su camarote. Sin embargo, tenía la certeza de que el kzin se estaría dando un hartazgo.

- ¡Carne! - le oyeron exclamar gozoso -. Ha sido un sacrificio tener que comer carne muerta de varios días.

- Eso que estás comiendo ahora ha sido reconstituido.

- Sí, ¡pero sabe a carne fresca!

Esa noche, Prill se acostó en un diván de la sala de estar. El campo sómnico le gustaba, pero no para dormir. Sin embargo, Luis Wu pudo dormir sin gravedad por primera vez en los últimos tres meses.

Durmió diez horas, y cuando se despertó se sentía como un tigre. A sus pies resplandecía la mitad del disco solar.

Se trasladó otra vez al «Improbable» y empleó su linterna de rayos laser para desenganchar el cabo del alambre de las pantallas. Cuando hubo terminado la operación, aún quedaban adheridos a éste algunos restos de plástico electrocoagulado.

No intentó llevarlo hasta el «Embustero». El alambre negro era demasiado peligroso y el suelo del Anillo resbaladizo en exceso. Luis avanzó a cuatro patas sobre la superficie sin rozamiento, arrastrando el cabo detrás suyo.

Vio a Interlocutor que le observaba desde la compuerta.

Luis subió hasta la compuerta por la escalera de Prill, apartó al kzin sin darle explicaciones y continuó hacia popa. Interlocutor seguía observándole.

El conducto situado más hacia popa en lo que quedaba del «Embustero» era del tamaño de un muslo humano. A través de él pasaban los cables que conectaban la maquinaria situada en el ala de la nave, cuando ésta aún tenía un ala. Ahora la abertura estaba sellada con una placa de metal. Luis levantó la placa, introdujo el cabo del alambre a través de ella y lo dejó colgando fuera.

Luego avanzó hacia proa. De vez en cuando comprobaba la posición del alambre cortando una rodaja de una salchicha jinciana obtenida de la cocina de la nave. Luego señalaba el lugar exacto con pintura amarilla fosforescente.

Terminada la operación, una línea de puntos amarillos atravesaba el «Embustero» señalando la trayectoria del alambre prácticamente invisible.

Al tensarse, el alambre cercenaría sin duda algunas de las paredes divisorias de la nave. Gracias a la pintura amarilla, Luis pudo estudiar la dirección de estos cortes y asegurarse de que el alambre no dañara ninguna parte del sistema de supervivencia. Pero la pintura también serviría de advertencia y les ayudaría a mantenerse apartados del alambre.

Luis cruzó la compuerta, esperó a que Interlocutor saliera tras él. Luego cerró el portillo exterior.

Por fin, Interlocutor preguntó:

- ¿Es ésta la razón de que viniéramos hasta aquí?

- En seguida te lo explicaré - respondió Luis.

Se dirigió a la popa del fuselaje de Productos Generales, cogió el cabo con ambas manos y le dio un ligero tirón. El alambre no se movió. Se volvió de espaldas a la nave. Tiró con todas sus fuerzas. El alambre no se movió en absoluto. La puerta de la compuerta lo mantenía en su sitio.

- Imposible someterlo a una prueba con mayor tracción. No estaba seguro de que la puerta de la compuerta quedase lo suficientemente ajustada. Tampoco sabía si el fuselaje de Productos Generales resistiría el roce del cable. Aún no puedo asegurarlo con toda certeza. Pero, sí, por esto hemos venido.

- ¿Qué haremos ahora?

- En primer lugar, tenemos que abrir el portillo de la compuerta. - Así lo hizo -. Ahora dejaremos que el alambre se deslice a través del «Embustero» y transportaremos otra vez el cabo hasta el «Improbable» y volveremos a unirlo a la pared.

Así lo hicieron.

El alambre que había servido para unir las pantallas cuadradas se perdía en la distancia en dirección a estribor. Lo habían arrastrado miles de kilómetros detrás del «Improbable», porque no había forma posible de subirlo a bordo del edificio volante. Tal vez llegaba hasta la maraña de cables enredados en torno a los edificios de la Ciudad Bajo el Cielo; una maraña de alambre que parecía una nube de humo y podía contener millones de kilómetros de ese material.

Ahora el alambre entraba por la doble compuerta del «Embustero», cruzaba el fuselaje de la nave, salía por el conducto de los cables y acababa en un pegote de plástico electrocoagulante adherido a la base del edificio volante.

- De momento todo ha salido según lo previsto - comentó Luis -. Ahora necesitare a Prill. No, ¡nej! Lo había olvidado. Prill no tiene traje de presión.



- ¿Traje de presión?

- Vamos a subir en el «Improbable» hasta la cumbre del Puño-de-Dios. El edificio no es hermético. Tendremos que dejarla aquí.

- Hasta la cumbre del Puño-de-Dios - repitió Interlocutor -. Luis, una sola aerocicleta no es lo suficientemente potente para remolcar el «Embustero» hasta ahí arriba. Si además quieres sobrecargar el motor con la masa adicional de un edificio flotante.

- No tengo intención de remolcar el «Embustero». Arrastraré el alambre hasta la cumbre. Dejaremos que se deslice libremente a través del «Embustero». Nada lo detendrá hasta que le ordene a Prill que cierre la compuerta.

Interlocutor pareció pensarlo.

- Creo que saldrá bien, Luis. Si la aerocicleta del titerote no resulta lo bastante potente, siempre podemos desprendernos de parte del edificio para reducir el peso. Pero, ¿para qué? ¿Qué esperas encontrar ahí en la cumbre?

- Podría resumírtelo en una sola palabra; y te reirías ante mis narices. Interlocutor, te juro que, si me equivoco, nunca lo sabrás - dijo Luis Wu.

Mientras tanto pensaba: «Debo explicarle a Prill lo que debe hacer. Y taponaré el conducto con plástico. No impedirá el paso del cable, pero el «Embustero» quedará casi herméticamente cerrado».

El «Improbable» no era una nave espacial. Su fuerza elevadora era de carácter electromagnético y se sustentaba en la estructura básica del propio Anillo. Y en el Puño-de-Dios esta estructura básica formaba una ladera inclinada; pues la montaña estaba hueca. Naturalmente, el «Improbable» tendría tendencia a volcar, a caer hacia atrás bajo el impulso de la aerocicleta del titerote.

Interlocutor ya había hallado una solución a ese problema.

Se enfundaron sus trajes de presión ya antes de iniciar el viaje propiamente dicho. Mientras sorbía una papilla a través de un tubo, Luis recordó con añoranza la carne asada con la linterna de rayos laser. Interlocutor estaba sorbiendo sangre reconstituida, absorto en sus propios pensamientos.

La cocina sin duda era innecesaria. Se deshicieron de esa parte del edificio y con ello disminuyó su tendencia a volcar hacia atrás.

También se deshicieron del equipo de aire acondicionado y de los controles policíacos. Sin embargo, no arrojaron por la borda los generadores que destruyeron sus aerocicletas hasta asegurarse de que eran independientes de los motores elevadores. Luego derribaron algunas paredes, dejando las necesarias para protegerse de los rayos directos del sol.

Cada día les acercaba un poco más al cráter del Puño-de-Dios, un cráter capaz de tragarse casi cualquier asteroide. El reborde del cráter no le recordaba a ninguno de los que había visto Luis. Unos salientes semejantes a puntas de lanza de obsidiana formaban un anillo dentado. Puntas de lanza que por sí solas tenían las dimensiones de una montaña. Localizaron una hendidura entre dos de esos picos. Podrían pasar por allí...

- Imagino que deseas penetrar en el cráter - dijo Interlocutor.

- Así es.

- En ese caso, es una suerte que hayamos encontrado ese cañón. A partir de allí la ladera se hace demasiado empinada para nuestro motor. Pronto llegaremos al cañón.

Interlocutor pilotaba el «Improbable» a base de variar la tracción de la aerocicleta. Habían tenido que dirigirla así desde que se desprendieron del mecanismo estabilizador, en un último intento de aligerar el peso del edificio. Luis ya se había acostumbrado al extraño aspecto del kzin: los cinco globos transparentes concéntricos de su traje de presión, el casco en forma de pecera con su maraña de controles para la lengua que casi le ocultaban todo el rostro, la enorme mochila.

- Llamando a Prill - dijo Luis por el intercom -. Llamando a Halrloprillalar. ¿Estás ahí, Prill?

- Aquí estoy.

- No te muevas. Dentro de veinte minutos estaremos al otro lado.

- Me alegro. Ya ha durado bastante.

El Arco parecía despedir llamas sobre sus cabezas. A mil quinientos kilómetros por encima de la superficie del Mundo Anillo, llegaban a divisar el lugar donde el Arco se confundía con los muros exteriores y el paisaje plano. Se sentían como el primer hombre que viajó al espacio, haría de eso un millar de años, y al mirar hacia la Tierra comprobó que, por Jehová, realmente era redonda.

- Cómo íbamos a adivinarlo - dijo Luis, muy quedo. Sin embargo, Interlocutor levantó la vista de lo que estaba haciendo.

Luis no advirtió la mirada extrañada del kzin.

- Hubiéramos podido ahorrarnos muchos problemas. Hubiéramos podido regresar en cuanto encontramos el alambre de las pantallas. ¡Qué nej, hubiéramos podido remolcar el «Embustero» hasta la cumbre del Puño-de-Dios con nuestras cuatro aerocicletas! Pero entonces Teela no habría conocido a Caminante.

- ¿Todavía la suerte de Teela Brown?

- Naturalmente. - Luis tuvo un sobresalto -. ¿He estado hablando solo?

- Te he estado escuchando.

- Tendríamos que haberlo imaginado - dijo Luis. Ya estaban muy cerca del cañón entre los dos empinados picos -. Los Constructores nunca habrían construido una montaña tan alta en este sitio. Poseen más de un billón de kilómetros de montañas de más de mil kilómetros de altura, si contamos los dos muros exteriores.

- Pero el Puño-de-Dios existe, Luis.

- No. Es sólo una cáscara. Mira ahí abajo: ¿qué ves?

- Material base del Anillo.

- Cuando lo vimos por primera vez creímos que era hielo sucio. ¡Hielo sucio, sobre el vacío! Pero esto es lo de menos. Recuerdas la noche que estuviste examinando el mapa gigante del Mundo Anillo? No conseguiste localizar el Puño-de-Dios. ¿Por qué no?

El kzin no dijo nada.

- Porque no estaba allí, por eso. No estaba allí cuando hicieron el mapa. Prill, ¿estás ahí?

- Sí. ¿Esperabas no encontrarme?

- Bien. Cierra las compuertas. Repito, cierra las compuertas, ya. Ten cuidado, no vayas a cortarte con el alambre.

- Mi gente inventó este alambre, Luis. - La voz de Prill le llegaba algo desfigurada. Se perdió un minuto, luego anunció -: Las dos puertas están cerradas.

El «Improbable» cruzó entre las rígidas astillas de montaña, la tensión de Luis, todo y con ser grande, hubiera sido aún mayor de no haber confiado en su subconsciente en que existiría alguna forma de cañón o paso entre esos picos.

- Luis, ¿qué esperas encontrar exactamente en el cráter de Puño-de-Dios?

- Estrellas - dijo Luis Wu.

El kzin también estaba sometido a una gran tensión.

- ¡No intentes burlarte de mí! Te juro...

... Y ya estaban al otro lado. No había ningún paso. Sólo una cáscara rota de material base del Mundo Anillo, dilatado por increíbles tensiones hasta quedar

reducido a menos de un metro de espesor; y luego se abrió el cráter de la montaña del Puño-de-Dios.

Comenzaron a caer. Y el cráter estaba lleno de estrellas.

Luis Wu tenía una imaginación estupenda. Mentalmente, podía hacerse una imagen perfectamente clara del proceso.

Primero vio el sistema del Mundo Anillo, estéril, impoluto, libre de naves espaciales, libre de cualquier objeto excepto la estrella G2, una cadena de pantallas cuadradas y el Mundo Anillo. Luego vio un cuerpo extraño que pasaba próximo a él, demasiado próximo. Contempló su caída hiperbólica desde el espacio y vio que en su trayectoria interestelar se interponía... la cara inferior del Mundo Anillo.

En su visión, el cuerpo extraño tenía aproximadamente el tamaño de la Luna de la Tierra.

Los primeros segundos debió de ser sólo plasma ionizado. Un meteorito puede enfriarse por ablación, por la vaporización de su propia capa exterior. Pero aquí el gas vaporizado no tenía posibilidades de expansión. Conque se había ido introduciendo en una deformación de la base del Anillo. El paisaje se había deformado hacia arriba; su cuidadosamente estudiada ecología y la organización de las lluvias habían quedado completamente desbaratados en una región más extensa que la superficie de la Tierra. Todo ese desierto... y el propio Puño-de-Dios, que se elevaba más de mil kilómetros antes de que la bola de fuego lograra atravesar el increíblemente resistente material base del Anillo.

¿Puño-de-Dios? ¡Nej, claro! Desde una celda del Mundo Anillo, Luis había imaginado claramente lo sucedido. El fenómeno debió de verse desde todas partes: una bola de fuego infernal del tamaño de la Luna de la Tierra que atravesaba la base del Anillo como el puño de un hombre fornido puede atravesar una caja de cartón.

Los nativos podían dar gracias de que la base del Anillo se hubiera deformado hasta tal punto. Por ese agujero podrían haber perdido fácilmente todo el aire del Mundo Anillo; sólo que estaba unos mil kilómetros demasiado arriba...

El cráter estaba lleno de estrellas. Y no había gravedad; los motores elevadores no tenían en qué sustentarse. Luis realmente no había anticipado lo que ocurriría a partir de ahí.

- Agárrate - gritó -, ¡y no te sueltes! Si te caes por la ventana, jamás conseguiremos rescatarte.

- Ya lo veo - dijo Interlocutor. Se había colgado de una viga de metal. Luis encontró otra.

- ¿Te das cuenta? ¡Estrellas!

- Sí, Luis, pero ¿cómo lo adivinaste?

Entonces sintieron la fuerza de la gravedad, algo tiraba del «Improbable». El desmantelado edificio se ladeó y la ventana de la sala de mandos daba hacia arriba.

- Ha resistido - dijo Luis con orgullo. Se instaló sobre su viga -. ¡Más vale así! Espero que Prill se haya puesto el cinturón; será un trayecto agitado. Tendrá que subir toda la ladera del Puño-de-Dios colgada del extremo de quince mil kilómetros de alambre de las pantallas. Tendrá que subir y pasar al otro lado, y entonces...

Ya podían ver el vientre del Mundo Anillo. Una superficie infinita, toda ella repujada. En el medio, un enorme orificio cónico abierto por un meteorito, reluciente en el fondo. Mientras el «Improbable» se balanceaba como una plomada bajo el Mundo Anillo, el sol comenzó a relucir en el fondo del cráter.

- ...saldrá y comenzará a bajar. Y quedaremos unidos al «Embustero» y rumbo al espacio abierto, a mil, doscientos kilómetros por segundo. El alambre acabará juntándonos; y si eso no funciona, aún nos queda el motor de la aerocicleta de Nessus. ¿Cómo lo adiviné? Ya te lo he dicho. ¿No te he hablado del paisaje?

- No.

- Ello fue el detonador. Todos esos picos de material base que asomaban entre las rocas, ¡y sólo habían transcurrido mil quinientos años desde la caída de la civilización! La causa eran esos dos orificios causados por meteoritos, que habían cambiado el rumbo de los vientos. ¿Has observado que la mayor parte de nuestro recorrido tuvo lugar entre esos dos orificios?

- Un razonamiento muy tortuoso, Luis.

- Pero no ha fallado.

- Es verdad. Y gracias a ti podré ver otra puesta de sol - dijo quedamente el kzin.

Luis saltó como electrizado:

- ¿Tú también?

- Sí, a veces me gusta contemplar la puesta del sol. Pero, hablemos del «Tiro Largo».

- ¿Cómo dices?

- Si consiguiera apoderarme del «Tiro Largo», mi especie dominaría el espacio conocido hasta que otra especie más poderosa chocara con nuestra esfera

expansiva. Olvidaríamos todo lo que hemos ido aprendiendo con tanto esfuerzo, en cuanto a la cooperación con especies distintas.

- Así es - dijo Luis en la oscuridad. El alambre robado se mantenía firme. El «Embustero» ya debía de haber iniciado el ascenso por la pendiente de diez grados del Puño-de-Dios.

- Tal vez ni siquiera lleguemos a ese punto, si pensamos que la suerte de varios miles como Teela Brown protegerá la Tierra. Sin embargo, el honor me obliga a intentarlo - continuó Interlocutor-de-Animales -. No osaría apartar a mi especie del honorable camino de la guerra. Los dioses kzinti renegarían de mí.

- Ya te advertí que jugar a dios era arriesgado. Se sufre.

- Por suerte, el dilema no se plantea. Has dicho que destruiría el «Tiro Largo» en mi intento de apoderarme de él. Es un riesgo que no puedo correr. Necesitaremos el hiperreactor de los titerotes para huir del frente expansivo de la explosión del Núcleo.

- Así es - dijo Luis.

- ¿Y si te estuviera mintiendo? - preguntó entonces el kzin. - Nada podría hacer contra el ingenio de un ser tan inteligente.

El sol centelleó en el fondo del cráter del Puño-de-Dios.

- En realidad, hemos visto muy poco - dijo Luis -. Doscientos cuarenta mil kilómetros en cinco días, luego, otra vez la misma distancia en dos meses. Una séptima parte de la anchura del Mundo Anillo. Y Teela y Caminante lo recorrerán a todo lo largo.

- Están locos.

- Nunca llegamos a ver el muro exterior. Ellos lo verán. Me pregunto cuántas cosas más nos habremos perdido. Si las naves de los anillícolas llegaron hasta la Tierra, tal vez se trajeran algunas ballenas azules y ballenas espermáticas, antes de que las extinguiéramos. No llegamos a ver ningún océano.

- Piensa en toda la gente que conocerán. Una cultura puede seguir infinitos derroteros. Y todo ese espacio... El Mundo Anillo es tan grande...

- No podemos volver atrás, Luis.

- No, claro que no.

- No hasta que comuniquemos nuestro secreto a nuestros respectivos mundos. Y podamos conseguir una nave en buen estado.

FIN